

HISTORIA

DE LA VIDA, HECHOS I ASTUCIAS SUTILÍSIMAS

DEL

RÚSTICO BERTOLDO

LA DE

BERTOLDINO SU HIJO

I LA DE

CACASENO SU NIETO

Obra de gran diversion i de suma moralidad, donde hallará el sábio que admira, i el ignorante infinito que aprender

REPARTIDA EN TRES TRATADOS

TRADUCIDA DEL IDIOMA TOSCANO AL CASTELLANO

POR DON JUAN BARTOLOMÉ



VALPARAISO

IMPRESA I LIB. AMERICANA
DE FEDERICO T. LATHROP

—
1885

PRÓLOGO AL LECTOR

Benigno i querido Lector mio, no te contaré el juicio de Páris, ni el rapto de Elena, ni el incendio de Troya, ni el paso de Eneas, ni los grandes errores de Ulises, ni las indignas operaciones de Circe, ni la destruccion de Cartago, ni el ejército de Jerjes, ni las victorias de Alejandro, ni la fortaleza de Pirro, ni los triunfos de Mario, ni las loadas mesas de Lúculo, ni los grandes hechos de Escipion, ni las victorias de César, ni la fortuna de Octaviano; que de semejantes hechos la historia dará al que leyere individual noticia de todo. I solo ahora será el tema la explicacion de la rara figura de un hombre rústico creado entre asperezas de montañas, i en un todo ajeño de la habitacion i comunicacion racional; pero además de ser casi mónstruo de naturaleza, era al mismo tiempo tan perspica*z* i sutilísimo que lo profundo de

su entendimiento, i lo ingenioso de sus agudezas disimulaban con tan airoso desempeño lo ridículo de su estraña figura, que parecia no era posible hallarle segundo en aquellos tiempos: pues cotejando lo estrínseco de su feísima apariencia con lo frondoso i fructífero de sus talentos, era como un amenísimo jardin guarnecido i resguardado de espinos i cambroneras estériles, en cuyo interior espacio se dejan registrar las mas esquisitas flores, árboles frondosos i fructíferos, cuyas aromáticas fragancias atraen a su recreo aun a la mas estragada voluntad, la que espero te conmueva el iman de las sentencias, agudezas, astucias, refranes estratajemas de que usó dentro i fuera de la corte con suma presteza i gracia: pues te aseguro, amado Lector mio, que luego que vi esta historia en idioma estraño me dediqué a su traduccion al nuestro, con el fin de complacerte i darte en que diviertas los ratos de ociosidad: i si midieses tu gusto con aquel con que yo te he deseado servir, colmarás en un todo la malicia de mi deseo. No te haga novedad el que no me haya valido de conceptos delicados, pues mi fin no ha sido otro que hacer sin etimolojías una traduccion para todos; pues como enseña la remontada pluma del águila de la Iglesia San Agustin, lo especial de los escritores no está en hacer volúmenes abultados, si en adornarlos de dulzuras para el gusto, i de utilidad pa-

ra el gobierno de la república. En las frases rústicas de este corto volúmen hallarás, mirándolas por defuera, suma complacencia al gusto, sin que te estrague la voluntad en su recreo; pero si te introduces a lo interior de su moralidad, hallarás que no tiene palabra, aun de las mas ridículas simplezas, que no se dirija a tu comun provecho i económico gobierno. I así, lector discreto, te encargo lo leas con cuidado, para que no te se desperdicie el fruto que en él se encierra, suplicándote procures suplir la duplicacion de términos que encontrares; pues el idioma toscano muchas veces es variable a la lengua española, i solo me ha llevado el deseo de tu diversion, como lo puedes ver en el afecto con que te ofrezco mi tarea.—*Vale.*

HISTORIA

DE

LA VIDA, HECHOS I ASTUCIAS SUTILÍSIMAS

DEL

RÚSTICO BERTOLDO

TRATADO PRIMERO

INTRODUCCION

En el tiempo que Albuyno, rei de los longobardos, era casi dueño de toda la Italia, teniendo su sólio real en la hermosa ciudad de Verona, llegó un dia a palacio un paisano, el cual tenia por nombre Bertoldo: era hombre disforme i de feo aspecto; pero donde faltaba la perfeccion de su persona, suplia la sutileza i vivacidad de su injénio, pues era mui agudo i pronto a responder a cualquier asunto. Además de lo dicho, era tambien malicioso i de natural melancólico, como por la mayor parte suele acontecer con toda jente rústica i campesina. La estatura i fisonomía se esplica tal cual como era.

La fatal figura de Bertoldo

Era sumamente pequeño de cuerpo; la cabeza mui gorda i redonda, a modo de bola; la frente mui arrugada; los ojos mui colorados, brotando fuego; las cejas mui largas i cerdu-

das; las orejas eran borricales; la boca grande i un poco tuerta, con el lábio de abajo colgando, a modo del de los caballos; la barba bermeja, tan larga que le caia al pecho, i al último hacia una punta, que imitaba a la del macho; las narices mui agudas i enfaldadas hácia arriba, siendo largas en estremo; los dientes le salian de la boca a modo de colmillos de jabalí, con tres o cuatro papadas en la garganta, que hacian tal ruido como hablaba, que parecian ollas que cocian a la lumbre; tenia las piernas cabrunas, a manera de nigromántico; los piés mui largos; el cuerpo sumamente velludo, que todo él le cubria como un pellejo de oso; las medias que llevaba eran de lana mui gruesa, i todas remendadas, a manera de tapices viejos; los zapatos mui gruesos, i a proporcion los tacones mui altos. De este hombre se puede decir, que era todo al revés de Narciso.

Audacia de Bertoldo

En fin, despues que nuestro Bertoldo llegó a palacio, se introdujo en las primeras antecámaras, i prosiguiendo adelante, se internó en donde estaban en los grandes válidos i ministros; pasó por medio de todos, hasta poder ver al rei; i sin quitarse el sombrero ni hacer el menor acto de cortesía, se fué a sentar junto a la real persona, quien, como era benigno i piadoso, i que su gusto le tenia en ver semejantes figuras, se imaginó que este hombre seria de injénio gracioso i bufon, contemplando que muchas veces suele infundir la naturaleza con algunos dones particulares, que no a todos se les concede una gracia especial. El rei, sin dar muestras de enfado, ni alterarse, le empezó cariñosamente a preguntar diciendo:

Preguntas i respuestas entre el Rei i Bertoldo

REI. ¿Quién eres tú? ¿Cuándo naciste? ¿I de qué tierra eres?

BERTOLDO. Yo soi un hombre, nací cuando mi madre me parió, i mi tierra es este mundo.

REI. ¿Quién son tus ascendientes i descendientes?

BERT. Las judías en la olla; porque cuando cuecen suben i bajan; i comiéndolas yo vienen a parar en mí.

REI. ¿Tienes padre o madre, hermanos i hermanas?

BERT. Los tengo, pero todos han muerto.

REI. Pues, ¿cómo los tienes si dices que se han muerto?

BERT. Porque cuando salí de mi casa los dejé a todos durmiendo, i por eso digo que todos han muerto: pues uno que duerme, está como si lo fuera: i yo hallo tan poca diferencia del uno al otro que creo evidentemente que el sueño es hermano carnal de la muerte.

REI. ¿Cuál es la cosa mas veloz del mundo?

BERT. El pensamiento.

REI. ¿Cuál es el mejor vino que hai?

BERT. Aquel que uno bebe en casa ajena.

REI. ¿Cuál es aquel mar que nunca se llena?

BERT. La codicia en el avariento.

REI. ¿Cuál es la cosa mas fea que se puede dar en un mozo?

BERT. La desobediencia.

REI. ¿Cuál es la cosa que se puede notar mas en viejo?

BERT. La lascivia.

REI. ¿Qué cosa es de mas notar i delito mas enorme, que se pueda hallar en un mercader?

BERT. La mentira.

REI. ¿Cuál es aquella gata que por delante te lame i por detrás te araña?

BERT. La mujer ramera.

REI. ¿Cuál es el mayor fuego de una casa?

BERT. La mujer viciosa i la lengua de un criado.

REI. ¿Cuáles son las enfermedades incurables?

BERT. La locurá, la verídica gangrena i las deudas del tramposo.

REI. ¿Quién es el hijo que quema la lengua a su madre?

BERT. El pábilo de la vela.

REI. ¿Cómo me traerás tú aquí una criba de agua sin verterla?

BERT. Esperaria que helase i conjelada la traeria sin verterse.

REI. ¿Qué cosas son las que el hombre busca i no las quisiera hallar?

BERT. Los animales inmundos que se hallan en la camisa, los puntos en las medias i el bañado infecto.

REI. ¿Cómo cojerias una liebre sin perro?

BERT. Esperaria que estuviese cocida i entónces la cojeria.

REI. Tú tienes buenos sesos, si se vieran.

BERT. I tú mejor humor si no comieras.

REI. Ea, pídemme todo lo que tú quisieres que yo estoi pronto para darte todo lo que pidieses.

BERT. Quien no tiene nada suyo mal puede dar a otros.

REI. Pues ¿por qué yo no te puedo dar lo que tú pidas?

BERT. Porque yo ando buscando felicidad i tú no la tienes; i así no me la puedes dar.

REI. Para que sepas si soi feliz, ¿no te basta verme sentado sobre este alto trono?

BERT. Aquel que mas alto se sienta está mas peligroso a caer i precipitarse.

REI. Mira cuántos señores i caballeros andan alrededor de mí para obedecer mis órdenes.

BERT. Tambien los hormigones andan alrededor del árbol i le roen la corteza.

REI. Pues yo luzco en mi corte como brilla el sol entre las mas lucidas estrellas.

BERT. Tú tienes razon; pero yo veo mucha oscuridad con la adulacion.

REI. Concluyamos: ¿Quieres quedarte en la corte?

BERT. Aquel que se halla en libertad no debe buscar la esclavitud.

REI. ¿Quién te movió a venir aquí?

BERT. El creer yo que un rei fuese mas grande que los demas hombres, con diferencia de diez o doce piés mas alto

que ellos, i que sobrepujase sobre todos dos campanarios i tejados; pero ahora veo que eres un hombre ordinario como los demas i que no tienes mas diferencia fuera de ser rei.

REI. Así, es verdad: yo confieso, soi un hombre como los demas, en estatura; pero de poder i de riqueza sobrepujo no solo diez piés sobre los demas; pero mas de mil varas: i ahora solo deseo que me digas ¿qué te motiva para hacer semejante discurso?

BERT. El borrico de tu factor.

REI. ¿Qué tiene que ver el asno de mi factor con la grandeza de mi corte?

BERT. Te diré: primero que tu vinieras al mundo ni tu corte se instruyera el asno ya rebuznaba, i aun cuatro mil años ántes.

REI. Ah, ah, ah: lindo asunto para reir has propuesto.

BERT. Siempre la risa abunda en la boca de los locos.

REI. Tú eres un rústico malicioso.

BERT. Mi naturaleza lo permite.

REI. Yo te mando que luego, al instante, te quites de mi presencia, i si no te haré echar con tu daño, riesgo i vergüenza.

BERT. Yo me iré; pero advierte que son las moscas de una calidad i naturaleza tan porfiadas que, aunque las echen, vuelven luego, i así si tú me mandas echar tengo de volver luego a importunarte.

REI. Pues véte; i si no vuelves delante de mí como dices hacen las moscas, te tengo de hacer cortar la cabeza.

ALEGORIA PRIMERA

La ciencia en todo jénero de personas es amable, i aunque recida en un hombre rústico i mal parecido, i que su aspecto demuestre ser inculto de potencias, no hai duda que es de apreciar para todos; i si sucede de que tal vez suele ser amenazada de grandes, no por eso se espanta, i es siempre fácil al hombre sábio huir de todos los peligros que le pueden suceder.

Astucias de Bertoldo

Partióse: fuese a su casa, i se montó en un borrico mui viejo que tenia, todo desollado i lleno de mataduras, i casi comido de moscas, i se volvió de nuevo a palacio, acompañado de millares de moscas i de tábanos al olor de semejante carniza, que todos juntos hacian un nublado, que apenas se divisaba, i llegando a presencia del Rei, así le dice.

BERTOLDO. Ya me tienes aquí Rei mio.

REI. ¿No te dije yo, que si no volvias delante de mí, como las moscas, que te haria dividir la cabeza del cuerpo?

BERT. ¿Las moscas no van sobre las mataduras?

REI. Si, es cierto, así van.

BERT. Pues ya me ves volver sobre esta matadura grenada i llena de moscas, que al borrico i a mí casi nos tienen comido, que es lo que yo te he prometido.

REI. Desde luego te califico por hombre de grande injenio; anda, yo te perdono. ¡Ola, criados! llevadle, i dadle de comer al punto.

BERT. No come aquel, que aun no ha acabado la obra empezada.

REI. ¿Pues tienes tú que decirme otra cosa?

BERT. Aun todavía no he empezado.

REI. ¡Ea! quita de ahí esa peste; i tú retírate luego de mi presencia, porque veo venir dos mujeres, i es mui dable que vengan a que las dé audiencia, que despues que las haya despachado podrás volver aquí.

BERT. Ya me retiro; pero advierte, que dés la sentencia justa.

Pleito de las dos mujeres

Llegaron las dos mujeres delante del Rei, i una de ellas habia hurtado un espejo a la otra: la dueña del espejo se llamaba Aurelia, i la que lo habia hurtado se llamaba Lisa, i tenia en la mano el espejo: Aurelia, querellándose al Rei, así le dice.

AURELIA. Señor, has de saber, que esta mujer entró anoche a mi cuarto, i me hurtó aquel espejo que tiene en la mano; yo muchas veces la he suplicado me lo restituya, i ella me lo niega, sin querer volvérmelo; i así vengo a tu presencia, para que, como Rei i señor justo, hagas justicia.

LISA. Señor, no es cierto lo que dice, que yo ha muchos dias que lo compré con mi regaladísimo dinero; i no sé como esta pícara tenga atrevimiento semejante de pedir aquello que no es suyo.

AUR. Justísimo señor, no des crédito a las falsas razones de esta mujer, porque es una ladrona pública, que no tiene conciencia; i sepa V. Maj. que si no fuera cierto lo que digo, yo no me hubiera movido a pedir lo que no fuera mio por todo el oro del mundo.

LISA. ¡Ai, qué conciencia de beata! Qué bien sabe ella finjir, para que todos la crean, i juzguen tiene razon: ¡Ah, hermana! ¡No sabias otras excusas mas a propósito? Con lo que me consuelo, es que estamos delante de un juez, que conocerá mi buena conciencia, i tu grande falsedad.

AUT. ¡Tierra! ¡Cómo no te abres, i tragas aquesta infame, que con tanta desvergüenza me niega lo que es mio, i con suma picardía finje, que ella sola tiene razon, intentan-

do me tengan por embustera? ¡Ai, Dios mio! Descubre tú la verdad de este caso.

Justa sentencia del Rei

REI. Vamos de espacio, aquíétese, que ahora quedarán contentas. Tomad el espejo, dijo el Rei a uno de los presentes, rompedle en pedazos mui menudos, i repartidlos entre las dos en partes iguales, que de este modo quedarán ámbas contentas.

LIS. Yo consiento en que se rompa el espejo, i de esta manera se acabará nuestro pleito.

AUR. Yo no, señor, mas presto permitiré de que se lo lleve ella todo, que romperlo, pues no tengo ánimo para ver romper un espejo tan hermoso; i además de esto, siempre tengo esperanza de rescatarlo algun dia, estando entero; pues puede suceder la remuerda la conciencia, i me lo restituya: con que yo permito, que se lo lleve ella a su casa, i acábese nuestro pleito.

LIS. La sentencia del Rei me ha gustado: hágase pedazos, que con esto no tendremos mas motivo de reñir; vamos al hecho.

Prudencia grande del Rei

REI. Verdaderamente conozco que el espejo es de esta, que no quiere que se rompa, pues con el llanto i súplicas que hace, muestra con señales evidentes i claras, que es la dueña propia; i que esta otra es la que lo hurtó: désele el espejo a esta, i a esa otra échenla de aquí ignominiosamente.

AUR. Piadísimo Rei mio, yo te doi infinitas gracias de este favor, pues como benigno i justo, con tu gran prudencia has conocido la malicia de esa infame; i por lo mismo has dado la sentencia, como juez tan sábio i justo: yo quedo pidiendo al cielo, que te guarde, i te dé las mayores prosperidades, que para mí deseo.

REI. Id en hora buena, i procura de ser mujer de bien.

En verdad, que se conocia ciertamente que el espejo era de esta pobre cuitada.

Riéndose Bertoldo de la sentencia del Rei, que habia estado escuchando, dice así

BERTOLDO. Rei mio, tú no tienes conocimiento.

REI. Pues ¿por qué no lo tengo?

BERT. Por que te crees de lágrimas de mujeres.

REI. Pues ¿por qué no tengo de creerlas?

BERT. No sabes tú, que su llanto es engañoso, i que cada cosa, que ellas hacen o dicen, es todo hecho con artificio; pues aunque parece que lloran con los ojos, rien con el corazón; suspiran delante de tí, i por detrás hacen burla: hablan al revés de lo que piensan, i derraman lágrimas; repelarse i morderse, mudar de rostro, todos son fraudes i engaños que se los dictan sus insaciables deseos i pasiones mujeriles.

Alabanza que hace el Rei a favor de las mujeres

REI. Tanta bondad tienen en sí las mujeres de juicio i prudencia, que es todo mui al revés de cuanto tú las atribuyes; porque si alguna peca, es por descuido, o por su mala fortuna o fragilidad femenil; i por esto mas dignas son de compasion que de castigo, por ser mas débiles i flacas que los hombres: pero dime la verdad, a uno que estuviese separado de este sexo, ¿no le contemplarias como a muerto? Lo primero, la mujer ama al marido, gobierna los hijos, los cria, los educa, los mantiene i enseña buena doctrina: la mujer cuida de la casa, mantiene la hacienda; cuida de la familia, solicita que las criadas cumplan con su obligacion, i evita los desórdenes, que pueden suceder en una casa: la mujer es apreciable para la vista de los mozos, consuelo de los viejos. i alegría de los niños, claridad cierta de dia, i reposo de la noche; ama con fidelidad, es dulce para tratar, noble en su conversacion, clara en cualquier contrato, discreta para mandar, pronta en el obedecer, honesta en sus razones, mo-

desta en sus procederes, moderada en la comida, parca en la bebida, agradable con los de la casa, i tratable con los de afuera; en suma, la mujer junto al hombre, se puede decir que es una piedra oriental, engastada en el oro mas fino; i no porque alguna caiga en un frenesí o estravagancia, se debe culpar a todas; porque hai millares al contrario de esta, que son mujeres de bien, i sumamente apreciables; i así la sentencia, que yo he dado, estoi seguro de que es mui justa.

BERT. Bien se conoce que tú amas mucho las mujeres, pues de ellas has hecho un elojo de palabras, tan elegantes a su favor, que parece imposible poder elojarlas mas; no obstante, ¿qué me darás si ántes que te acuestes mañana a la noche te hiciese yo desdecir de todo lo que has dicho a su favor?

REI. Cuando yo me desdiga de lo dicho, diré que eres el hombre mas sagaz del mundo; i solo te advierto, que si no lo cumples, te he de mandar ahorcar al punto.

BERT. Ea, pues, hasta mañana a la noche, que ya nos veremos.

Luego que anocheció, se retiró el Rei a su cuarto, i Bertoldo, despues que habia cenado, se fué a dormir a la cabariza, discurriendo entre sí hallar camino, para hacer que el Rei se desdijese de las alabanzas que habia hecho a favor de las mujeres; i habiéndole ocurrido una buena astucia, se acostó, esperando que amaneciese para ponerla en obra.

Astucia de Bertoldo

Así que amaneció, se levantó Bertoldo, i fué a buscar a aquella mujer, a quien el Rei le habia dado la sentencia en su favor; i así la dice.

BERTOLDO. ¿No sabes tú lo que el Rei ha determinado?

AURELIA. Si tú no me lo dices, yo nada sé.

BERT. Pues ha dicho que se rompa el espejo, como lo sentenció, i que a cada una de vosotras se os dé la mitad de él; pues la otra apeló de la sentencia que el Rei dió a tu favor: con que, por no oír mas quejas, quiere que se divida, i se satisfaga a entrambas.

AUR. ¿Con qué el Rei ha determinado que mi espejo se rompa? Pues ¿cómo va eso? ¿Despues de haber sentenciado que se me restituya entero i bueno! ¿Haces tú burla de mí! Anda, quítate de mi presencia.

BERT. No hago burla; ántes te aseguro con verdad que de su misma boca se lo he oído decir.

AUR. ¡Ai de mí! ¿qué es lo que oigo? Puede ser que lo haga para dar satisfaccion a aquella infame mujer. ¡Oh, qué sentencias tan justas i qué acciones tan nobles de un rei! Oh, pobre justicia, qué bien administrada estás! Ahora conozco i creo que se da mas crédito a la mentira que a la verdad. ¡Oh, desdichada de mí! Paciencia, pues esto me convendrá. ¡Es posible que te vea yo hecho mil pedazos, espejo querido mio! ¡Ah, ah, ah!

BERT. No quisiera que te sucediese algo peor que esto.

AUR. Pues, ¿qué peor me puede suceder a mí?

BERT. Que el rei ha promulgado una lei en que manda que cada hombre pueda casarse con siete mujeres; con que mira tú si esto es aun peor por las desgracias que resultarán en las casas con tantas mujeres juntas.

AUR. ¿Qué dices? ¿Con que el rei quiere que cada hombre tenga siete mujeres? Esto si que es mucho peor que si hiciera romper todos los espejos de la ciudad; pero ¿qué diablos de locura se le ha metido en la cabeza?

BERT. Yo no te puedo decir mas, lo que sé es, que todo lo que te dicho se lo he oído decir sobre el asunto: ahora es tiempo que vosotras os defendais ántes que el mal pase adelante. Dejándola con este enredo alborotada, volviéndose a palacio, esperó en él, ántes que anocheciera, la resulta del suceso.

Tumulto de las mujeres con la falsa voz divulgada

Despidióse Bertoldo i Aurelia creyó fuese verdad la invencion de este enredo i precipitadamente se fué a buscar a sus amigas i vecinas i las contó por estenso cuanto habia oído decir a Bertoldo. Ellas que oyeron tan nunca oída no-

vedad, se enfadaron de tal suerte que, como perras rabiosas i feroces leonas echaban fuego por los ojos i dardos por la boca; de manera que se divulgó en breve esta noticia por la ciudad; de suerte que se juntaron millones de mujeres que todas hablaban a un tiempo sobre el caso: i habiendo tratado bastante del asunto resolvieron ir todas juntas a ver al Rei i confundirle a fuerza de gritos i batahola de voces para obligarle a que se desdijese i no tuviese efecto la lei que habia determinado promulgar. En efecto, como ellas lo pensaron i lo trataron, llenas de r bia i despecho, se fueron a palacio, i amotinadas se introdujeron hasta los mismos cuartos de la real persona, en donde empezaron a meter tan grande ruido i gritería que parecia un infierno o la torre de Babilonia, como si todas las mujeres del mundo estuviesen dentro de ella; de tal modo, que el Rei nunca pudo entender palabra de semejantes alborotos, si solo estaba aturdido i confuso, no sabiendo la causa de un tan escesivo tumulto, deseando saber cuál seria el motivo de aquel estrépito; pero faltándole la paciencia i sufrimiento por tal insolencia, temeridad, gritería i algazara tom  el arbitrio de la seriedad i el enfado, i lleno de cólera i severidad de rostro, en alta voz, así las dijo.

El Rei enfadado i Bertoldo riendo

Volvióse el Rei a ellas con rostro colérico, diciéndolas: * Qu  novedad es esta?  Qu  es lo que oigo?  Qu  motivo habeis tenido para hacer una sublevacion como esta?  Qui n os ha puesto en tal desórden?  De qué ha nacido vuestro bullicio?  A qué fin son todas estas exclamaciones?  Estais espiritadas?  Qu  demonios teneis?  Decid luego cuál es el motivo de este alboroto?*

MUJERES. Venimos, dijeron todas juntas, a saber lo que contra nosotras has publicado, i de qué ha dimanado la locura tan estrema que se te ha puesto en la cabeza. Grit  otra en sola voz de las mas descaradas i rabiosas diciendo: * Qu  frenesí te ha dado tan raro contra toda lei divina i*

humana, para mandar que a cada hombre le sea permitido de casarse con siete mujeres? ¡Ai! i ¡qué consideracion tan prudente ha hecho vuestra majestad! Mas yo le aseguro con certidumbre que no saldrá con una opinion tan bárbara i temeraria.

REI. Locas, ¿qué es lo que decis? Hablad claro para que yo os entienda a fin de que os pueda responder al asunto.

Señoras, dijo una de ellas, vamos poco a poco, callen, por Dios, i déjenos entender. Digo, señor, en nombre de todas, que mereces bien que te echen o derriben del trono en que estás sentado i aun que te sacasen los ojos ignominiosamente, pues bien te lo tienes merecido por la lei que has publicado.

REI. ¿Qué afrentas o qué injurias os he hecho yo? Hablad claro, no me tengais suspenso, deponed vuestra rábia i enfado.

MUJ. ¿No te lo habemos ya dicho bien claro otra vez?

REI. No os he entendido mui bien, volvedlo a decir segunda vez.

MUJ. No hai peor sordo que aquel que no quiere oír, nosotras volvemos a decir que no se puede cometer error mas grande como el que tú has cometido en imponer una lei nueva, de que cada hombre puede tener siete mujeres: mucho mejor seria que cuidaras de tu reino i de tantos negocios árdulos en que estás por rei constituido; i no meterte en lo que nada te importa: ¿lo has entendido ahora? Pues mira, si eso intentas, has de permitir tambien que cada mujer tenga siete maridos. ¿Qué partido es el que tomas? Resuélvete, que en eso venimos empeñadas i deseamos saber tu resolucion.

El Rei echa enhoramala a las mujeres, blasfemando de semejante sexo

REI ¡Ah, sexo ingrato i descortés! ¿Quién os ha dicho que yo he impuesto lei semejante? Apartaos de mi presencia, idos mui enhoramala, rebeldes, importunas, desatentas

i temerarias; pues ahora conozco lo que quiere decir mujer: quien dice mujer, dice engaño, maldad, zizaña, daño, discordia; no hai casa o lugar donde entran i salen, que no lleven consigo, arrastrando como rastrillo, todas estas malas propiedades, siguiéndolas el fuego de sus propias pasiones: mujer quiere decir un cáos de engaños i de traiciones; es un barro infernal, que por él se oyen continuamente llantos i lamentos de los pobres maridos; ellas son ruina de los padres i tormento de las madres, desgracia de los hermanos, vergüenza de los parientes i destruccion de las casas; en suma, ellas sirven de pena i aficcion a todo el jénero humano. Quitaos delante de mí, i no volvais mas a mi presencia, espíritus infernales. ¡Oh, válgame Dios! ¡Qué fatigado me tienen con tanto ruido éstos diablos de mujeres! Pero si yo llego a saber quién es el inventor de este chasco, aseguro que le he de hacer castigar segun su merecido. Ya se han ido estas insolentes; ¡gracias a Dios que me veo libre de ellas! Pues no ha faltado mucho para que entre todas no me hayan sacado los ojos.

Despues que se fueron las mujeres se templó el Rei. Bertoldo, que habia estado escondido escuchando toda la bulla, i como habia logrado su designio, se puso delante del Rei i le dijo

BERTOLDO. ¿Qué dices a esto, rei mio? ¿No te dije que ántes que anocheciese habias de leer el libro al revés de como ayer lo leiste en alabanza de las mujeres? Ya discurre, quedarás desengañado de lo que ellas son.

REI. No se puede creer ni imajinar semejante impostura; pues han finjido que yo he mandado que cada hombre pueda tener siete mujeres a un tiempo: cosa que hasta ahora no se lo ha imajinado el mismo diablo, ni a mí me ha pasado por la imajinacion ni el pensamiento. ¡Oh, qué mala semilla i vil canalla!

BERT. ¿Tú no te acuerdas del convenio que hemos hecho entre los dos?

REI. Digo que has salido con la tuya i que tienes mucha razon; i pues has ganado, en pago quiero que te sientes conmigo en mi real trono.

BERT. No pueden cuatro nalgas caber en un trono solo.

REI. No importa, te haré yo hacer otro junto al mio, te sentarás en él i darás audiencia conmigo.

BERT. El enamorado ni la señoría no desea compañía; i así gobierna tú solo, pues tú eres el señor i dueño.

REI. Yo creo que habrás sido tú el autor de aqueste enredo: ¿es verdad? Dímelo.

BERT. Tú lo has adivinado i no me puedes castigar en virtud de la palabra que me diste.

REI. Supuesto que ha sido esta invencion de tu injénio yo te perdono, pero quiero primero que me digas cómo has tramado este enredo.

BERT. Yo fuí a buscar a aquella mujer a quien tú favoreciste en el pleito del espejo, hícela creer nuevamente que tú querias hacer romper el espejo i dar la mitad a su contraria; añadí, que habias mandado que cada hombre pudiese tener siete mujeres: motivo por el cual se han amotinado en número tan crecido i han hecho tan grandes extremos, como has visto, i hablado tantos desatinos como has escuchado.

El Rei, pesaroso del mal que habia dicho de las mujeres, vuelve de nuevo a alabarlas

REI. Tú has sido mayor inventor de enredos que el mismo Merlin; i así, tanto por tu malicia como por el desórden que has causado, has incurrido en delito gravísimo. Ahora digo que las infelices han tenido mil razones de mostrarse contra mí tan iracundas; no podia yo creer que el sexo mujeril pudiese estar tan privado de juicio que cometiese tantos desórdenes sin gravísimo motivo; i a la verdad, no podia ser mayor que este para irritarse conmigo. I, pues tú has dado ocasion de decir mal de ellas (cosa que yo no quisiera haber dicho por todo el oro del mundo), por lo que lo sien-

to, desde luego me desdigo i me arrepiento, i de nuevo vuelvo a decir que el hombre sin la mujer es como la viña sin poda, jardín sin fuente, río sin barca, prado sin yerba, monte sin leña, espiga sin grano, árbol sin fruto, ciudad sin plaza, fortaleza sin guarnición, palacio sin balcones, torre sin escaleras, rosa sin olor, sortija sin piedras, pino sin sombra, río sin pesca, selva sin árboles; en suma, todo aquel que se halla privado de tan deliciosa compañía, se puede decir que es espejo sin azogue, un diamante sin brillo i, en fin...

BERT. Un borrico sin cabeza.

REI. Gran bestia eres.

BERT. Tú me has conocido el primero: ya veo que tú protejes mucho las mujeres, no quiezo que hablemos mas de ellas, i así lo pasado, pasado.

REI. Todo aquel que quiere ser amigo mio, no diga mal de las mujeres, pues ellas no ofenden a nadie, no llevan armas, no buscan quimeras; son de naturaleza mui dóciles, plácidas i benignas, quietas, amables i de toda buena correspondencia; en suma, están adornadas de todas las virtudes i decoradas de santas costumbres; i así te aseguro que no me incitarás con motivo alguno de provocarme a ira contra ellas, pues si talvez me sucediera, i segunda vez tú lo intentaras, te habia de castigar severamente.

BERT. No tocaré mas las cuerdas de esta guitarra; pero espero darte otro chasco i con todo eso hemos de ser amigos.

REI. Dice el refran que no porfies con el hombre potente, porque estarás léjos del agua corriente.

BERT. Tambien el hombre que calla, dicen, que es agua mansa.

La Reina envia un recado, preguntando al Rei por Bertoldo, porque deseaba verle

En el mismo tiempo que el Rei i Bertoldo estaban hablando, llegó un criado de parte de la Reina, el cual dijo, que deseaba S. M. ver a Bertoldo; i así le suplicaba le enviase a su cuarto, porque habia sabido tenia sumo gusto en

chasquear a las mujeres. La reina tenia intencion de hacerle dar una buena tunda de palos; i el Rei, luego que oyó la súplica de la Reina, se volvió a Bertoldo, i le dijo:

REI. Bertoldo, la Reina dice que te quiere ver, aquí está el mensajero, i así véte luego con él, que estará impaciente.

BERT. Los mensajeros tanto suelen tener de bueno como de malo.

REI. Al hombre melancólico, siempre su conciencia le remuerde.

BERT. La risa de palacio no es gustosa, i mas tiene de falsa, que de verdadera i sencilla.

REI. El que está inocente, siempre pasa seguro entre las bombas.

BERT. La mujer airada, el público encendido i la sarten agujereada; son tres cosas de gran perjuicio a una casa.

REI. El hombre melancólico a menudo se acuerda de aquello mismo que teme.

BERT. Muchas veces el cangrejo salta de la sarten por librarse de ella, i cae en las áscuas.

REI. Quien siembra infamias, recoje culpas.

BERT. Tambien debajo del sombrero se esconde la asquerosa tiña.

REI. Quien ha enredado la tela que desenrede.

BERT. Mal se puede desenredar, cuando las cabezas están añudadas.

REI. Quien siembra espinas, no ande descalzo.

BERT. Contra el estímulo, es dificultoso oponerse.

REI. No temas, que nadie te ultrajará.

BERT. Al confortador no le duele la cabeza.

REI. ¡Díme, yo creo que tú temes que la Reina te dé alguna pesadumbre?

BERT. Mujer iracunda, mar con espuma.

REI. Pues mira, que la Reina desea mui ansiosa el verte, anda gustoso i no dudes que serás bien recibido.

Llevan a Bertoldo delante de la Reina

Presentaron a Bertoldo delante de la Reina, la cual estaba noticiosa de la burla que habia hecho a las mujeres el dia antecedente; habia hecho aprontar algunos garrotes, i ordenó a las criadas le encerraran en un cuarto, i le sacudiesen bien el polvo, a discrecion; pero luego que ellas le vieron de tan monstruosa figura, se irritaron mas contra él, i la Reina dijo:

REINA. ¡Jesus, qué figura de mico!

BERT. Díjole la zorra al lobo, ¿qué haces, bobo?

REINA. ¿Cómo te llamas?

BERT. Yo no llamo a nadie, i cuando me llaman respondo.

REINA. ¿Cómo te apelas?

BERT. Yo no me acuerdo que jamás me hayan pelado.

Miéntas que la Reina preguntaba a Bertoldo, una de las criadas venia preparada con un jarro de agua para mojarle por detrás, pero advertido, por no haber faltado persona que le avisara, intentó nueva industria para librarse del chaparron; no obstante prosiguió su conversacion con la Reina, sin darse por entendido de nada.

Astucia de Bertoldo para librarse de que no cayera el diluvio sobre su cabeza

REINA. Dime ¿quién te ha enseñado tantas astucias, que pareces adivino?

BERT. Digo, que yo conozco i adivino cuanto hai i puede haber: si acaso alguna mujer ha cometido algun delito, si está enamorada, si no es casta o tiene otro jénero de flaqueza, inmediatamente daré individual noticia de todo, o si hubiese alguna que me quisiese mojar a traicion, yo no me detendré en decir lo que de ella sé, pues es cosa que no puedo contener en semejantes ocasiones.

Bertoldo se libra del diluvio

Una de las criadas, que llevaba el agua para mojarle, oyendo semejantes razones, volvióse por donde habia venido con todo disimulo, para que no la viese Bertoldo, porque tuvo miedo no adivinase o descubriese algun pecadillo, que tenia oculto; ni tampoco de las demas compañeras se atrevió ninguna a seguir el chasco, porque cada una por sí tenia su trapito metido en lejía; pero como la Reina estaba quemándose de cólera contra Bertoldo, ordenó a todas que cada una de por sí buscase un palo i le apaleasen a toda su satisfaccion. Con semejante órden arremetieron con él con grande furor i rábia, como quien deseaba complacer i dar gusto a su señora. Viéndose el pobre Bertoldo en tan gran peligro, recurrió de nuevo a sus acostumbradas astucias i las dijo:

BERT. Cualquiera de vosotras, que haya sido la que ha dispuesto dar veneno al Rei en su mesa, yo estaré contento con que tome el palo i me rompa los huesos.

Empezaron todas a mirarse unas a otras, diciendo: Yo no he pensado en cosa semejante. Respondia la otra: Ni yo tampoco; i así todas fueron respondiendo, aun hasta la misma Reina; con que volviendo cada una a poner su palo de donde lo habian tomado, quedó Bertoldo ileso en la cruel batalla de tan furiosas leonas.

Insiste la Reina en que Bertoldo sea castigado

La Reina, a quien aun duraba el enfado contra Bertoldo, determinó que se le diese la tumba de palos. Envió un recado a los guardias, para que al tiempo que saliesen de palacio, descargasen sobre Bertoldo todos de mancomun con sus palos, i que no tuviesen commiseracion. Salió, pues, haciéndole acompañar de cuatro criados, para que le conociesen; i estos mismos trajesen la noticia de lo sucedido.

Astucias para que ninguno de los guardias llegase a él

Cuando vió Bertoldo que habia arbitrio de poder escaparse de órden tan estrecha, consultó con su entendimiento; i volviéndose a la Reina, con grande humildad, la hace la siguiente súplica: Señora, ya que conozco tan claramente que es tu voluntad el que yo sea castigado i apaleado de tus guardias, te ruego me concedas una gracia, que es mui fácil, i está en tu mano la concesion de ella, i por ningun motivo te puede ser difícil de darme el sí; baste solo que tu voluntad se cumpla en que yo quede apaleado: lo que te pido es, que mandes a tus criados, que me han de acompañar, que digan a los guardias, que descarguen la furia de los palos; pero con la condicion de que no toquen a la cabeza, i que a lo demas descarguen con ímpetu furioso como quisieren.

La Reina no entendió el énfasis, i mandó a los criados dijesen a los guardias que no tocaran a la cabeza, i que a lo demas descargasen como cada uno pudiese: los criados iban detrás de Bertoldo hácia el cuerpo de guardias, los que tenian ya pronto los palos en las manos para servirle, segun la órden. Bertoldo se adelantó al acompañamiento a gran distancia; los que le acompañaban vieron los guardias ya formados, i llegando Bertoldo a ellos, los criados empezaron inmediatamente a decir, que no tocasen a la cabeza, i que a lo demas apretasen fuertemente, que esta era la intencion de la Reina.

Los criados fueron los apaleados en lugar de Bertoldo

Los guardias viendo a Bertoldo, que venia delante de los demas, pensando que él era cabeza de ellos, dejáronle pasar sin hacerle daño alguno: pero cuando llegaron los criados fué tal el nublado de palos, que cayó sobre los pobres, que casi les rompieron los brazos; en suma no les quedó hueso sano. Viéndose tan maltratados i molidos, se volvieron a la

Reina, la cual habiendo sabido que Bertoldo se habia escapado i librado con una tan impensada astucia, i que en lugar de haber sido apaleado, lo quedaron sus criados; mas encendida de cólera se puso contra Bertoldo, jurando por su persona, que se habia de vengar de tal infamia; pero que no obstante por algunos dias propuso disimular su enfado, hasta la primera ocasion que se proporcionase, ínterin que hacia curar los criados, habiendo vuelto los pobres trasquilados sin haber buscado lana.

Vuelve Bertoldo a ver al Rei, en donde hace una buena burla a un palaciego

El dia siguiente se llenó la antecámara de grandes, señores i caballeros de todas clases, segun la costumbre de palacio; i no faltando Bertoldo a su obligacion en hacerse presente, vióle el Rei, i le llamó, diciéndole públicamente.

REI. I bien, ¿cómo te ha ido con la Reina?

BERTOLDO. ¡Ai señor! Que entre la alpargata i el zapato hai mui poca diferencia.

REI. ¿Estaba el mar mui alborotado?

BERT. Quien sabe navegar bien cualquier golfo pasa seguro.

REI. ¿El cielo amenazaba tempestad?

BERT. Sí que amenazaba; pero se descargó sobre otros.

REI. ¿Concibes tú el que ya se ha serenado?

BERT. Yo lo dudo, porque al cielo lo dejé mui dublado.

Burla desvergonzada de un palaciego entrometido chistoso

Hallábase un palaciego presente, que andaba diariamete inmediato a la real persona, el cual solo servia de hazme reir, o de bufon del Rei: su nombre era Fagoto, de estraña estatura; pues además de ser sumamente pequeño, era mui gordo i desproporcionado de facciones; tenia la cabeza tan despoblada, que parecia calavera. Llegóse al Rei i le dijo:

Señor, te pido me hagas una especial gracia, i es, darme permiso para que yo examine a este salvaje rústico, pues le quiero enseñar como ha de tratar lugares tan respetuosos, i como se debe hablar en palacio. Respondióle el Rei, i le dijo: por mí haz tú lo que quisieres, yo me holgaré mucho de eso; pero te encargo mires no te suceda como acaeció a aquel que se llamaba Bienvenido, pues fué a recaer, i fué raido. No, no, respondió Fagoto, no tengo miedo de él, ni de ninguno; i volviéndose a Bertoldo, con un jesto mui alocado, le dijo:

FAGOTO. ¿Qué dices tú, pollo caido del nido?

BERTOLDO. ¿I con quién hablas tú, grajo pelado?

FAG. Ven acá, díme ¿cuántas leguas hai desde donde sale la luna, a los baños de arnedillo?

BERT. I ¿cuántas pones tú desde la caldera de tu calva, a la caballeriza?

FAG. I dime, ¿por qué causa la gallina negra pone el huevo blanco?

BERT. I ¿por qué motivo el látigo del Rei te pone las nalgas negras?

FAG. ¿Cuál es el mayor número, el de los turcos o el de los judíos?

BERT. ¿Cuántos son mas, los que tienes en la camisa o en la barba?

FAG. ¿El rústico i el borrico nacieron de un parto?

BERT. ¿El puerco i el cuervo comen los dos en una artesa?

FAG. ¿Cuánto ha que no has comido nabos?

BERT. Lo que a tí no te han echado raiduras.

FAG. ¿Eres tú búfalo u oveja?

BERT. No metas en danza tus parientes.

FAG. ¿Cuándo dejarás de usar de tus astucias?

BERT. Cuando tú dejares de lamer los platos.

FAG. Tambien dice el refran, que al villano no hai que darle vara en mano.

BERT. Tambien se dice, que al puerco i a la rana no hai que sacarles del lodo.

FAG. El cuervo nunca trae buenas nuevas.

BERT. Tambien el milano anda alrededor de la carniza.

FAG. Yo te digo que soi hombre de bien i mejor educado.

BERT. Quien se loa, se enloda.

FAG. Todo hombre rústico es animal mui malo.

BERT. I el adulador es un bruto monstruoso.

FAG. No se puede hallar un villano sin malicia.

BERT. Tampoco se ha podido hallar gallo sin cresta, ni palaciego sin adulacion.

FAG. Mira que tus zapatos están con la boca abierta.

BERT. Se rien de tí porque eres un bestia.

FAG. Las medias las tienes llenas de remiendos.

BERT. Mejor es tenerlas remendadas, que tener la cara llena de costurones, como tú la tienes.

Tenia Fagoto muchas señales en la cara, que en diversas ocasiones le habian hecho con mucha razon, i lo tenia bien merecido, por las muchas insolencias que habia usado; mas como vió que le tocaban el vivo, tragando saliva, ya no hallaba palabra que responder, i se puso mas encendido que unas llamas, por verse avergonzado i corrido entre tantos señores, los que soltaron la risa de ver los jestos que hacia, i de verle tan inquieto; de suerte, que el pobre hubiera tomado a mejor partido de escaparse, como en efecto lo queria ejecutar, a no haberle detenido todos los circunstantes.

Bertoldo como habia hablado tanto, tenia la boca llena de saliva, i no sabiendo donde escupir, por estar la sala toda alfombrada i las paredes colgadas de tapicerías mui ricas, se volvió al Rei, i le preguntó: ¿Adónde quiere que escupa? Escupe, le dice, en la plaza. Entónces se volvió Bertoldo a Fagoto, el cual ya dijimos era calvo, i le encajó en medio de la cabeza una buena porcion de saliva. Viéndose afrentado de esta suerte, querellóse al Rei de la injuria recibida, i al mismo tiempo dice Bertoldo en voz alta: el Rei me ha dado licencia para que escupa en la plaza, i no creo que se halle mayor plaza que tu cabeza. ¿No se llama la cabeza calva plaza de piojos? Pues ahora te lrarás el cargo que no he cometido delito en lo que he ejecutado.

Todos los de la corte dieron la razon a Bertoldo, Fagoto se quedó mui avergonzado i corrido; pero determinó usar de prudencia i sufrir lo pasado con paciencia, asegurando, que hubiera tomado con mas gusto haberse quedado sin comer, que haberse puesto a bullas i refranes con Bertoldo. Todos los que estaban presentes quedaron gustosísimos de que Fagoto hubiera quedado vencido: porque éste se tenia en concepto de uno de los primeros injénios del mundo, i a todos les contaba mil fábulas i desatinos; pero despues no se atrevia a levantar los ojos del suelo, de la vergüenza que le causaba el haber sido tan ultrajado, de suerte que casi llegó a términos de ahorcarse.

Siendo ya casi de noche i estando el Rei ocupado con la audiencia de unos señores, le dijo a Bertoldo, que volviese a su presencia el dia siguiente, pero que no habia de venir ni bien vestido ni bien desnudo.

Todos los de la corte dieron la razon a Bertoldo, Fagoto se quedó mui avergonzado i corrido; pero determinó usar de prudencia, i sufrir lo pasado con paciencia, asegurando que hubiera tomado con mas gusto haberse quedado sin comer, que haberse puesto a bullas i refranes con Bertoldo. Todos los que estaban presentes quedaron gustosísimos de que Fagoto hubiera quedado vencido: porque éste se tenia en concepto de uno de los primeros injenios del mundo, i a todos les contaba mil fábulas i desatinos; pero despues no se atrevia a levantar los ojos del suelo de la vergüenza que le causaba el haber sido tan ultrajado, de suerte que casi llegó a términos de ahorcarse.

Siendo ya casi de noche, i estando el Rei ocupado con la audiencia de unos señores, le dijo a Bertoldo que volviese a su presencia al dia siguiente, pero que no habia de venir ni bien vestido ni bien desnudo.

Graciosa astucia de Bertoldo para volver delante del Rei como se lo habia mandado

La mañana siguiente, pareció Bertoldo delante del Rei envuelto en una red de pescados: pero no llevaba mas ropa que la red: i viéndole de aquel modo el Rei, le dice.

REI. ¿Cómo te pones delante de mí en forma tan indecente?

BERT. ¿Pues no me mandaste, que hoi por la mañana me pusiera delante de tí; pero que fuese ni vestido, ni desnudo?

REI. Sí, es verdad.

BERT. Pues ya me tienes de la misma forma que mandaste, porque con esta red cubro parte de mi cuerpo, i la otra queda desnuda.

REI. Dime ¿dónde has estado hasta ahora?

BERT. Donde he estado no estoi, i donde estoi ahora, no puede estar ninguno mas que yo.

REI. I ¿qué hace tu padre, tu madre, tu hermano i tu hermana?

BERT. Mi padre es hacedor de un daño: mi madre hace a una vecina suya aquello que no lo volverá a hacer mas: mi hermano cuantos halla tantos mata; i mi hermana está llorando lo que ha reido todo el año.

REI. Descíframe esos enigmas, que no los entiendo.

BERT. Has de saber que mi padre está en el campo cercando una senda, i cerrándola con espinos, con que aquellos que solian pasar por medio de la senda, pasan ahora unos de una parte i otros de la otra de los espinos; de manera que ántes no habia mas que una senda, i ahora con la continuacion de tantos pasajeros se han hecho dos. Mi madre cierra los ojos a una vecina suya que se acaba de morir, cosa que no volverá a hacer mas. Mi hermano está al sol, matando los piojos de su camisa. Mi hermana casi todo el año se le ha pasado riendo, i ahora está con los dolores de parto.

REI. ¿Cuál es el dia mas largo que hai?

BERT. Aquel en que uno se queda sin comer.

REI. ¿Cuál es el hombre mas loco?

BERT. Aquel que se alaba de discreto.

REI. ¿Por qué motivo nacen mas presto las canas en la cabeza que en la barba?

BERT. Porque el cabello nace primero que la barba.

REI. ¿Cuál es aquel hijo que pela la barba a su madre?

BERT. El huso.

REI. ¿Qué yerba es la que hasta el ciego la conoce?

BERT. La hortiga.

REI. ¿Quién es aquella hembra que siempre está en el agua i nunca se lava los piés?

BERT. La barca.

REI. ¿Quién es aquel que se aprisiona por su gusto?

BERT. El gusano de la seda.

REI. ¿Cuál es la flor mas triste?

BERT. El vino que sale de la cuba cuando se acaba.

REI. ¿Cuál es la cosa mas atrevida i desvergonzada que hai?

BERT. El viento, pues este se entra debajo de los vestidos de las mujeres.

REI. ¿Cuál es aquella cosa que nadie quiere en su casa?

BERT. La culpa.

REI. ¿Quién es aquel torcido que corta las piernas a los derechos?

BERT. La hoz de cegar trigo i cebada.

REI. ¿Cuántos años tienes?

BERT. Quien cuenta los años, cuenta la muerte.

REI. I ¿cuál es la cosa mas clara que hai?

BERT. El dia.

REI. ¿Mas que la leche?

BERT. Mas que la leche i la nieve.

REI. Si tú no me hicieras ver claramente lo que dices, te tengo de hacer castigar.

BERT. ¡Oh, qué infelicidad es la corte!

Astucia injeniosa de Bertoldo para librarse del castigo

Buscó Bertoldo un cubo de leche, i sin que nadie le viera, le llevó al cuarto del Rei, i aunque era mediodia, cerró todas las ventanas i puertas por donde podia comunicarse alguna luz: entró el Rei en el cuarto, i como no veía, tropezó en el cubo de la leche, vertióle por el suelo, i nada faltó para que cayera de cabeza i se hiciese gran daño en su persona. Empezó a gritar, diciendo: ¡Ola, vengan aquí! i abran estos balcones. Acudieron al ruido, abrieron las ventanas, i como vió todo el cuarto lleno de leche, i el cubo donde habia tropezado, con grande enfado preguntaba, quién habia sido agresor de semejante delito.

REI. ¿No hai ninguno que diga, quién es o ha sido el que ha tenido la desvergüenza de haber puesto en mi cuarto este cubo de leche, cerrando todas las ventanas para que yo tropezase?

BERTOLDO. Yo he sido; i lo he hecho para que te desengañes mas claramente de tus porfías, i confieses que el dia es mas claro que la leche; pues si fuera mas clara la leche que el dia, ella te hubiera alumbrado, i no hubieres tropezado en el cubo.

REI. Eres un astuto billano, i a cada cosa hallas salida con facilidad; pero ¿quién es este que aquí viene?

BERT. Parece que es un criado de la Reina, que trae una carta en la mano.

REI. Apártate un poco de aquí, que quiero oirle.

BERT. Ya me voi, pero a la verdad temo que sea alguna mala embajada contra mí.

Idea fantástica que se les puso en la cabeza a las ciudadanas de aquel pueblo

Llegó el mensajero a la presencia del Rei, i haciendo su debido acatamiento, le presentó una carta que traia; i su contenido era del tenor siguiente:

“Señora: Hacemos presente a V. M. (para que interceda con el Rei) las justas razones de todas las nobles de la ciudad. Deseamos i pedimos al Rei con rendimiento, que nos conceda el poder asistir en los consejos i gobernar la ciudad, oír querellas, sentenciar, como es concedido a los hombres, i tener mando en el gobierno, como le tiene el Senado i Primados de la ciudad. Para esto alegamos: Que ha habido ejemplares de muchas mujeres, que han mandado i gobernado imperios i reinos con tanta prudencia, i aun mas que algunos reyes i emperadores; habiendo tambien salido armadas a campaña, defendiendo sus reinos, estados i señoríos, tan valerosamente como los mas valientes soldados; i así por estos motivos no debe despreciar el Rei la súplica; ántes bien aceptar la instancia, i hacerles partícipes de todo; pues es cosa intolerable que solo los hombres tengan el dominio en todo, i nosotras no tengamos mando alguno; a que añadimos: Que prometemos ser tan sijilosas en todo jénero de cosas de importancia, que escedamos en eso a los hombres. Esperamos que V. M., como mujer, recomendará con toda eficacia esta súplica.”

Leyó el Rei la carta, i se hizo cargo de la pretension tan desatinada; i no sabiendo que resolucion tomar, se volvió a Bertoldo i le reveló todo el contenido de la carta, al cual dió tal gana de reír, que no se pudo contener, pero el Rei, viéndole reír, le dice con mucho enfado:

REI. ¿Por qué te ries, majadero?

BERT. Me río, i quien no se riera, mereceria que le sacaran los dientes.

REI. ¿Pues por qué?

BERT. Porque estas mujeres creen que tú eres majadero, i no Rei Albuyno; por esto te han hecho esta súplica tan disparatada.

REI. A ellas les toca el pedir i a mí el servir las.

BERT. Infeliz es el perro que se deja agarrar de la cola.

REI. Habla de manera que te pueda entender.

BERT. Desdichadas las casas en que cantan las gallinas i canta el gallo,

REI. Tú eres como el sol de marzo, que conmueve i no resuelve.

BERT. Al buen entendedor pocas palabras le bastan.

REI. Esplicame lo que dices i sácame de la duda.

BERT. Quien quisiere tener la casa limpia, no tenga pollos ni palomas.

REI. Vamos, acaba, ¿qué dices?

BERT. Quien lo entiende, quien no lo entiende, i otros que no lo quieren saber.

REI. A todo aquel que cuece la comida con paja, el caldo le saldrá ahumado.

BERT. En suma, quiero saber lo que me quieres.

REI. Quiero que en esta ocasion me des luz con un prudente consejo.

BERT. Mala seña es cuando la hormiga pide pan a la chicharra.

REI. Yo sé que para todo hallas buena salida; i pues estás colmado de inventivas i de astucia, quiero fiarte la resolucion de este negocio.

BERT. Como tú te fies de mí, no dificultes que yo te sacaré mui presto de toda dificultad i conseguire el que no te vuelvan a molestar sobre su pretension.

REI. Pues injéniate con tu maña, i despáchalas cuanto ántes puedas.

Astucia preciosa de Bertoldo para quitar de la cabeza de las mujeres el capricho o tema referido

Se fué Bertoldo a la plaza, compró un pajarillo i lo metió dentro de una cajita, la que llevó al Rei i le dijo: Que enviase aquella caja a la Reina, i que S. M. de su parte la enviase a las pretendientes; pero con el precepto de que ninguna la abriese, bajo de penas rigurosas; i que a la mañana siguiente viniesen a palacio i trajesen la cajita en la misma forma que se les entregaba, que luego inmediatamente el Rei les concederia la gracia que pretendian. Tomó el mensajero la caja, la llevó a la Reina, la que entregó a las muje-

res, que estaban esperando en su cuarto la resulta de su pretension, i entregándosela a todas en jeneral, las dijo de parte del Rei: Que su voluntad era, que por ningun motivo se abriese aquella caja; añadiendo: que el dia siguiente la trajesen de la misma suerte que se les entregaba, que las prometia despachar conforme su pretension. Despidiéronse de la Reina mui gozosas i consoladas por la palabra que les habia dado tan favorable a su deseo.

«Curiosidad de mujeres, que consigo por naturaleza trae semejante sexo.

Luego que se fueron i se vieron léjos de la presencia de la Reina, les dominó la curiosidad de saber lo que en aquella caja se encerraba, que empezó a decir una a otra: ¿Quiéres que veamos lo que hai aquí dentro? Respondian otras: No hagamos cosa semejante, porque tenemos precepto de no abrir esta caja, i tal vez puede suceder, que haya dentro de ella alguna cosa de importancia para el Rei. Replicaban las mas curiosas, i decian: ¿Pues qué puede haber? Decia la otra: No, no, que no sabremos cerrarla del mismo modo que ella está. Habló otra con mas resolucion, i dijo: Sí, sí, abrámosla, i haya dentro lo que hubiere.

Resuélvense las mujeres a abrir la caja

Al fin, despues de muchos debates que hubo entre ellas, se resolvieron a abrirla, como en efecto la abrieron, i apénas quitaron la tapa, cuando voló el pajarillo con tanta velocidad, que se quedaron suspensas, confusas i apesadumbradas por no haber podido ver qué señales tenia, ni si era jilguero, pajarillo o ruiñón; pues si hubieran visto qué especie de ave era, lo hubieran podido remediar poniendo otra semejante i con las propias señales, i así se hubiera disimulado, llevando el dia siguiente la cajita de la misma forma que se les habia entregado, i no les hubiera sucedido una pesadumbre tan grande.

Pesadumbre que recibieron las mujeres por habérseles escapado el pajarillo

Habiendo sabido la Reina el caso, se entristeció de tal modo que no sabia qué hablar, ni qué hacer, porque temia un gran disgusto; pero con todo eso se animó, i con la comitiva de las mujeres se presentó delante del Rei; entraron tímidas i aturcidas, con su cabeza baja i llenas de confusion. La Reina saludó al Rei, quien la correspondió con mucha alegría; i haciéndola sentar junto a sí, la pregunta: Qué novedad la traia a su presencia con tanto número de mujeres (que se componia de mas de trescientas).

La Reina refiere al Rei la fuga del pajarillo

Yo vengo delante de V. M. con estas nobles matronas, por la respuesta de la súplica que tienen hecha, para entrar en los mismos oficios, empleos i encargos que tienen los senadores: i habiéndolas mandado entregar esta caja con órden espresa de que por ningun motivo la abriesen, i encargándolas la devolviesen como se las habia entregado, la casualidad ha permitido que una mas curiosa que las otras tuvo impulsos de ver lo que en ella se encerraba; abrióla, no creyendo se encerrase en ella el pájaro, el cual voló sin poderse remediar, con que todas las demas están tan condolidas, que no se atreven de vergüenza a mirarte, por haber quebrantado tu real precepto; i así, señor, ya que tú siempre has sido benigno i clemente para todos, te suplico las perdones, pues no lo han hecho con motivo de desobediencia a tu persona; sí solo por una leve curiosidad de su frágil naturaleza: esta solo ha sido la causa de haber incurrido en tal yerro; i así, pues, aquí las tienes delante de tí arrepentidas i humildes, te suplico las perdones; así lo espero de tu clemencia i benignidad.

Finje el Rei estar enfadado i hace una reprension a las mujeres de su pecado, del que las absuelve, i las envia a sus casas libres.

El Rei, finjiéndose mui enojado, se volvió hácia ellas con rostro airado, i las dice: ¿Sois vosotras las que habeis dejado escapar el pajarillo que estaba dentro de la caja? Ah, mujeres locas! ¡I qué poco juicio os comunicó vuestra débil naturaleza! I ¿teneis aliento para pretender entrar en los consejos secretos de mi corte? Decidme, ¿cómo pudiérais guardar un secreto de entidad, que importara a mi reino i a mis estados, i defender, castigar i disponer sobre la vida de los hombres, si no habeis sido capaces por solo una hora de haber tenido cerrada una caja, encargándoos tanto que no la abriérais? Volved a vuestras casas i ejercitad vuestros oficios mujeriegos, aquellos digo, en que vuestra naturaleza os tiene constituidas; cuidad de vuestras familias i casas con todas las demas circunstancias que se requieren para el aseo de ellas, que ese es vuestro empleo propio, i dejad el gobierno de la ciudad a los hombres, pues si recayera el gobierno en vuestras manos, todo caminaria sin piés, ni cabeza: no hubiera cosa, por mas oculta, ni secreta que fuese, que dentro de una hora no estuviese pública por toda la ciudad: levantáos, que ya os perdono; idos a vuestras casas, i os aconsejo que no se os ponga jamás en la cabeza semejante frenecí. De allí un rato despidió a la Reina, casi en la misma conformidad que a las demas, haciéndola acompañar a su cuarto de muchos caballeros. Se fueron las pobres mujeres tan sumamente desconsoladas, que nunca mas volvieron a tocar la especie de pretender ascender a consejeras, quedando bien escarmentadas con lo que las dijo el Rei: entónces el astuto i sutilísimo Bertoldo se volvió al Rei con grande risa, i viéndolo el Rei le dijo:

REI. Esta ha sido una bellísima invencion, i nos ha salido mui bien.

BERT. Bien va la cabra coja, como el lobo no la coja.

REL. Pues ¿por qué dices tú esto?

BERT. Porque mujer i juego hallan lugar luego.

REL. Quien se sienta en la hortiga, alguna vez le pica la hormiga.

BERT. Quien al aire escupe, en la cara le cae.

REL. Quien orina en la nieve, luego la deshace.

BERT. Quien lava la cabeza al asno, pierde javon i tiempo.

REL. ¿Lo dices esto por mí?

BERT. Por tí hablo, i no por otro.

REL. Pues ¿qué motivos tienes para quejarte de mí?

BERT. ¿Yo no me puedo quejar de tí?

REL. Pues ¿en qué te he agraviado yo?

BERT. Te diré: Yo he sido tu coadjutor en una cosa de tanta importancia como esta; i tú en lugar de asegurarme la vida, me das cordelejo, dándome a entender que alguna vez tengo de caer en la trampa, pagándolas todas juntas.

REL. No soi yo tan ingrato que no conozca tus méritos.

BERT. El conocerlos es nada, pero conocerlos con justicia es mucho.

REL. No dudes, que luego te quiero remunerar de todo; pero con el con que siempre estés a piés juntos.

BERT. Tambien los ahorcados se quedan a piés juntos.

REL. Tú lo interpretas todo al revés.

BERT. Quien dice mal, casi siempre acierta.

REL. Tú dices, i haces mui mal.

BERT. Pues ¿qué mal hago en tu corte?

REL. Lo que te digo es que no tienes cortesía, i estás mui mal criado i peor acostumbrado.

BERT. I ¿qué te se da a tí que yo esté mal criado i peor acostumbrado?

REL. Mucho se me da; porque delante de mí estás con grande indecencia.

BERT. La causa quiero saber.

REL. Pues es, que cuando vienes a mi presencia, nunca te quitas el sombrero ni me bajas la cabeza.

BERT. El hombre nunca debe de bajarla a otro hombre.

REL. Según sea la clase de los hombres, se debe usar de atención i cortesía.

BERT. Has de hacerte el cargo de que todos somos de tierra; tú eres tierra, yo soi tierra, i todos nos habemos de volver tierra; con que la tierra no debe ni puede bajarse a la tierra.

REL. Dices bien en que todos somos de tierra; pero hai mucha diferencia entre las tierras, pues de una misma tierra se ve que se fabrican varias cosas de vidriados esquisitos, i sucede, que en los unos se ponen i guardan licores preciosos i odoríferos, i otros se emplean i sirven para cosas mui viles e indecentes: yo soi uno de aquellos, en los cuales se encierran todo jénero de bálsamos, nardos, claveles, rosas, inciensos i otras cosas varias de licores preciosos: i tú eres uno de aquellos indecentes, en donde se encierra todo jénero de inmundicias; no obstante que uno i otro estamos formados de una misma tierra i de la misma mano.

BERT. Es verdad, no te lo niego; pero tambien te digo, que tan frágil es el uno como el otro, i cuando los dos se rompen, igualmente se arrojan los pedazos a la calle, i ni del uno ni del otro se hace caso ni aprecio.

REL. Tienes razon; pero sea como fuere, tú me has de hacer una reverencia.

BERT. No lo haré, i así paciencia.

REL. Pues ¿por qué no?

BERT. Porque he comido asadores, i no quiero que se me rompan, al tiempo de bajarme, las tripas.

REL. ¡Ah, villano! aunque revientes me has de hacer una cortesía, si vuelves a mi presencia.

BERT. Todo puede ser, pero se me hace mui dificultoso el creerlo.

REL. Por la mañana veremos la resulta; ínterin, por esta noche, te puedes ir a tu casa.

El Rei hizo bajar la puerta de su cuarto para que cuando viniese Bertoldo bajase la cabeza al tiempo de entrar

Se despidió Bertoldo, i aquella noche hizo el Rei bajar la puerta de su gabinete, de tal suerte, que cualquiera que hubiese de entrar, era meneste que bajase bien la cabeza, solo con el fin de que cuando Bertoldo entrase dentro, la bajase al Rei al tiempo de entrar, cumpliéndose así el deseo de que le hiciese la reverencia, i quedar victorioso con su tema: i así esperando estaba el Rei por instantes de que llegase la hora.

Astucia de Bertoldo para no bajar al Rei la cabeza

Volvió la mañana siguiente el astuto Bertoldo, i reparó en la puerta, conoció la máxima del Rei para obligarle a bajar la cabeza al tiempo de entrar; pero el gran socarrón, en lugar de bajar la cabeza, se volvió de espaldas, i le honró con el fiador; conoció el Rei su gran sutileza i al mismo tiempo tuvo gran gusto de ver la salida que tuvo con semejante agudeza; no obstante finjóse algo enfadado contra él, i le dijo.

REI. Idiota, rústico i descortés, ¿quién te ha enseñado entrar en mi cuarto de esa manera?

BERT. ¿Quién? El cangrejo.

REI. Pues ¿de qué manera te ha enseñado el cangrejo?

Fábula del cangrejo i de la langosta que Bertoldo cuenta al Rei

Has de saber, señor, que mi padre tenia diez hijos i era sumamente pobre, como me sucede a mí mui a menudo; era mui regular que aun el pan nos faltaba para cenar, i en lugar de darnos algun alimento para poder dormir, nos solia contar algunas fábulas i cuentecillos para que nos quedásemos dor-

midos; sucedia lo mismo que deseaba, pues entre la hambre i el sueño, cuando la primera no se satisfacía, se daba entrada al sueño, i así lograba lo que quería, hasta el día siguiente que la Providencia asistía en la mayor estrechez. Entre una de las muchas cosas que le oí contar, se me quedó en la cabeza la que te voi a referir; i si das audiencia, con quietud i reposo, oirás una cosa que será mui de tu gusto, pues es mui a propósito i del caso.

REL. Ya te permito que la refieras, pues no dudo será mui gustosa.

BERT. Mi padre decia que cuando hablaban los animales i las lechuzas tejían manteles, el cangrejo i la langosta eran amigos estrechos. Dispusieron, pues, el ir a ver mundo, i ver como se vivía en las demas tierras (el cangrejo caminaba entónces adelante, como los demas animales, i lo mismo sucedía a la langosta, que no andaba de medio lado como ahora camina); en fin habiendo salido de casa de sus padres, caminaron mucho tiempo por el mundo, llegaron al país de los saltones, despues pasaron a el de los gusanos de luz, el cual confinaba con el de las mariposas; de suerte, que corrieron todas aquellas tierras, i vieron varias costumbres entre aquellos animales: internáronse mas adentro, llegaron a la tierra de los erizos, los cuales a la sazón estaban ocupados en una grandísima guerra contra los murciélagos, cuyos términos eran inmediatos i confinantes, por una sospecha de traiciones i otras causas, que unos i otros alegaban. Llegaron pues, estos dos compañeros al primer lugar, i fueron descubiertos por una de las guardias avanzadas; creyendo o sospechando que fuesen dos espías, los prendieron i los condujeron atados de piés i mano delante de su capitán, el cual así que los vió, los examinó por estenso del fin de su venida; i no habiendo hallado en ellos mas malicia ni interés que el deseo de caminar i ver mundo, se aquietó al punto; ellos dijeron que la casualidad les habia llevado a aquella tierra, i que como eran forasteros, no estaban enterados del país, ni de lo que en él sucedía; que solo deseaban se les pusiese en libertad para volverse a su tierra; si esto no se

podiese lograr por razones de estado o por política bélica, pedían se les diese partido en la tropa para servir de soldados, dándoles el sueldo igualmente como a los demas, que de este modo servirían fielmente i muy gustosos en aquella guerra. Luego que el capitán oyó tal proposición, los mandó desatar, pareciéndole que eran bestias de muchas acciones, por la gran cantidad de patas i brazos que tenían, haciendo que los pusieran en lista con todos los demas.

Sucedió, pues, que habiendo mandado al cangrejo fuese a espiar todo lo que pasaba en el campo enemigo, como el pobre era nuevo en aquel país i caminaba con tanto silencio i escondiéndose la cabeza debajo de su cola, se presumió no sería conocido tan fácilmente. No obstante, caminaba animosamente al campo del enemigo, i llegando, halló las guardias dormidas, pasó adelante, hasta llegar a la real tienda de la comadreja, pensando que también durmiesen las guardias; pero el pobre infeliz tuvo tan mala fortuna i encuentro, que estaban todos despiertos. Divertíanse las guardias al juego de paro i pinta, con que al tiempo que el cuitado fué a meter la cabeza dentro para ver lo que pasaba, le vió uno de aquellos soldados, el cual se levantó del juego poco a poco, de manera que el cangrejo no le viese, i tomando un palo se lo tiró con tan buen aire i destreza que le dió en la cabeza; de suerte que lo dejó como muerto con la violencia i fortaleza del golpe, i a no tener las armas que le dió la naturaleza, los sesos se los hubiera echado al aire: el soldado que le tiró no sabía que era espía, antes bien creía que hubiese llegado allí por casualidad, i especialmente viéndole de figura tan rara, ¿quién había de sospechar cosa semejante? No obstante, creyendo le había muerto, le tomó por las hastas i le tiró a una laguna de agua que estaba allí inmediata; sin mas novedad se volvió a sentar al juego. Luego que volvió en sí el desgraciado cangrejo, no pudiendo casi levantar la cabeza por el gran golpe que había recibido, juró i protestó no volver a entrar en parte alguna con la cabeza adelante, procurando entrar siempre i caminar al contrario; pues así, si le sucedía otro semejante

lance, mas queria le diesen en el espinazo que en la cabeza. Volvióse al campo, hizo una relacion individual de todo lo acaecido, notició como las centinelas dormian; pero que en la real tienda de la comadreja se velaba. Oyendo esto el capitan, hizo armar mui secretamente el tercio de las ardi-llas i determinó con ellas dar un asalto al enemigo: así fué, pues hallándose todos juntos en la tienda real, no dejó a ninguno libre ni dió cuartel: a todos pasó a cuchillo, to-mando venganza del infeliz apaleado cangrejo, el que dijo a la langosta, despues de todo este suceso, marchemos de este país que no quiero verme en otro semejante empeño, pues veo que la guerra no es buena para nosotros. Dices bien, pero ¿cómo nos escaparemos (respondió la langosta), que es mui posible que nos vean i nos descubran por las pisadas? Respondió el cangrejo: tú caminarás de lado i yo andaré hácia atrás, i así saldremos de toda dificultad. La determi-nacion le gustó mucho a la langosta, i poniéndose luego en puntillas de los piés empezó a caminar de lado con tanta lijereza que apénas la podia alcanzar el cangrejo; i de esta suerte se pudieron escapar del campo por un paraje esca-broso. Llegaron a sus casas bien mortificados por los peli-gros tan grandes en que se habian hallado: i a la hora de su muerte dejaron dicho en sus testamentos que todos sus descendientes, en lo venidero, caminasen del mismo modo que ellos lo habian hecho cuando volvieron a sus casas, i que este mandato se observase rigurosamente, pues así era su última voluntad; i así, que desde entónces, en cumpli-miento de lo ordenado por el cangrejo, caminan todos sus descendientes como lo dejó mandado. I yo, conservando en la memoria este caso al tiempo de entrar en este cuarto, he tenido por conveniente imitar al cangrejo; pues si alguno me descargaba algun golpe, era mejor que lo padeciese el trasero que la cabeza. Ahora quiero saber ¿qué te parece? ¿i qué me respondes? Aunque ya discurro que habrá sido de tu gusto la fabulilla.

REI. Es cierto que lo es: con ella me has divertido i me has dado entera satisfaccion, i ahora véte a tu casa; pero

has de volver mañana delante de mí en tal conformidad, que te vea i no te vea, i me has de traer al mismo tiempo una huerta, una caballeriza i un molino.

BERT. Adivínala, grillo: ya me voi, i buscaré el modo de satisfacerte. Adios.

ALEGORIA SEGUNDA

Los grandes, o por amor o por fuerza, quieren ser reverenciados i casi adorados de los inferiores; pero muchas veces tambien un rústico puede humillar la altivez de un soberbio. Las mujeres son vehementísimas en la ira, particularmente en el tiempo que se les toca en sus pasiones mas delicadas, que son la vanidad i la soberbia.

Astucia de Bertoldo para aparecer delante del Rei en el modo que se ha dicho

El dia siguiente mandó a su madre que le hiciese una torta de acelgas, manteca, requeson i queso, con bastante abundancia de harina por defuera, tomó despues un harnero, se le puso por delante del rostro i con la torta en la mano volvió de esta suerte a la presencia del Rei: viéndole aparecer en tan estraña figura, empezó a reir, i de esta suerte le dijo:

REI. ¿Qué significa ese harnero que traes delante del rostro?

BERTOLDO. Pues, ¿no me mandaste que viniese delante de tí de modo que me vieses i no me vieses?

REI. Es cierto.

BERT. Pues ya me ves i no me ves por los agujeros de ese harnero.

REI. Ya veo yo que sales de todo bien con tus gracias i sutilezas; pero dime, ¿dónde está la huerta, caballeriza i molino, que te mandé me trajeses?

BERT. Aquí está todo en esta torta, en la cual están comprendidas las tres cosas: las acelgas significan la huerta: la

manteca, queso i requeson la caballeriza: i la harina no es otra cosa mas que el molino.

REI. Es cierto que no he visto ni he tratado entendimiento mas perspicaz que el tuyo: i así desde hoi en adelante pídemle quanto quisieres, i te doi permiso para que te sirvas de mi corte en todas tus necesidades.

Alegría de Bertoldo

Con la oferta que el Rei le hizo, se apartó un poco distante, i retirándose a un patio, se bajó las bragas i finjió querer hacer alguna necesidad: el Rei casualmente lo vió desde una ventana, i gritando fuertemente a Bertoldo, le dijo:

REI. ¡Bestia, incapaz! ¿qué es lo que vas a hacer?

BERTOLDO. ¿Pues no dices que me sirva yo de tu corte en todas mis necesidades?

REI. Es verdad que lo he dicho; pero no lo decia yo por tanto, ni yo pudiera pensar semejante atrevimiento.

BERT. Pues ya que me lo has dicho i me lo has ofrecido, quiero servirme de la oferta i descargar el grave peso que tengo en el vientre, que me agrava mucho i no puedo sufrirlo mas.

Viendo esto uno de aquellos guardias, alzó un palo para sacudirle, i le dijo con enfado: ¡Bruto, insolente, véte a la cuadra donde están los asnos, mas racionales que tú, i otro dia no te atrevas a desvergüenza semejante en palacio, i casi delante del Rei, si no quieres que te rompa las costillas con este palo! Volvióse entónces Bertoldo a él i le dice:

BERT. Hermano, véte poco a poco i no seas tan pronto, ni te hagas tan celoso; advierte que tambien las moscas, que vuelan sobre las cabezas de los tiñosos, se ponen sobre la real mesa, i se ensucian en la propia taza del Rei, i no obstante come la sopa sin escrúpulo ninguno, sin reparar en una cosa tan sumamente asquerosa; pues si esto es así, ¿cómo reparas que yo haga en el suelo esta cosa tan precisa, siendo tan necesaria? Fuera de que, si el Rei me manda

que en mis necesidades me sirva de su corte, ¿qué mas necesidad me puede suceder que la presente para aprovecharme de ella? Por esta accion entendió el Rei la cifra de Bertoldo; i sacándose del dedo una sortija, se volvió a él i le dijo:

REI. Toma esta sortija por premio: i tú, tesorero, tráeme aquí mil escudos que quiero hacer luego un presente a Bertoldo.

BERT. Yo no quiero que tú me interrumpas el sueño.

REI. Pues ¿por qué motivo te lo tengo de interrumpir?

BERT. Porque si yo tengo esta sortija con tanto dinero, no descansaré jamás, pues me estaré imaginando i alambicando los sesos continuamente, i no podré hallar sosiego de ningun modo; pues regularmente he oido decir, que quien de otro toma, así mismo se echa la maroma: a mí la naturaleza me hizo libre, i libre quiero conservarme.

REI. Pues ¿qué te podré yo dar para gratificarte?

BERT. Demasiado paga quien conoce el beneficio.

REI. No basta conocerlo solamente, tambien es menester para en reconocimiento hacer alguna gratificacion.

BERT. La buena intencion es bastante paga para el hombre de bien.

REI. El superior no debe esceder al súbdito en jenerosidad.

BERT. Tampoco debe el súbdito aceptar nada que corresponda a mas de lo que él se merece.

La Reina nuevamente insta al Rei para que le envíe a Bertoldo

En el tiempo que estaban hablando, llegó un criado de parte de la Reina con una carta, en la cual suplicaba al Rei le enviase a Bertoldo, pues queria divertirse con sus gracias, i el motivo era hallarse bastante melancólica; pero era todo ficcion, pues tenia pensamiento de hacerle quitar la vida: a esto la movia haber sabido que por su culpa habian recibido, las matronas, del Rei una afrenta i disgusto tan grande

como el pasado: por este motivo estaban tan rabiosas contra él que si le hubieran podido agarrar entre las uñas, le hubieran desollado vivo. El Rei, habiendo leído la carta, i dando crédito a su contenido, se volvió a Bertoldo i le dijo:

REI. Nuevamente me suplica la Reina que te dé licencia para ir a su cuarto porque quiere divertirse con tus gracias a causa de hallarse algo indispuesta; quiere que vayas un rato a divertirla i quitarla el mal humor de su gran melancolía.

BERTOLDO. Tambien las zorras finjen algunas veces que están enfermas para poder mejor agarrar los pollos.

REI. ¿A qué intento dices esto?

BERT. La práctica me sirve de libro.

REI. Enfado de mujer noble presto se pasa.

BERT. Las áscuas cubiertas mantienen mucho tiempo la ceniza caliente.

REI. ¿No oyes el fin que te llama?

BERT. Buenas palabras i malos hechos, engañan los locos i los cuerdos.

REI. Ea, pues, al que se ha de ir aviarle, que la agua pasada no es espada.

BERT. El que una vez se quemó con las sopas, para otra vez las sopla, aunque estén frias.

REI. Vaya, que de corsario a corsario no hai mas pérdida que los toneles vacios.

BERT. Tambien piensa el borracho una cosa, i otra el tabernero.

REI. Pues por hacer un gusto, nunca se pierde nada.

BERT. Gusto que causa daño, Dios te dé mal año.

REI. Estando tú en mi corte, no tengas miedo de nada.

BERT. Mas vale ser pájaro de campo que de jaula.

REI. Vé al punto, no te hagas desear mas, porque cosa mui rogada, suele ser poco agradecida.

BERT. Infeliz de aquel que da ejemplo a otro.

REI. Aquel que está mas, mas quisiera estar.

BERT. Quien empuja el navío a la mar, está mas espuesto al peligro.

REI. Acaba, vé i no temas.

BERT. Cuando va el buei al matadero, suda por delante i tiembla por atrás.

REI. Revístete con un ánimo de leon, i entra descaradamente.

BERT. No puede tener ánimo de leon aquel que tiene el corazon de oveja.

REI. Anda seguro que la Reina no tiene mas enfado contra tí, pues la burla pasada se le ha convertido en risa.

BERT. Risa de señor, serenidad de invierno, sombrero de loco i trote de mula vieja, hacen una primera de pocos puntos.

REI. No hagas que te esperen, pues toda tardanza es enfadosa.

BERT. En fin, voi porque tú me lo mandas, salga lo que saliere, o vaya como quisiere; porque de cualquier modo es menester entrar, sea por la puerta o la cerradura.

ALEGORÍA TERCERA

El dar audiencia a los súbditos es virtud i obligacion de príncipes magnánimos i justos, siendo preciso escuchar hasta los pleitos de ménos entidad, indagándolo todo por a menudo, aunque sean ridiculeces femeniles; pues es el medio mas proporcionado para satisfacer el vulgo: i así cada uno que se haya constituido en tal obligacion, debe usar de la política, en ocasiones de ver i de no ver; diré, no hacer caso de unas i atender a otras de mayor entidad. Al cortesano avisado, recatado i prudente, no le falta medio o arte para comprender los preceptos de su Soberano, que aunque los manden con rebozno, es prudencia ejecutarlos.

Con una buena industria se defiende Bertoldo del primer impetu de la Reina

Luego que Bertoldo se encaminó al cuarto de la Reina, al ir a entrar oyó casualmente como habia dado orden a los que cuidaban de los perros, que inmediatamente que le viesen entrar en su cuarto los soltaran todos, para que por este medio quedase de ellos bien castigado (es cierto, que es a cuanto puede llegar la crueldad). Aquel dia accidentalmente, cuando venia a palacio, pasó por la plaza: tenia un hombre una liebre viva, i la compró: llevábala oculta debajo de su capa, i subiendo arriba para cumplir con la orden, al llegar cerca de la antecámara de la Reina, le soltaron los perros, que iban desesperados a acometerle; i es cierto que le hubieran hecho pedazos a dentelladas, si él, viéndose en tan gran peligro, inmediatamente no soltara la liebre, la que apénas vieron los perros, empezaron a seguirla con tanta precipitacion, que dejaron libre a Bertoldo, llevádoles mas la aficion de la liebre, propio impulso de su inclinacion natural a la caza.

Bertoldo quedó ileso de las crueles mordeduras que le esperaban. Al mismo tiempo que se celebraba la fiesta de la liebre con los perros, entró i se presentó delante de la Reina, quien al verle se quedó sumamente admirada, pues ya habia consentido que le habrian hecho pedazos los perros; i así con gran cólera i enojo le dijo:

REINA. ¿Tú estás aquí, embustero, asesino?

BERTOLDO. Ojalá no estuviera como estoi.

REIN. Pues ¿cómo te has escapado de los dientes de mis perros fieros i crueles dogos?

BERT. La Providencia ha provisto el caso.

REIN. Calla que no se rie siempre la mujer del ladron.

BERT. Quien va al molino, preciso es que se empolverice.

REIN. Quien lleva el primero, no va vacio.

BERT. Aquel que le toca, es el que lleva.

REIN. Pues a tí te toca esta vez.

BERT. No hai mas engaño sino para aquel que se fia.

REIN. Prometer i no dar, es gran locura.

BERT. Aquel que faltase, pague la res.

REIN. El que no lo juega lo malgasta.

BERT. A quien le va bien está en concepto de hombre prudente.

REIN. Ir bestia i volver bestia es la misma cosa.

BERT. No entremos dijo la zorra al lobo.

REIN. Pero no obstante yo he logrado que tú hayas entrado aun con toda tu malicia i preciándote de astuto.

BERT. Paciencia dijo al lobo el borrico, tales andan las bodas que no me llaman a la mesa.

REIN. Su tiempo le llegará a aquel que lo espera.

BERT. Ventura me dé Dios, que el saber poco me vale.

REIN. Detrás del trueno viene la tempestad.

BERT. Es verdad, porque el pescado grande se come al chico.

REIN. No todos los gallos conocen las habas.

BERT. Toda sierpe guarda el veneno en la cola, pero la mujer airada lo tiene esparcido por todo el cuerpo.

REIN. Yo te aseguro que esta vez no te escaparás aun-

que intentes las mas sutiles malicias de que te vales: yo te aseguro que ahora no te has de ir alabando de que has hecho burla; veamos si tus estratajemas contra las mujeres te valen siempre.

BERT. Al que no le toca una le pilla la otra: el que camina mas presto, engaña al compañero: solo te pido, que ya que estás empeñada en castigarme, sea cuanto ántes, para salir del susto de una vez, i salga como saliere.

La Reina hace meter a Bertoldo en un saco

La Reina mui enfadada le hizo prender i atar fuertemente de piés i manos: mandó le llevasen a un cuarto cerca del suyo porque de nada se fiaba, temiendo no se escapase, como habia hecho otras muchas veces, valiéndose de sus sutiles astucias: para mayor seguridad le hizo meter dentro de un saco, haciéndole atar para que no pudiese sacar la cabeza: púsole un alguacil por centinela, para que tuviese cuidado hasta la siguiente mañana, en que su intencion era mandarle arrojar en la corriente de un rio, privándole de esta suerte el que volviese a dar mas chascos i osarse de sus industrias.

Quedó, pues, nuestro Bertoldo atado de piés i manos en el saco, i nunca consintió en su fin ni tuvo mas miedo a la muerte que en esta ocasion; pero en medio de tanto susto pensó una nueva astucia para librarse del saco, i le salió del modo que la pensó.

Agudisima astucia de Bertoldo para escaparse del saco

Viéndose el pobre Bertoldo encerrado i atado en el saco i con la guardia de un alguacil al mismo tiempo, se le ocurrió una nueva burla, i fué finjir el hablar consigo mismo. Empezó a suspirar i a quejarse, diciendo: "¡Oh, maldita fortuna, i cómo te alegras i te gozas de mortificar tanto a los pobres como a los ricos! ¡Oh, maldita hacienda, en el estado en que me has puesto! ¡Mejor hubiera sido para mí

i mas felicidad tendria si mi padre me hubiera dejado pobre mendigo, pues de esta forma no me hallaria en tan infeliz conflicto! ¡Ahora me desengaño de que de nada me ha servido el disfrazarme ni vestirme de aqueste grueso sayal, dando a entender con mi vestido que era un pobre infeliz, no bastando mi humildad ni abandonar todos mis bienes para que con todo esto no me hayan descubierto i conocido por hombre rico! Ellos de hecho no se han engañado: ¡Plugiése a Dios no lo fuese! ¡No otra cosa, sino la avaricia de gozar mi hacienda les hace querer emparentar conmigo! Ello bien puedo padecer trabajos, pero yo nunca consentiré ni admitiré la proposicion de casarme con ella; pues siendo yo (aunque con riquezas) un hombre todo contrahecho i feo, tengo por seguro que la novia tendrá tentaciones de no serme fiel; así si la Reina insiste en que me case con ella, contra todo mi gusto, ya me imagino perdido i sin saber en semejante lance qué hacer ni cómo escapar de tal violencia.”

El Alguacil desea saber lo que entre sí habla Bertoldo

El ministro, oyendo las palabras de Bertoldo, llevado de la curiosidad de saber la razon de semejante discurso, movido tambien a compasion, le preguntó a Bertoldo:

ALGUACIL. Hombre, ¿qué conversacion o qué discurso estás haciendo? Díme, infeliz, ¿por qué te han metido en este saco?

BERTOLDO. ¡Ah, hermano mio! Déjame, que nada te importa a tí el saber mis cuitas: solo te suplico que no me toques ni me preguntes ese asunto: déjame quejarme de mi desgracia i cumple tú con tu oficio.

ALG. Advierte que aunque yo soi alguacil, soi hombre humano i compasivo i me mueven a lástima las calamidades del prójimo; i si yo no pudiese ayudarte en el trabajo que ahora padeces, porque mis fuerzas no lo alcanzan, a lo ménos te daré algun consuelo que te sirva de alivio.

BERT. Poco consuelo me puedes dar porque el término es mui breve para todo lo que conmigo se ha de ejecutar.

ALG. Pues ¿qué te quieren dar doscientos?

BERT. Peor.

ALG. ¿Tormento?

BERT. Mucho peor.

ALG. ¿Echarte a galeras?

BERT. Tres veces peor.

ALG. ¿Ahorcarte i descuartizarte?

BERT. Todavía peor.

ALG. ¿Quieren quemarte?

BERT. Mil veces peor.

ALG. Pues ¿qué te pueden hacer que sea peor?

BERT. Me quieren casar.

ALG. Hombre o diablo, ¿es peor eso que todo lo que se ha dicho? Yo creia que eres hombre de entendimiento, pero ahora veo que eres un bestia: pues yo juzgué en tí un extraordinario delito, i veo sales con esa rara extravagancia digna de risa mucho mas que de lástima.

BERT. Amigo, no digo yo que el casarse sea peor que todo lo que se ha dicho, lo peor consiste en el modo con que lo quieren ejecutar, i para mi jenio te aseguro me ha de costar mas dificultad i trabajo que todas las cosas dichas.

ALG. Pues ¿qué modo es ese? Espílicate mas claro para que pueda entenderte.

BERT. Ninguno, solo que no quisiera que me oyera nadie, pues sé claramente que acabarian conmigo.

ALG. Nadie hai mas que yo, habla con toda seguridad.

BERT. Te suplico i ruego que no me seas despues traidor.

ALG. No te presumas de mí tal cosa; i así bien puedes hablar con toda seguridad, que te guardaré secreto i te seré seguramente fiel.

BERT. Yo, en fin, me fio de tí, pues en el modo de tu trato racional se conoce eres hombre de bien; i así espero i tengo confianza no faltarás a tu palabra.

ALG. Ea, pues, empieza a contarme todo el caso, que yo te escucharé atentamente.

BERT. Has de saber que yo me hallaba con abundancia de bienes, a que se juntaba el lustre de un honroso nacimiento, dotes ámbos con que quiso adornarme el cielo; pero como todo no puede ser cabal en el mundo, he tenido la desgracia de nacer mui al contrario de la regular figura de todos los demas hombres, pues soi tan sumamente disforme i monstruoso de cuerpo, que no se hallará segundo en el mundo. Con el motivo de ausencia dejé mis poderes a un caballero de mi patria para cuidar de mi hacienda: este caballero tiene una hija mui bonita, i llevado de mis muchas riquezas ha determinado (aunque yo soi tan feo, como te digo) que me case con su hija: muchas veces son las que me ha rogado: varios sujetos me han instado sobre el asunto, procurando reducirme a que consienta; i yo, considerando que todas estas dilijencias no se ejercitan por el amor que me tenga la novia, ni tampoco me puedo persuadir la haya llevado la pasion de mi figura, porque discurro la ciega solamente al interes de mi hacienda, me he resistido sin dar oidos a pretension semejante; i pienso que ántes quisiera verme ahorcado que casado con ella.

ALG. ¿Con qué tú eres tan rico?

BERT. Sí, por cierto, tanto en raices como en bienes i muebles me ha dado mucho el cielo.

ALG. I ¿cuánto tendrás de renta?

BERT. Un año con otro, hago cuenta que tendré seis mil escudos de renta, ántes mas que ménos, i limpios de polvo i paja.

ALG. ¡Ciruelas! muchos marqueses hai que no tienen tanta renta: i dime, ese caballero que tú dices ¿es mui rico?

BERT. Está bastante acomodado, pero a correspondencia de mi caudal es pobre.

ALG. No obstante, ¿cuánto tendrá de renta?

BERT. Tiene mui cerca de mil escudos.

ALG. No es tan pobre como tú dices: i dime, ¿es bien nacido?

BERT. Eso sí, es caballero mui conocido.

ALG. ¿I no te quiere dar algo en dote?

BERT. Sí por cierto: espero que te lo he de contar todo, supuesto que deseas saberlo; pero te aseguro que no puedo hablar dentro de este caso, si no le desatas la boca un tanto para que yo pueda sacar la cabeza fuera i referírtelo sin tanto trabajo. Desata, que despues tú volverás a cerrar en habiendo oido mi historia, que es bien peregrina.

ALG. Con mucho gusto lo haré. Ea, pues, ya está desatado, habla ahora a tu gusto: pero ¿qué cara tan fea que tienes! Solo con ella puedes espantar una corrida de toros; i si lo demas del cuerpo corresponde a tu maldita fisonomía, serás un animal mui horrendo.

BERT. Sácame del todo fuera del saco, i verás mi persona, qué bien plantada que está.

ALG. Yo lo haré; pero es menester que te vuelvas a meter dentro luego que hayas acabado.

BERT. Quedemos de acuerdo en lo que me dices i no te receles de nada, pues soi caballero i basta.

ALEGORÍA CUARTA

El cortesano no debe parecer en la corte ni mui profano, ni mui pobre, ni mui poderoso, ni mui humilde, ni sábio, ni ignorante, por no esponerse a la enviada ni al desprecio. Quien no sabe guardar un secreto, no es apto para ningun negocio, siendo este el alma i lo mas endeble en las mujeres. El solo artificio no sirve a la fuerza, sino para salvar a otros de la ira de los poderosos.

El Alguacil saca a Bertoldo fuera del costal

ALGUACIL. Vamos, sal a fuera.

BERTOLDO. Aquí me tienes: ¿qué te parece esta prosopeya?

ALG. ¡Es cierto que eres un bello caballero! ¡Ai, Dios mio! ¡No he visto en mi vida mas horrorosa figura de bestia! Dime, ¿te habia visto la novia por ventura?

BERT. Nunca me ha visto i para que ella no me vea me han encerrado en este saco, quieren traerla aquí a este cuarto para que yo me despose sin luz, i despues de estar desposado, me desatarán i me haré presente a su vista: i será forzoso que ella se contente por fuerza, que así lo tienen todo dispuesto; i a mí me darán luego dos mil doblones de oro, los que pagará la Reina, pues así lo tiene ofrecido.

ALG. Cierto que es una buena ventura. ¡Ai, i qué niño tan hermoso i gracioso! ¡Oh, qué hacienda tan mal empleada! ¡Cuántos pobres hombres i mujeres de bien se contentarian con la tercera parte! Miren a este salvaje, monstruo infernal, que por tener hacienda i ser caballero tiene a mucha fortuna el emparentar con él una de las pri-

meras casas i mas distinguidas familias. Por esto dice bien aquel refran, que el interes obliga a estar al tiñoso asomado al balcon. Que a mí, que soi pobre i no soi monstruo cómo este pollino, ¡no me venga tal fortuna! Pero maldita sea la hacienda, que sirve para guerra de los hombres.

BERT. Si tú fueras hombre de bien, esta noche yo te hiciera hombre mui rico.

ALG. ¿De qué suerte?

BERT. Mira, yo estoi resuelto a no casarme con ella, aunque mas fuerza me hagan; porque sabiendo yo que es tan hermosa como el sol, i adornada de todas las habilidades i gracias, envidiada de muchos, estoi cavilando i sôspechando que ella no será para mí solo: además de esto, en viéndome ella tan feo i contrahecho, temo no la tiente el diablo i me dé algun bocadito sabroso, compuesto con el nombre del gran Turco Solimán, i en pocas horas me haga dar un brinco al otro mundo; i así, si tú quieres entrar en este saco en mi lugar, yo te haré dueño de una fortuna tan grande i mucho mas dichosa que la que podias esperar en tu vida.

ALG. ¡Cáscara! ¡Para el pícaro que hiciere tal locura! ¡Ponerme yo a que despues que me desataran i vieran que no eras tú, me hicieran contrapesar un nudo por el pescuezo i dar el salto mortal? Eso no.

BERT. No receles de nada, porque luego que estés desposado i conozcan que no hai remedio, tendrán paciencia, aunque lo sientan; fuera de que tú eres buen mozo i agraciado, i acaso se alegrarán, haciéndose cargo de mi grande fealdad. Una vez hecho, ya no lo podrán deshacer; con esto te entregarán los dos mil doblones de oro, entrarás en posesion de toda mi hacienda i de la suya; porque su padre es ya viejo, i ya poco tiempo puede vivir, segun la edad en que se halla: en adelante podrás vivir con honra i gran esplendor, sin ejercitar el bajo oficio que tienes, tan vituperable, infame i aborrecido del pueblo.

ALG. El negocio tú lo facilitas mui bien; pero yo te digo que no quiero ponerme en semejante riesgo, i así vuélvete a entrar en el saco.

BERT. ¡Ah, cuitado! ¿Pues no sabes que al hombre audaz le sale bien tentar fortuna? ¿Qué mal te puede resultar de este negocio? ¿Quieres tú, una vez desposado con ella, que su padre te haga mal ninguno? La modestia de la novia, una vez hecho, ¿temes que ponga dificultad i que diga que no te quiere? Pues la Reina siendo tan liberal, que llega al extremo de pródiga, ¿piensas que ponga dificultad en desembolsar el dinero! No lo hará de ningun modo, por ser quien es i por no parecer avarienta. Yo te aseguro que todos se conformarán i conocerán que es permision clara del cielo i lo llevarán con la debida prudencia, i tú vivirás despues mui regalado i contento con tu-mujer, servido de muchos criados, sin tener que envidiar a nadie en este mundo. Ea, pues, reflexiona bien esta gran fortuna que te depara el cielo, que no se proporcionan cada dia ocasiones como estas. Ea, pues, vamos, entra en el saco i no lo pienses mas; porque si hubiera algun peligro que te sirviese de riesgo, no te moveria yo a que ejecutases cosa que te pudiera ser perjudicial; ni tampoco has de pensar de mí que te engaño i finjo lo que te he dicho. Mañana, ántes de comer, experimentarás lo mucho que yo te quiero; hágame cargo de tus méritos i eso me mueve a hacer esto.

El Alguacil empieza a caer en el anzuelo

ALGUACIL. Ello es cierto, que tú me lo has pintado tan bien, que casi estoi determinado a arriesgarme, hecho cargo de lo que se suele decir, que quien no se arriesga no gana: ¿quién puede saber los secretos del cielo i lo que me tendrá destinado en semejante aventura?

Bertoldo se hace el sordo i desentendido; pone dificultades al Alguacil para que no entre en el saco, i de este modo consigue el hacerlo venir mas en deseo

BERTOLDO. Yo no entiendo de bachillerías, solo sé que aquel que no disfruta de su fortuna cuando se le viene rodada a la mano, suele suceder despues, que cuando la busca, la encuentra en el rio. ¿Pues ya que el cielo quiere concederte esta dicha, para qué tú la desprecias? Yo sé mui bien que si tú conocieras mi sinceridad, no pondrias tantas dificultades: en fin, hermano mio, has lo que te pareciere, que yo no quiero cansarme mas en persuadirte tu bien: ya me entro yo en el saco, ven a cerrar, que te aseguro no te tengo de decir nada mas por todo el oro del mundo, pues no quiero ser porfiado, que fuera ya necesidad.

ALGUACIL. Aguárdate un poquito, que bastante tiempo hai para meterte en el saco.

BERT. Quien tiene tiempo no espera tiempo: ya considero que desprecias tu fortuna, i así no quiero fatigar mas mi cabeza; a la verdad que loco es aquel que quiere hacer bien a otros con perjuicio de sí mismo.

El Alguacil se determina a entrar en el saco

ALGUACIL. Ya conozco que tus persuasiones nacen solo del mucho amor que me tienes: tambien veo lo mucho que te has inquietado por mí: i así no quiero abusar de un bien, como el que me ofreces: ya me tienes convencido i estoi resuelto a entrar en el saco i hacer todo lo que me has dicho, sin faltar a la mas mínima cosa: pues despues de desposado, forzoso será que quede señor i dueño de todo, i que todos tengan paciencia i con lo hecho se conformen.

BERTOLDO. Ea, ven, cierra este saco, que yo me quiero meter dentro.

ALG. Aguárdate un poco mas, no entres tan presto, pues ya estoi resuelto a entrar.

BERT. No quiero hablar mas sobre eso, ven acá, i atarás la boca del saco.

ALG. Detente, amigo, no me quites una dicha tan grande, como la que espero, suplicote no me quites mi fortuna.

BERT. Ea, pues, no quiero dejar de hacerte esta gracia, aunque es verdad que me has hecho no poco enfadar con tu timidez: entra en el saco, i no hables mas; solo lo que te advierto es que tengas cuidado i esperes lo que te ha de venir: por la mañana conocerás la obra tan buena que yo he hecho por tí.

ALG. Si yo no hubiera formado concepto de que eres hombre de bien, no me hubiera reducido a encerrarme dentro de este saco.

BERT. Ya te he dicho que no tienes que desconfiar ni sospechar: mete bien dentro ese otro brazo i baja un poco la cabeza porque eres mas alto que yo, i no podré atar la boca del saco bien si no te encojes: ¿me entiendes?

ALG. ¡Ai! ¡Que me desnucó i el pescuezo se me tuerce! Aguarda un poco: ata ahora como quisieres, que yo juzgo no estaré aquí mucho tiempo, porque no tardará en llegar el lance de mi fortuna, segun lo que me has referido.

BERT. Dentro de dos o tres horas, a lo mas, discurro estarás ya despachado. Ea, pues, ya estás atado: estate quieto, i no hables palabra alguna, no sea que te conozcan i se eche todo a perder.

ALG. Yo prometo no hablar mas; pero arrímame a la pared, porque me cansaré de estar en pié tanto tiempo.

BERT. ¿Válgate Barrabás, i lo que pesas? ya estás arrimado... estás bien?

ALG. Mui bien.

BERT. Pues estate en un profundo silencio, que eso es lo que importa, hasta que el lance se logre.

ALG. Yo no hablaré, pero estate tú tambien quieto hasta que llegue la novia.

ALEGORIA QUINTA

El sábio que se halla en medio de los peligros, o forzadamente los encuentra o con destreza huye de ellos: en las cortes es antigua costumbre el salvarse a sí mismo con la ruina i precipicio del prójimo: el interes i el amor profano corrompen la prudencia de los hombres i los esponen a gravísimos riesgos.

Escápase Bertoldo dejando en el saco al Alguacil

Despues que Bertoldo puso al alguacil dentro del saco, dejándole bien asegurado, determinó escapar i no esperar la tempestad que le estaba amenazando. Determinóse a salir por la mañana temprano; pero siendo preciso pasar por los cuartos de la Reina, recelaba el poder ser descubierto; no obstante se determinó, asechando ántes muchas veces, inclinando el oido a la cerradura de la puerta, por si acaso oia algun ruido, i no oyendo a nadie por todos aquellos cuartos (porque estaban en el mas profundo sueño), abrió con tiento la puerta del cuarto en donde dormia la Reina, i acercándose a la cama con gran silencio, observó que estaba dormida, i aquí imaginó pegarla otro nuevo chasco: púsole en ejecucion, pues tomando sus vestidos, se los vistió; i así, disfrazado de mujer, pasó por todos los otros cuartos en donde dormian las damas, i cojiendo todas las llaves que estaban colgadas cerca de la cama de la portera, abrió todas las puertas con gran presteza, i se vió bien presto fuera del recinto del palacio: acaeció que habia nevado en aquella noche, i temiendo ser descubierto por las pisadas, quitóse los zapatos i se los puso al revés, de suerte que las pisadas

denotaban ser de alguno que habia venido a palacio, i no de quien hubiese salido. En ninguna parte le parecia estaba seguro, hasta que al fin halló detrás de la muralla de la ciudad un horno, en el que metiéndose dentro, se aseguró del temor que le tenia asustado.

La Reina, no hallando sus vestidos, culpa al Alguacil que los habia hurtado, i creyendo hablar con Bertoldo, habla con el Alguacil metido en el saco

Por la mañana entraron las damas a vestir a la Reina, i no hallando los vestidos que habian dejado allí la noche ántes, se quedaron admiradas i confusas, i no pudiendo encontrarlos, mandó la Reina que le trajesen otros: levantóse tan sumamente enfadada, que inmediatamente se fué adonde habia dejado a Bertoldo en el saco, i no viendo el centinela que habia puesto para segura custodia, pensó entre sí que el guardia habia sido el ladron de los vestidos. Tan furiosa se puso, que aseguró que si le cojia o podia haberle a las manos habia de mandarle ahorcar al momento: no obstante el enfado, se arrimó al saco i le dijo: I bien (pensando hablar con Bertoldo), ¿estás ahora de tan buen humor como el que siempre has gastado?

ALGUACIL. Señora, yo estoi ya dispuesto para desposarme con ella cuanto ántes pueda ser.

REINA. Pues ¿qué es lo que quieres cuanto ántes? ¿Alguna purga?

ALG. ¿La habeis ya dispuesto?

REIN. Nó; pero haremos que luego al punto se disponga.

ALG. Cuanto mas ántes sea, lo estimaré mucho: porque deseo despachar con ello.

REIN. No pasará mucho tiempo sin que quedes consolado.

ALG. Mucha es el ánsia que tengo de alcanzar esta dicha; i así has que despachen i venga luego, sin dilacion.

REIN. Digo que dentro de un poco te llevarán donde ella está, i con esto estarás contento i gustoso.

ALG. Pues si el concierto ha sido de que ella venga a este cuarto, i que aquí nos hemos de desposar en secreto i cobrar yo los dos mil doblones, ¿cómo es eso de ir yo donde ella está? Procura que la traigan aquí sin tardanza que yo estoi pronto a cumplir lo contratado.

REIN. ¡Qué desatinos está hablando aquí este bestia! ¿Qué dice de la esposa i de doblones? Sacadle la cabeza del saco, que quiero verle la cara.

El Alguacil sale fuera del saco en lugar de Bertoldo, i la Reina confusa le dice

REINA. Hombre, ¿quién te ha puesto en este saco?

ALGUACIL. Aquel que debia ser novio me puso, quien no queriendo por esposa aquella que tú le querias dar ha renunciado en mí esta fortuna; i así desde luego puedes mandar que la conduzcan aquí juntamente con los doblones que tú en dote le ofreciste, que yo aquí estoi pronto para todo cuanto con él estaba tratado.

REIN. ¿Qué esposa ni qué doblones? Habla mas claro para que te pueda entender.

ALG. La esposa i los doblones que tú querias dar a aquel rústico es lo que espero.

REIN. ¡Ai! ¡ai! ya veo que aquel astuto te ha engañado.

ALG. Digo que me aseguró cuanto he dicho, i para que hiciera sus veces me hizo entrar en este saco; i si se ha escapado, ha sido para que no le obliguen a casar con violencia; i así vamos al instante a celebrar el desposorio, pues yo estoi pronto a hacer lo que él haria obligado.

Queda el pobre Alguacil mui apaleado, vuélvenle a poner dentro del saco i le manda la Reina echar en el rio

REINA. Espera un poco, que luego haré traer el dinero; pues es mui justo el que yo cumpla el contrato i que sea a tu costa mui cumplido

ALG. Ya estoi pronto; i aseguro que cada hora se me hace un siglo para contar el dinero, pero te advierto que los doblones han de ser, para recibirlos, de peso.

REIN. Primero los contarás, i si no fueran de peso, yo te los haré cambiar, i miéntras tanto empieza a contar. Habiendo dicho esto llamó cuatro criados, los que vinieron con un buen garrote en la mano i empezaron a descargar con tal aire sobre el pobre Alguacil que, viéndose maltratar, empezó a gritar i a pedir a voces perdon; pero no le sirvió de nada, pues con mas denuedo le sacudian; de suerte que le dejaron en el suelo como muerto. Aun no fué suficiente para la Reina este solo castigo, sino que tambien mandó que en el saco cerrado como estaba lo tirasen por el rio. De este modo cobró el pobre infeliz los dos mil doblones, a la verdad bien pesados, i en lugar de la ofrecida novia fué el rio su sepultura.

Manda la Reina que busquen por toda la ciudad a Bertoldo

Despues de la infeliz tragedia del Alguacil se hicieron las mas vivas diligencias para encontrar a Bertoldo; pero como las pisadas de la nieve las veian al revés no podian presumir de que hubiese salido fuera de palacio; la Reina insistia en que se buscase con las mas vivas diligencias por todas partes, con ánimo resuelto i firme de que si le prendian fuese ahorcado sin dilacion alguna, intentando vengar las dos burlas de llevarla los vestidos i dejar al Alguacil encerrado en el saco.

ALEGORIA SESTA

Cuando está en nuestro arbitrio el poder escapar de un daño es loco aquel que se le apropia contra sí mismo, no obstante que nuestro libre albedrío es aquel que entre todas nuestras pasiones voluntariamente escoje una i que despues sirve ésta de tormento a nuestra alma i de un contínuo martirio: aquel que muere mas de cuando nació, muere mui glorioso; pero el hombre cristiano i prudente debe disponerse preventivamente para cuando llegue este caso: el sábio debe hacerse útil para el público aun despues de muerto, dejando su buen ejemplo i dejando una buena doctrina.

Bertoldo es descubierto en el horno habiéndolo visto por casualidad una vieja: divulgóse por toda la ciudad que la Reina estaba en el horno

Estando, pues, Bertoldo metido en el horno, oia a los que pasaban en su busca preguntar si le habian visto, i cada clamor de éstos era una saeta que le atravesaba el corazon; i de hecho nunca tuvo tanto miedo a la muerte como en este lance, hallándose sumamente arrepentido de lo que habia ejecutado i mucho mas de haberse familiarizado en palacio, abandonando la libertad de su aldea: en medio de tanta confusion i penas que le cercaban, no se atrevia a salir fuera del horno por no ser descubierto, temiendo que le prendieran i castigaran, sabiendo ya por la esperiencia la mala voluntad i grande aversion que la Reina le tenia; i mucho mas precediendo la burla del Alguacil i el hurto de los vestidos, i así temblaba, i con razon, no le mandase ahorcar al punto. Sucedió, pues, que como los vestidos le venian lar-

gos, no habiéndolos recojido bien dentro del horno se quedó fuera un pedazo de la bata; quiso su poca fortuna que pasó una vieja e inclinando la vista hácia la boca del horno vió las faldas, i conociendo los ribetes i guarniciones de la basquiña i la bata, conoció que aquellos vestidos eran de la Reina, i certificándose mas, empezó a publicar que la Reina estaba escondida en el horno; fué a su casa i le contó a una vecina suya, asegurándola que la Reina estaba en un horno metida; fué la vecina con ella para desengañarse mejor, i viendo i conociendo los vestidos, tuvo mas fundamento para decírselo a otra: fué pasando la voz de una en otra, de tal suerte que a la mañana siguiente ya se hablaba públicamente por toda la ciudad que la Reina estaba escondida dentro de un horno, detrás de la muralla de la ciudad.

Duda el Rei si Bertoldo habia conducido a la Reina a aquel horno, i va en persona para desengañarse del caso

Oyendo el Rei semejante novedad, creyó que Bertoldo hubiese hecho una burla tan pesada, como era el de llevar a la Reina a un lugar tan indecente, i como le tenia tan conocido, sabia mui bien que era capaz para cometer semejante esceso i mucho mas, especialmente habiéndola jugado las estratajemas pasadas; fuése luego al cuarto de la Reina i la encontró tan furiosa i tan colérica que parecia una arpía; refiriéndole la burla de los vestidos, ponderó el atrevimiento, audacia i poco respeto; entónces el Rei hizo que le enseñaran el horno i asomándose vió a Bertoldo que estaba vestido con los vestidos de la Reina; hizole sacar fuera i le juró que solo con la muerte habia de pagar semejante atrevimiento i desvergüenza; quitáronle los vestidos i se quedó con sus trapos tan sumamente fatal, que además de ser tan feo de nacimiento, como se llenó la cara del negro tizne del horno parecia un verdadero retrato i figura del demonio.

**Sacan arrastrando a Bertoldo fuera del horno, i el
Rei mui encolerizado le dice**

REI. No obstante, villano infame, tus astucias ya te he cojido, i te aseguro que esta vez no te escaparás aunque te vuelvas demonio.

BERT. Aquel que no está no entra, i el que está no se arrepienta.

REI. Quien hace lo que no debe, le sucede lo que él no cree.

BERT. El que no va no cae, i aquel que cae no se levanta limpio.

REI. Quien rie el viérnes, llora el domingo.

BERT. Desahorca al ahorcado, que él te ahorcará despues a tí.

REI. Entre la carne i la mentira ninguno iguala.

BERT. Quien es defectuoso, es sospechoso.

REI. La lengua está sin hueso, i rompe el seso.

BERT. La verdad ha de quedar encima.

REI. Tambien la verdad se calla algunas veces.

BERT. No se puede hacer aquello que no se quiere diga de uno.

REI. Quien se viste de lo ajeno, en breve le desnudan.

BERT. Mejor es dar la lana que la oveja.

REI. Pecado viejo, penitencia nueva.

BERT. Quien mea claro, mata al médico.

REI. El jugar de manos, hasta a los piojos disgusta.

BERT. I menear los piés tambien disgusta a los que echan de una horca abajo.

REI. Dentro de poco tú serás uno de ellos.

BERT. Antes ciego que adivino.

REI. Dejemos aparte estas disputas i lo verás. ¡Ola, ministros! llevad a este hombre, i luego, luego, colgadle de un árbol: i lo que os encargo, es que no atendais a sus palabras ni súplicas porque es un villano infame, desvergonzado i atrevido; tan sagaz i astuto, que es imposible no tenga el diablo en su cuerpo: vamos presto, conducidle sin detencion i ejecutad con brevedad lo mandado.

BERT. Señor, mirad que las cosas hechas de prisa nunca salen bien.

REI. Mui grave ha sido el ultraje que has hecho a la Reina.

BERT. Quien tiene ménos razon, grita mas alto; pero a lo ménos te pido que me dejes dar mis excusas i alegar mis razones.

REI. A las tres va la vencida, i tú has cometido mas de cuatro, i todas han sido con grave ultraje de la Majestad Real, i así no quiero escucharte.

BERT. Por haber dicho la verdad, ¿he de padecer la muerte? ¡Ah, señor! no seas tan cruel contra mí: mira que de razon te suplico me atiendas.

REI. Tú sabes bien lo que dice aquel refran: Oir, ver i callar, quien del mundo ha de gozar. I quien quiere bien el amo, ha de venerar el alma. Ya te digo que no he de escucharte, porque se ha de ejecutar sin remision el castigo que mereces; i así llevadle, cumplid mi órden al punto.

Esclamaciones de Bertoldo por la sentencia del Rei que contra él pronunció

¿Qué he de hacer? ¡paciencia! Pues ya no hai remedio, preciso es morir para obedecer. Que bien dice aquel proverbio: O sirve como siervo, o corre como ciervo; i el otro que dice: Los ciervos con hastas no se sacan unos a otros los ojos, i nuestros parientes nos ven llevar a la horca, pero ellos no se ahorcan: con todo eso no es todo oro lo que reluce, i el que no ejecuta no yerra: palabra dicha i piedra tirada no puede volver atrás una carrera de caballo: tengo la boca de risa i en el interior la rabia; pues por lo que veo, es mejor una onza de libertad que diez libras de oro; i por esto se dice: Que un lobo a otro no se muerden i lo mismo se cuenta del cuervo, que por cantar perdió el queso, como a mí me ha sucedido, que por haberme burlado me veo ahora con el lazo al cuello, de que no me librarán las alas de Dédalo; pues el Rei ha dado ya la sentencia i su palabra como

de Rei, es preciso que se cumpla, pero tambien se dice que quien puede hacer puede deshacer.

Ultima astucia de Bertoldo para librarse de la muerte

BERTOLDO. Ea, pues, Bertoldo, en este lance es preciso tener ánimo i mostrar jenerosidad i obediencia resignada en un paso en que nada puede valer sino la conformidad. I pues ya no hai redencion aquí, Rei i señor mio, estoi pronto para que se ejecute en mí todo cuanto has ordenado; pero señor, ántes que yo muera, te pido me concedas una gracia, que por ser la última espero de tu piedad recibirla.

REI. Di, que estoi pronto para concederte lo que me pidas: i así despacha, que ya que mueras, no quiero ser tan cruel que me niegue a lo que por último me suplicas.

BERT. Pues lo que te ruego es que mandes a tus ministros que no me ahorquen miéntras que yo no halle i señale un árbol que sea de mi gusto, donde se haga el castigo, pues siendo así, yo iré a morir mui contento i mui gustoso.

REI. Si mas no pides, desde luego te concedo esta gracia. Ea, llevadle, i no le ahorqueis sino del árbol que él señalare. Así lo mando, i así lo habeis de cumplir: ¿quieres mas?

BERT. No pido mas; i por el favor que me haces, te doi las debidas gracias.

REI. Ten paciencia, que es forzoso hacer justicia.

Bertoldo no halla árbol que sea de su gusto i enfadados los que le conducian le dejan en libertad

El Rei no entendió la metáfora de Bertoldo, i conduciéndole los ministros a un bosque mui frondoso, poblado de varios árboles, viendo que no habia árbol alguno que le gustase, le llevaron despues a otro cercano; preguntáronle si habia allí alguno que le agradase. No por cierto. Pues ¿cuál ha de ser? Respondia: de todos estos ninguno. Le llevaron a otros muchos, i nunca pudieron hallar alguno que le gustase. Enfadados los ministros de viaje tan dilatado, fatigados

i cansados, i conociendo su astucia i su grande picardía, le desataron i le dejaron en libertad; i volviendo a dar cuenta al Rei de quanto habia sucedido, se quedó absorto de tal astucia i sutileza de ingenio, admirando que cupiese en hombre de tal clase tan sutil entendimiento.

Manda el Rei buscar a Bertoldo, i habiéndole encontrado, no quiere venir a ver al Rei, quien va en persona donde estaba, i con promesas i ruegos le hace volver a palacio

Despues que al Rei se le pasó el enfado mandó nuevamente buscar a Bertoldo, i hallado, que volviese a palacio al punto, diciéndole que ya estaba perdonado de todo: este fué el recado del Rei, pero él les respondió: que le dijeran que berzas recalentadas i amor de segunda vez nunca se tuvieron por buenos i que no habia tesoro que pagase la libertad. Viendo el Rei que era imposible reducirle a que viniese fué en persona a buscarle, i despues de muchas súplicas, al fin (aunque contra su voluntad) le trajo a palacio; mandó se le pusiese en uno de los cuartos mas inmediatos al de la persona de la Reina, facilitando ántes de esto que le perdonara: hízose mui confidente, de suerte que todos le cortejaban como a privado, i lo que se vió, fué que con su consejo, miéntras estuvo en palacio, todas las cosas caminaban con rectitud; pero como nada en este mundo es perpétuo, por entregarse a la variedad de manjares regalados i licores esquisitos i estar él acostumbrado solo a comer yerbas gruesas, frutas i manjares silvestres, le dió una enfermedad tan grave que en pocos dias fué la causa de su muerte con suma tristeza de Rei i Reina; los cuales despues por mucho tiempo no podian olvidarle, echando ménos sus chistes, su agudeza i buen consejo.

Muerte de Bertoldo

Los médicos, no conociendo su complexion, le aplicaban remedios propios solo a los caballeros i señores palaciegos; pero como él sabia mejor su naturaleza que aquellos que le asistian, muchas veces les rogó dejasen semejantes medicinas i le trajesen una buena hortera de judías cosidas o guisadas, con sus ajos i cebollas u otros alimentos silvestres, pues él sabia que con tales alimentos en dos dias se pondria bueno del todo; pero los médicos nunca quisieron darle este gusto, i con este deseo acabó su vida Bertoldo, hombre que le comparaban i todos llamaban segundo Esopo, el oráculo del reino; lloráronle jeneralmente todos los de la corte i el Rei le hizo enterrar con grande honor, fausto i pompa. Los médicos asistieron, se arrepintieron de no haber condescendido en cuanto él pidió, i conocieron que habia muerto por no haberle saciado su apetito. El Rei, para perpétua memoria de tan grande hombre, hizo esculpir sobre la loza de su sepulcro, con letras de oro, los siguientes versos, en forma de epitafio, e hizo vestir toda la corte de luto como si uno de la casa real hubiera muerto:

Epitafio de Bertoldo

Aquí yace en aquesta nueva tumba
Un rústico villano i un portento,
Que teniendo de bruto la figura,
Tuvo el alma con noble entendimiento.
Fué *Bertoldo* su nombre, i asegura
En la gracia del Rei su valimiento;
Por esta pompa le acertó los dias,
Pues le privó de nabos i judías.

Dichos sentenciosos que Bertoldo escribió antes de su muerte

Quien está acostumbrado a comer nabos, no coma pasteles.

Quien está hecho a la azada, no tome lanza.

El que es campesino, no vaya a la corte.

El que vence su apetito, es gran capitán.

El que no come de todo, no es buena mona.

Del que mira el sol i no estornuda, guárdate de él.

Aquel que todos los días se viste de nuevo, a cada hora tiene quimeras con el sastre.

Quien deja sus negocios por hacer los de otros, no tiene juicio.

Quien quiere saludar a todos, presto rompe su sombrero.

El que castiga a su mujer, da que murmurar a los vecinos.

Quien gasta según su hacienda, nunca será mendigo.

Quien rasca la sarna de otros, refresca la suya.

El que promete en el campo, debe cumplir la palabra en poblado.

Quien tiene miedo a los pájaros, no siembre alpiste.

Aquel que imita el rico, estará seguro en casa.

Quien va de viaje, lleve el palo en la mano i el pan en el seno.

El que cree en sueños, funda su pensamiento en la niebla.

Quien funda su esperanza en la tierra, se aleja del cielo.

El que fuese celoso de sus manos, no vaya al tinte.

Aquel que te aconseja pudiendo ayudarte, no es buen amigo.

Cuando se castigue la perra, señal que el perro está lejos.

Quien imita la hormiga en el verano, no tendrá que pedir pan prestado en el invierno.

Quien tira la piedra al cielo en la cabeza le cae.

Quien va a un festín i no sabe bailar, no sirve de nada i ocupa lugar.

El marido que se casa con mujer por la hacienda, traerá la bolsa del dinero i no la mujer.

Quien dé el mando de la casa a la mujer, hallará siempre alfileres en la puerta.

Quien no puede con su pellejo, es una infeliz oveja.

Quien goza la hacienda mal ganada, a la muerte verá sus partidas.

Aquel que alaba a otro sin conocerle. muchas veces miente.

Quien da pan a perros de otros, los suyos le ladrarán.

Quien no paga el sudor del pobre, no da señales de hombre justo.

Quien come a gusto de otros, no come jamás cosa que le haga buen provecho.

El que oculta su saber, suele ser mas erudito.

Quien quiere correjir a otros, dé buen ejemplo de sí mismo.

Quien huye de las delicias de la tierra, solo gusta de los regalos del cielo.

Aquel que no tiene amigos, es como cuerpo sin alma.

Quien adelanta la lengua al pensamiento, no es hombre de juicio.

Quien al salir de casa piensa en lo que ha de hacer, cuando vuelve ya tiene acabada su obra.

Quien da luego lo que promete, da dos veces.

Quien peca i hace pecar a otros, de una vez le verás dos penitencias.

El que para sí mismo no es bueno, ménos lo será para otros.

Quien quisiera seguir la virtud, destierra primero el vicio.

Quien desea aquello que no espera tener, a sí propio se niega la gracia.

Quien tiene buen vino en casa, tiene la bota a la puerta.

Quien elije armas, quiere reñir con ventaja.

El que navega en el mar de la sensualidad, se desembarca en el puerto de las miserias.

Quien se melancoliza del bien de otro, otros se rien de su mal.

Quien tiene la virtud por gracia, va seguro en su viaje.

Testamento de Bertoldo, que se halló debajo de las almohadas de su cama despues de su muerte

Todas estas sentencias las hizo el Rei imprimir con letras de oro, i las hizo poner sobre la puerta principal de palacio, a fin de que todos pudiesen verlas i leerlas: era imponderable el desconuelo de Rei i Reina, experimentando la pérdida de un hombre tan capaz, agudo i universal. Sucedió, pues, que aquellas personas que asistian a Bertoldo, al ir a quitar la cama donde murió, hallaron debajo de las almohadas un envoltorio de trapos; movióles la curiosidad a desatarlo, i despues de mucha trapería hallaron unos papeles escritos los que sin dilacion se los presentaron al Rei, quien despues de desdoblar una infinidad de ellos, al último encontró el testamento que Bertoldo habia hecho muchos dias ántes de morir; i no habiéndolo comunicado a nadie, es de creer que seria la causa el que nadie supiese de su jeneracion ni donde habia nacido; pues de un hombre tan extravagante todo se puede creer. Mandó el Rei que llamaran luego a un notario para que lo leyese en su presencia: llamaron al mismo que lo habia hecho, i pareció al punto; i haciendo la debida reverencia, le dice al Rei:

NOTARIO. Aquí me tiene V. M. para obedecer sus mandatos con la mayor veneracion.

REI. Decidme, ¿habeis hecho el testamento de Bertoldo?

NOT. Sí, señor, yo lo he hecho.

REI. I ¿cuánto tiempo ha que lo habeis hecho?

NOT. Hará tres meses, a lo mas.

REI. Pues aquí está, tomadle i leedlo, que esta letra notaresca i cifras extravagantes que vosotros acostumbrais hacer en los instrumentos yo no las entiendo.

NOT. Pues, señor, no sé como no lo entendeis, porque yo no uso aquellas frases de que se suelen valer otros de mi profesion, sin entender lo que en ellas quieren decir; porque como solo sirvo para las contiendas i diferencias de estos

pobres rústicos i aldeanos, yo me entiendo, i ellos con mis términos me entienden tambien.

REI. Decidme, ¿cómo es vuestro nombre?

NOT. Yo me llamo Cerfollo de los Villanos.

REI. Cierto que teneis buen nombre i tambien el apellido os corresponde; pero a mi parecer os estará mejor el nombre de Embrollo, porque los de vuestro oficio embrollan al mundo entero. Leed, pues, Cerfollo, alto i claro, para que se pueda entender lo que dice el testamento.

El señor Cerfollo lee en público el testamento

“En el nombre del buen comenzamiento i a la buena ventura, salga lo que saliere; i pues deseo sea con el mayor acierto i gozo de mis herederos i para el mayor descargo de mi conciencia, digo: Que viendo i conociendo ser yo Bertoldo, hijo de Bertolazo, hijo que fué de Bertuzo de Bertin i de Bertolina de Bretaña, conociendo que todos somos mortales, i que somos semejantes a las vejigas hinchadas, a quienes a la mas pequeña punzada se escapa el aire; estando ya en los setenta años de edad, como a cosa de las once i media, estando para dar las doce, quiero disponer mis cosas de la mejor forma posible, haciendo un poco de testamento para satisfacer a mis parientes i amigos, a los que yo declaro serles mui agradecido; i así ruego al señor notario Cerfollo sea servido hacer este mi testamento i mi última voluntad es como sigue:

“Al maestro Bertola, zapatero de viejo, le dejo mis zapatos gordos de cuatro suelas i ocho cuartos de moneda corriente, en memoria de haber tenido siempre conmigo una buena correspondencia i haberme hecho la fineza algunas veces de prestarme la lezna para agujerear los tacones i coserlos con algunos cabos, i otros infinitos gastos correspondientes a mis urgencias.

“*Item*, al maestro Ambrosio, barrendero de palacio, le mando diez cuartos, por haberme llevado muchas veces el bragrero a componer, i otros infinitos recados.

“*Item*, a Barba de Sauco, el hortelano, le dejo mi sombrero de paja, por haberme regalado, tal cual vez por la mañana, con algun manojito de puerros, comida mui de mi gusto, mas que los regalos de palacio.

“*Item*, al maestro Alegría, cordelero, le mando mi correa larga i mi hortera, por habérmela llenado de berzas i nabos cada vez que yo tenia necesidad, i otros muchos favores.

“*Item*, al maestro Martin, el cocinero, le mando mi cuchillo con su vaina, por haber usado la atencion conmigo de haberme asado en el rescoldo muchos nabos, comida toda de mi gusto, i haberme compuesto algunos potajes de judías con sus cebollas, comida correspondiente a mi complexion, mucho mas que si fueran faisanes, tórtolas i perdices.

“*Item*, a la tia Pandura, la lavandera, la mando mi jergon, sobre el cual yo duermo, con dos sillas rotas i tres varas de estopa, para que se haga dos delantales, i esto es en pago de haberme lavado muchas veces la camisa i limpiádome la cátedra necesaria.

“*Item*, dejo mandado al muchacho de palacio que se llama Fiqueto, veinte i cinco zurriagazos, i que sean con un buen látigo, en pena de la burla que ha hecho de mí muchas veces, ya por haberme agujerado el orinal, por cuya causa he puesto las sábanas hechas un rio de agua, i tambien por haber colgado un cencerro por debajo de la cama con ánimo de asustarme; sin otras muchas burlas que omito por no gastar papel en referir picardiguelas propias de un muchacho insolente; i así mando i deseo que sea ejecutado quanto mas ántes ese mi legado, para escarmiento de pícaros taimados i redomados.”

REL. Proseguid adelante, Cerfollo, que a eso se dará el debido cumplimiento.

NOT. “*Item*, digo: Que cuando yo vine aquí, dejé a Marcolfa, mi mujer, con un hijo que se llama Bertoldino, que al presente tendrá como hasta diez años, i jamás quise avisarlos en donde me hallaba a fin de que no vinieran tras de mí, por no tener fisonomía para parecer delante de jentes, i especialmente en unos lugares como estos; pero teniendo algunas

alhajuelas de que disponer, doi poder a Marcolfa, mi cara mujer, para que disponga de todas hasta que mi hijo tenga veinte i cinco años; pues entónces es mi voluntad que sea el dueño i absoluto de todo, con condicion de que si se casa, procure no sea con mujer que sea mas que él.

“ Que no sea llano con sus mayores.

“ Que no haga daño a sus vecinos.

“ Que coma cuando lo tenga, i que trabaje cuando pueda.

“ Que no tome consejos de jentes perdidas.

“ Que no se deje curar de médico enfermo.

“ Que no se deje sangrar de barbero que le tiemble el pulso.

“ Que pague a todos los que debiere.

“ Que sea vijilante en sus negocios.

“ Que no se inquiete por lo que no le va ni le viene.

“ Que no se haga mercader de aquello que no entienda, i sobre todo, que se contente con su estado i no desee mas dé lo que le da su suerte: que considere que tan presto va el cordero como la oveja; pues la muerte nunca deja la guadña de las manos para cortar igualmente la vida a los mozos como a los viejos; i deseo que se le impresionen estos documentos en la memoria, pues haciendo a menudo conmemoracion de ellos, no errará en cosa que le sea daño para el cuerpo ni perjudicial para el alma, i tendrá un buen fin si los guarda bien.

“ *Item*, declaro no haber querido aceptar jamás cosa de mi Rei, el cual no ha faltado a persuadirme que tomase de su mano sortijas, joyas, dinero, vestidos, caballos i otros ricos presentes por considerar que tal vez con semejantes riquezas no hubiera podido sosegar, i acaso hubiera ensoberbecido, haber cometido mil infamias i ser aborrecido de todos como suele suceder a infinitos, que siendo de una esfera ruin i baja de nacimiento, i que por su fortuna ascienden a grados eminentes i sublimes, sin hacerse cargo de que con tanta dignidad no pueden salir del lodo en que fueron amasados, se pierden por su altivez i soberbia, i así yo estoi contento con morir pobre i con que sepan que jamás

he usado yo de adulacion con mi Rei, ántes bien siempre le he aconsejado fielmente en cualquier ocasion que me ha llamado hablándome claramente, sin que en mí reinase passion particular, sino siempre con la mira hácia el público i el mejor gobierno de sus estados; i para dar a entender en este último fin el grande amor que le tengo, le dejo en escritos estos breves documentos, los que discurro no despreciará, ántes bien confio los aceptará i observará aunque salen de la boca de un villano; son los siguientes:

“ Tener la balanza justa, tanto para el pobre como para el rico.

“ Examinar los procesos mui por menudo, ántes que llegue el fallo de la sentencia.

“ No dar audiencia nunca a uno que esté colérico.

“ Hacerse bien quisto de todos sus pueblos.

“ Premiar siempre los hombres de mérito i eruditos.

“ Castigar a los verdaderos reos.

“ Desterrar los perversos aduladores i las lenguas maldicientes, que son los incendiarios de los palacios i cortes.

“ No agraviar a sus súbditos.

“ Protejer las viudas, patrocinar los pueblos i defender sus causas.

“ Hacer que se despachen los pleitos, pues de la falta de despacho viene el dejar en cueros a los pobres litigantes; de suerte que el que consigue queda en camisa i el que pierde el pleito, sin ella.

“ Si todas estas insinuaciones las observare vivirá quieto i contento, será grande Rei para todos i señor justo, amado i temido de sus vasallos, i con esto concluye el testamento.”

Habiendo oido el Rei i viendo los grandes documentos que le dejaba, sin poder contenerse, en los ojos demostraba con la ternura el gran sentimiento que tenia de la pérdida tan grande, reflexionando la gran prudencia, amor i fidelidad que le habia profesado durante su vida i aun despues de su muerte. Mandó que diesen cincuenta ducados al notario Cerfollo i le despachó contento. Así como Alejandro Magno conservó entre las mas queridas joyas las *Iliadas* de

Homero, así hizo poner este Rei el testamento entre las mas ricas i preciosas piedras que tenia. Empezó despues a indigar i hacer dilijencias para buscar donde habitaba el hijo de Bertoldo, llamado Bertoldino, juntamente con su madre, intitulada Marcolfa, mandando que saliesen a buscarlos i los condujesen a la ciudad porque queria tenerlos en su casa para memoria de Bertoldo. Envió algunos caballeros a buscarlos por los bosques i montañas, advirtiéndoles ántes de su partida que no diesen vuelta a la corte si no venian con ellos. Con esta órden marcharon los caballeros, i tanto anduvieron buscando i rejistrando por todas aquellas sierras que por fin los encontraron; pero lo que les sucedió se verá en el segundo tratado. Miétras tanto, amigo lector, adios.

FIN DEL TRATADO PRIMERO

RIDICULAS SIMPLEZAS

DE

BERTOLDINO

HIJO DEL SUTIL I ASTUTO BERTOLDO


I

LAS AGUDAS RESPUESTAS

DE

MARCOLFA, SU MADRE

OBRA DE TODA DIVERSION I DE SUMA MORALIDAD



RIDICULAS SIMPLEZAS

DE

BERTOLDINO

TRATADO SEGUNDO

INTRODUCCION

Todo árbol, toda planta i todo jénero de raiz produce su fruto segun su especie, i no se apartará un punto de todo cuanto ha dispuesto la naturaleza científica, maestra de todas las cosas; solo la planta del hombre es la que se muda i se adultera con el tiempo, no cumpliendo lo que su natural le ha ordenado, lo cual la esperiencia nos lo enseña; pues varias veces se ve que de un padre de buena presencia nace un hijo contrahecho, monstruoso, feo i horroroso; otras veces de un hombre docto nace un ignorante, necio e incapaz de poderle limar los sentidos i potencias; me preguntarán la causa, i yo respondo que este punto no es para que yo le dispute, hable por mí quien lo entiende porque yo no soi escolástico ni erudito para poder decir en semejantes materias; i así, omitiendo a dar razon a la duda, voi a mi asunto que es referirte la vida de Bertoldino, hijo de nuestro Bertoldo, tan diferente en todo de su padre quanto hai diferencia entre los quilates del oro i la bajeza del plomo; pues, como viste, Bertoldo era de grande urbanidad, su mujer Marcolfa, de un entendimiento elevado: ¿pues a quién

no admira que de dos plantas tan sublimes hubiese nacido un fruto tan simple como en adelante veremos? Muchas cosas se cuentan que se suelen tener por simplezas. Del hijo de Migdone se dice que solia pasar todo un dia a las orillas del mar intentando contar a punto fijo el número de las ondas. De otro escribe que se levantaba ántes de la aurora para observar i ver crecer una higuera que tenia en su jardin, pero de estas cosas no leerás en este reducido cuaderno, sino la vida i hechos de un simple i bárbaro idiota; pero al mismo tiempo mui dichoso, habiéndole asistido siempre la fortuna mui propicia, porque ésta es siempre favorable a los tontos, así nos lo esplica Ariosto, diciendo: Mala es la fortuna cuando a los tontos no ayuda; i nada mas comunmente se ve que mostrarse contraria a los hombres capaces i sábios como claramente se experimenta todos los dias. Voi, pues, ya a referir, como tengo ofrecido, las simplicidades de un idiota bárbaro i rústico, aunque gracioso. I miétras tanto, amigo lector, te ruego tengas paciencia: solo te pido lo leas con reflexion, pues si desmenuzas cosa por cosa, éstas que parecen tonterías i chufletas, además de la diversion del ánimo, yo te aseguro sacarás mucha utilidad i provecho. Dios sea contigo.

ALEGORÍA PRIMERA

En las selvas i bosques igualmente nacen los hombres sábios como los fá-tuos; pero como a los primeros casi siempre les faltan ocasiones de mostrar sus talentos i jénio, tambien a los segundos, no obstante que están compuestos de la misma organizacion corpórea, está mal proporcionada a recibir i conservar.

El Rei Albuino manda buscar el hijo i la mujer de Bertoldo

Despues de la muerte del gran Bertoldo como se quedó el Rei privado de un hombre de tan raro entendimiento, de cuya boca no salian mas que sentencias, i que con su prudencia habia librado a su corte de muchos i mui estraños peligros, juzgó que le era imposible poder vivir sin tener quien le aconsejase en sus dudas, como lo habia ejecutado Bertoldo: acordábase de sus chistes i gracias, con los que olvidaba sus disgustos; i así andaba entre sí pensando inquirir si habia quedado alguno de su familia, contentándose con que fuese su pariente aunque no le asistiesen todas las circunstancias que asistian a Bertoldo, pues pensaba que a lo ménos tendria una apariencia de su semejanza i su jénio para tenerle mas en memoria. Estando, pues, con estas cavilaciones, acordóse que en el testamento habia hecho mencion Bertoldo de su mujer i su hijo Bertoldino, dejándole heredero universal de toda su hacienda; pero al mismo tiempo se acordó que no habia declarado en dónde, ni en qué lugar habitaban; no obstante estuvo conjeturando, i juzgó que sin duda semejantes jentes no serian habitadores

de una ciudad, sino personas rústicas, criadas en alguna montaña, pues así lo daba a entender su lenguaje i rústico traje. Determinó enviar algunas jentes por aquellas montañas i aldeas para que indagasen i vieses si les podian encontrar. Hecha la determinacion, llamó a uno de sus domésticos de palacio, el cual se llamaba Herminio, i le encargó de esta diligencia mandándole que no omitiese ni la mas leve, mirando, observando i preguntando por todo aquel pais, sin dejar villa ni aldea que no mirase hasta hallar al hijo i la mujer de Bertoldo; i hallados les condujese consigo con la afabilidad i cariño posible, para obligarles mas con este modo a que viniesen con gusto, espresándoles el mucho amor que él habia tenido a su marido i su padre, i que en pago de buena correspondencia i de lo bien servido que se halló de él, era su voluntad el que viniesen sin dilacion a gozar de su palacio i de las amenidades, cortejos i grandezas de su corte.

Marchan los criados del Rei para ejecutar sus órdenes

Habiendo recibido Herminio la órden que le dió el Rei no se detuvo un punto, i montando a caballo en compañía de los demas caballeros, por todos los lugares iban preguntando a euantos encontraban por si les podian dar razon de las jentes que buscaban, i no hallando a nadie que les diese noticias estaban casi desesperados, acordándose del precepto tan estrecho i riguroso que el Rei les habia impuesto, de que no volviesen a su presencia si no los conducian consigo. Ultimamente, despues de muchos i malos tratos que se dieron, determinaron subir por una penosa cuesta a la cumbre de la montaña, la mas áspera que habia en toda la cordillera; no era imaginable que allí pudiesen habitar jentes, siendo mas propia la situacion de animales indómitos i de fieras que de racionales, pues no se veia otra cosa mas que peñas amenazando ruina. Estando en aquella situacion tan alta de la montaña se arrepintieron mucho de haber subido,

i volviendo las riendas a sus caballos para volver hácia atrás, hallaron al bajar una llanada i una vereda, la cual guiaba a un bosque: marcharon por ella i la hallaron bastante trillada de jentes i de animales: fueron mas adelante i llegaron a la mitad del bosque, que estaba situado de la parte del setentrion, dominado de muchos i mui altos robles, i de la parte del mediodía bastante abierto, pero circundado de grandísimas peñas, las cuales servian de fortaleza a todo el sitio; en medio del bosque habia una infeliz i pobre choza hecha de tierra i ramas, cubierta con algunas pocas tablas: llegaron a ella i vieron delante de la puerta sentada una mujer, tan sumamente disforme que no se puede ponderar bastante su fealdad; estaba con su rueca hilando i tomando el sol. Viendo ella llegar tanta tropa de jentes se levantó de su asiento i se metió en su choza con gran priesa, cerrando la puerta, como se suele decir, a piedra i lodo, con gran temor porque no estaba acostumbrada a ver jentes, i mas personajes semejantes en tal lugar; tomó una tranca i por dentro de la puerta se fortificaba, temblando que fuesen algunos que intentaran hacerla gran daño; esta era la mujer de Bertoldo, la cual con su hijo Bertoldino vivia entre aquellas espesuras, siendo todo su ejercicio apacentar cabras por aquellos bosques i fragosas montañas.

Herminio llama a Marcolfa i la suplica con buenos modos que le abra la puerta

Viendo Herminio que esta mujer se habia fortificado dentro de su casa (aunque de una puñada se podia echar la puerta al suelo), no quiso usar de ninguna hostilidad, ántes bien, llamándola con muchos ruegos, la suplicaba abriese la puerta, asegurándola que ellos no habian venido allí para hacerles ningun daño, ántes bien habian ido por su provecho. Asomóse Marcolfa a una ventana pequeña que tenia la choza i les dijo:

MARCOLFA. ¿Qué es lo que buscais por estos desiertos?

HERMINIO. Señora, abrid la puerta que nosotros no venimos aquí sino para haceros un beneficio mui grande.

MARC. No puede hacer beneficio a nadie, quien está fuera de su casa.

HERM. Aunque estemos fuera de nuestra casa te podemos hacer bien: venid acá fuera que tenemos que hablaros.

MARC. Quien desea sacarme de mi casa, mas procura matarme que darme gusto, i así vete a la tuya que ese será el mayor gusto que me puedes hacer.

HERM. Decid, señora mia, ¿teneis marido?

MARC. Quien desea saber los intereses de los otros, es señal que se cuida poco de sí mismo.

HERM. Esto es bueno. Yo te pregunto por favor, ¿me digas si tienes marido o nó?

MARC. Yo tendria si él no hubiera comido.

HERM. Pues eso ¿a qué propósito viene? ¿Cómo le tendrías si él no hubiera comido?

MARC. Si él no hubiera comido pavos, perdices, faisanes, tórtolas i otros manjares delicados contrarios a su complexion i naturaleza, i a mí me hubiese creido que le dije que no comiese mas que castañas i las demás viandas con que se habia criado, aun viviria; pero ya está muerto.

HERM. Pues decidme, ¿quién era vuestro marido?

MARC. El hombre mas de bien de todo el mundo i el mas hermoso de todos.

HERM. I ¿cómo era su nombre?

MARC. Ya que tanto deseas saberlo, te digo que se llamaba Bertoldo.

HERM. ¿De cierto era Bertoldo vuestro marido?

MARC. Sí, señor.

HERM. ¡Ai, qué buena noticia para nosotros! ¿I Bertoldo era el mas hermoso de todo el mundo?

MARC. Sí, señor, i a mis ojos él parecia un Narciso, pues a la mujer honrada la debe de gustar mas su marido que todos los demas del mundo.

HERM. ¿I os amaba mucho?

MARC. Tanto me amaba, que me celaba en estremo.

HERM. I con razon, pues cada uno es preciso apetezca i ame su semejanza, i a la verdad tenia mucha razon para ser celoso, porque ciertamente en vos hai partidas para ser apeteccida.

MARC. Es mui cierto que la hermosura ha de estar en el rostro; pero mucho mas consiste en la virtud, prendas i buenos proceder de la persona: hai hombres hermosos, los cuales tienen en sí cualidades abominables, horribles i mal parecidas; como al contrario, hai otros mui feos que no lo pueden negar a la vista, i estos tienen en sí propio ciertos dones i tales gracias dispensadas del cielo, que por ellas se hacen amables, atractivos i graciosos a quien los trata, como se experimentaba en Bertoldo, mi querido i amado consorte.

HERM. Tienes razon; pero dime, ¿tienes tú de él algún hijo?

MARC. Tengo uno, i no le tengo

HERM. Mas ¿cómo se puede entender tenerle i no tenerle?

MARC. Cuando está en casa, puedo decir que le tengo; pero ahora que no está, puedo decir que no le tengo.

HERM. ¿I adónde está ahora?

MARC. Pregúntaselo a sus zapatos, que son los que andan con él.

HERM. Es cierto que para ser mujer criada en lo inculto de una montaña, muestras no poca agudeza.

MARC. Educóme un maestro mui sábio, bueno i capaz.

HERM. Así lo creo; pero, señora mia, dejando esto a un lado, debo deciros que el Rei, nuestro señor, os llama a los dos; porque habiendo sido tan grande el cariño que siempre tuvo a Bertoldo, vuestro marido, anhela i desea teneros inmediatos a su persona, a vos i vuestro hijo; i así con toda seguridad podeis salir a fin de que podamos hablar con mas comodidad.

MARC. Ya salgo...Aquí estoi, ¿que me quereis?

HERM. Ante todas cosas, ¿qué tienes que podamos comer?

MARC. Quien desea saber lo que hai en la olla ajena, da a entender que está limada la suya.

HERM. Mujer, eres sumamente maliciosa, aunque discreta.

MARC. Como los aires son tan sutiles, los que aquí habitan no es mucho tengan el entendimiento agudo; pero ya que deseas saber lo que tengo que comer, te lo diré: No se encierra mas en mi olla que unas yebercillas silvestres, i éstas sin sal.

HERM. ¿Í yerbas sin sal? ¿Pues cómo las puedes comer sin sazonar?

MARC. El buen apetito es la mejor salsa de todo lo comestible, i te aseguro que nuestra mesa es mas suntuosa i de mas provecho que la que tiene vuestro Rei; porque en estos montes silvestres la hambre es correspondiente a la dijestion, el ejercicio provoca al apetito, la dieta hace la comida sabrosa, sirviendo todo de mucho nutrimento i provecho; i finalmente las aguas que aquí hai son tan dulces i sabrosas que nunca son nocivas a nuestra complexion.

HERM. Es cierto que se conoce en el modo con que hablais que habeis sido discípula de Bertoldo, pues jamás echó por su boca palabra que no fuese una sentencia; pero dime, ¿cómo lograremos el poder ver a tu hijo?

MARC. Abrid los ojos cuando él venga, si no sois ciego, le vereis sin duda.

HERM. Pues miéntras viene, hacedme el gusto de darnos de beber, llevándonos a vuestra bodega, pues venimos mui fatigados, tanto de andar a caballo como de subir i bajar por estos montes, i no hemos podido hallar en tanto tiempo parte en donde poder beber.

MARC. Venid conmigo, que deseo serviros con mucho gusto.

Marcolfa los lleva a un manantial de agua mui cristalina, que distaba de allí mui pocos pasos

MARCOLFA. Honrados caballeros i señores mios, aquí teneis mi bodega; esta es la que usamos mi hijo i yo, aquí venimos todos los dias a apagar la sed con todos nuestros ganados, i supuesto que teneis sed, bebed todo lo que os diese gana pues nuestras cubas siempre están provistas, aunque las dejamos abiertas de noche i de dia: beba quien quisiere, i si

bebiéreis tres dias contínuos de este licor, no hai miedo que os alterase los sentidos, ni que os viniese la gota ni perlesia, como contínuamente sucede a aquellos que cargan en abundancia el estómago con vinos regalados i licores fuertes sin proporcion ni medida: estos sí que privan del entendimiento al hombre, siendo causa de muchos accidentes i desgracias, pues cuando al hombre se le calientan los cascos, fácilmente se vence para ejecutar las cosas mas ilícitas i de poca estimacion contra su persona i de todos sus dependientes, dando que reir jeneralmente a todo el vulgo, i hacer llorar a todos los de su casa: esto es lo que acarrea el vicio de la embriaguez en todos los racionales, pues de lo poco se pasa a lo mas, i de lo mas a lo mucho, i de lo mucho al exceso, i de esto dimana la perdicion; pero quien bebiese de este licor estará siempre con su juicio mui cabal i no dará que reir.

HERM. Es cierto que es mui noble vuestra bodega, i contesto con lo mismo que tú dices: no haya miedo que ninguno venga a espiarte las cubas, pero a lo ménos ¿no tendrás por ahí algun vaso para beber?

MARC. Aquí no tenemos barros, ni vasos, ni escudillas, i por lo jeneral siempre bebemos con la taza que nos dió la naturaleza; i para que me entiendas, estas tazas son las manos que nos sirven para beber sin buscar mas artificio; i si tú quieres beber no hai mas remedio que usar de la taza que te he dicho, que verás te sirve de conveniencia, i sino te quedarás sin beber.

HERM. Tambien nosotros nos componemos, segun las ocasiones en que nos vemos; pero dime, ¿quién es aquel que viene con unas cabras hácia este sitio?

MARC. Aquel es Bertoldino mi hijo.

HERM. ¿Es cierto; Bertoldino? Buena noticia me has dado; ven adelante hijo mio.

Bertoldino se asombra de ver tanta jente a caballo, lo que en su vida habia visto, i dice

BERTOLDINO. Madre, ¿qué jentes o qué bestias son estos que están aquí?

HERMINIO. Buenos habemos quedado. Este salvaje a la primera salutacion nos trata de bestias.

MARCOLFA. Señal es que no os ha conocido: ven mas adelante, hijo mio, que estos caballeros te quieren hablar.

BERT. ¡Ai! ¿con que los caballeros son medios hombres i medios caballos?

HERM. Una tras de otra; ¿con que somos medio hombres i medio bestias?

MARC. No quiere decir eso; i lo que ha dicho solo es porque os ve montados sobre esos caballos, siendo cosa que en su vida lo ha visto en estos lugares hasta ahora, i ha creido que vosotros i el caballo que teneis debajo sois una misma cosa.

HERM. Nada importa que así lo juzgue, i así hacedle que venga aquí.

BERT. ¡Ai! ¡i las piernas que tienen, que a cada uno se les ha contado seis! sape, i ¡cómo correrán!

MARC. Calla, tonto, que las cuatro que tocan en el suelo son las de los caballos, i las otras dos que cuelgan de los lados, son las de los que están encima montados.

BERT. Digo, ¿no mira cómo estos animales se están comiendo el hierro? Yo creo que sus tripas son de plomo.

HERM. Sí, que las tienen de estaño. ¡Oh, que estupendo salvaje! No se parece éste a su padre, pues aquel era astuto i agudo, i éste da muestras de ser un tonto; ¿qué gusto podrá tener el Rei con este gran majadero? Pero no obstante, no haremos poco si podemos llevarle. Vamos, Bertoldino, prevente porque es preciso que te vengas con nosotros.

BERT. ¿I dónde me quereis llevar?

HERM. A la corte de nuestro Rei.

BERT. ¿I qué tengo yo de hacer allá? ¿Seré caballero lacayo?

HERM. ¡Ai, ai! qué simple, qué mentecato!

BERT. I dime, esa corte que decis, ¿es macho o hembra; está en alto o está en bajo?

HERM. Como tú quisieres estará. Vente con nosotros, que tú serás mui dichoso i te espera una buena ventura.

BERT. ¿De qué ropa va vestida la buena ventura para que yo la pueda conocer cuando la vea?

HERM. Va vestida de oro, plata i piedras preciosas; i tú tambien serás ricamente vestido como ella; tratarás con las señoras de mas distincion i con los caballeros mas principales, de quienes estarás mui favorecido, reconociéndote por caballero i estimándote todos en la corte por estar en la mayor estimacion del Rei.

BERT. ¿I podré llevar mis cabras a la sala del Rei cuando yo quisiere?

HERM. Sí, sí, todo lo que tú quisieres i gustases. I tú, señora, dinos, ¿cuál es tu nombre?

MARC. Marcolfa me llamo.

HERM. Pues, Marcolfa, si quieres venir, empieza a disponer tus cosas cuanto mas ántes para que marchemos sin detencion.

MARC. Tan fácil será el que yo deje mi choza (aunque ella sea de palos i tierra), cuanto es fácil el que los rústicos destierren sus malicias; i lo que deseo es que cuanto ántes te vayas de aquí, porque el clima de estas montañas es mui diferente del de la corte; i al mismo tiempo te suplico que no me prives de la vista de este hijo, porque si tú me le llevas, puedes creer ciertamente que no viviré cuatro dias. Además de esto, la mayor razon es, aunque soi madre a quien podia engañar la pasion, conozco que el muchacho es maternal, rústico e ignorante; de suerte que si lo lleváseis, seria el *hazmerier* de la corte; i bien sabeis que en las cortes no se admiten figurillas ridículas i extravagantes, sino jentes astutas, entendidas i que sepan la aguja de navegar, cosa que a mí i a él nos costará no poca dificultad.

HERM. No importa, que aquello que no supiere se le enseñará; no faltarán maestros que le educarán i le enterarán

en las buenas costumbres, la cortesía i política, déjale que venga con nosotros i no dificultes en nada.

MARC. ¿Qué dices tú, Bertoldino? Quieres ir o no a la corte?

BERT. Si vienes tú tambien, me resolveré; pero si no vienes, no quiero salir de aquí.

Marcolfa se determina ir a la corte con Bertoldino

MARCOLFA. Ya yo estoi determinada a ir contigo para que puedas por este medio lograr la fortuna que te guarda; pero ántes que yo parta, quiero encargar mi casa a una vecina, que vive de aquí mui cerca, para que de ella me cuide hasta que vuelva, si Dios me lo permitiere.

BERTOLDINO. ¿I a quién dejaré mis cabras?

MARC. A ella tambien se las entregarás.

BERT. No, no, que me las quiero llevar delante de mí.

MARC. No es necesario que lleves ni las cabras, ni los machos, pues allá bastantes hai.

BERT. ¿I hai allá tambien padres de vacas?

HERMINIO. Sí, i en mayor número que aquí. Vámonos, que es lo que mas nos importa.

BERT. Ya estoi determinado a dejarlas, ya que por allá dices que no faltan otras. Ea, pues, madre mia, reciba mis cabras la vecina i despachemos luego.

MARC. Sin tardar dispondré todo lo preciso para que al punto marchemos.

Marcolfa pasó luego a la casa de su vecina a entregarla el cuidado de su casa hasta la vuelta; i luego cojiendo un poco de estopa, cuatro husos i un par de zapatos viejos, tomó la gata i una gallina que tenia, i enfaldando en las sayas lo que pudo, marcharon con los caballeros hácia la corte, los que queriendo poner a caballo a Bertoldino, no pudieron lograr hacerle abrir las piernas, i tomaron a mejor partido el ponerle atravesado encima de la silla como si fuera un fardo o tercio de peso. Puestos todos a caballo i marchando a buen paso, dejaron ir a Marcolfa a pié por darla

gusto. Arribaron a la ciudad, i llegando la noticia al Rei, les salió al encuentro con la mayor parte de su corte; i viendo un bulto atravesado en un caballo, se empezó a reir, i despues le dice a Herminio:

REI. ¿Qué envoltorio o qué talego es ese que traes a caballo?

HERM. Señor, este que ves es Bertoldino, hijo de Bertoldo, al cual le habemos hallado entre unos montes, en un lugar tan sumamente intransitable i silvestre que aun para los lobos es país inaccesible: tambien pongo en vuestra noticia que viene su madre con él, i discurro no tardará mucho en llegar porque caminaba a un buen paso de andadura, sin haberla podido vencer a que viniese a caballo.

REI. Pues ¿cómo no viene montado a caballo?

HERM. Porque no ha sido posible; pues por los mayores esfuerzos que hemos hecho para montarlo en la silla, nunca ha querido abrir las piernas i nos hemos visto precisados a traerle de este modo, atravesado. Yo juzgo, señor, que hubiera hecho mejor Vuestra Majestad en dejarle en su rincon, porque además de ser mui puerco es tan tonto que con facilidad se le hará creer que los borricos vuelan: tan necio es que se le puso en la cabeza que habia de traer sus cabras a la corte; i ¡qué nos ha costado sacarle de sus gazpachos i migas! Pues estaba lo bastante tenaz en no querer salir de su choza.

REI. Todo eso se puede dar por bien empleado; bajadle del caballo i no le hagais mal, sea con tiento, pues como no está acostumbrado, es natural que le haya hecho novedad el haber venido a caballo. No se puede negar, al ver su rara figura, el que es hijo de Bertoldo. ¿I cómo ha dicho que se llama?

HERM. Su nombre es Bertoldino, i aquella que viene es su madre, quien dice que se llama Marcolfa; i aseguro a Vuestra Majestad que es mujer perspicaz i tan aguda que es para maravillarse el hombre mas entendido; lo que no

tiene es pedazo de atun, que en eso es al revés del padre i de la madre que lo enjendraron.

Saluda Marcolfa al Rei

MARCOLFA. Serenísimo señor, el cielo te salve, mantenga tus estados i te aumente cada hora en mayor grandeza.

REI. I a tí te conceda cuanto puedas desear. Marcolfa, ¿vienes cansada?

MARC. Si no hubiera caminado estaria mas cansada.

REI. ¿Qué es lo que dices? ¿Si no hubieras caminado estarias mas cansada? Espílicate, pues como hablas equivocadamente, no es posible entenderte.

MARC. Me explicaré. Aquel que camina para obedecer a su superior (como yo hago) nunca se cansa. Aquel que no sirve con buena voluntad se cansa, aunque vaya poco a poco; la causa es porque ya tiene cansado el pensamiento i la voluntad ántes que se ponga en camino.

REI. Señal yerídica es la que me das de que has sido mujer de mi apasionado Bertoldo; pues apénas has llegado cuando has dicho una gravísima sentencia. Ea, pues, haced vosotros que luego al punto se les disponga alojamiento i se les vista ricamente, segun el uso de la corte, i despues conducidlos para que los vea la Reina.

MARC. Solo, serenísimo señor, espero que me concedais una gracia.

REI. Dí lo que quieres, que lo haré mui gustoso i mui contento.

MARC. Pues, señor, se reduce mi súplica a que no nos hagas quitar nuestros trapos, a los cuales estamos tan acostumbrados, que si nos despojan de ellos, nos sucederá lo que al árbol a quien se le desnuda de su antigua corteza, que no solamente no produce mas fruto sino que al mismo tiempo, luego al instante, se seca. Si tú, señor, nos adornas de telas ricas, de oro i plata, infundirá en nosotros una grande vanidad: i viéndonos con tanta gala es preciso se engañe el mundo creyendo que somos personas de grande

clase i distincion, de que se seguirá además de esto, que nos olvidaremos inmediatamente de nuestra baja esfera i reinará en nuestras pasiones una soberbia grande acompañada de todos los demas vicios que siguen a ésta i nos haremos aborrecibles de todos, i al último vendrán a parar nuestras vanidades en quedarnos hechos escarnio de todos. Señor, la jente villana puesta en zancos, es mui mala: no se puede hallar jente mas indómita; no se halla en su sabiduría otra cosa que malicias, i como vulgarmente se suele decir, tolo su estudio ha sido solo la gramática parda; i por esperiencia se ve que hallándose en lo alto de la fortuna no la saben sostener i se precipitan con sus propias ignorancias; i así no nos mandes desnudar, pues si nosotros dejamos nuestros vestidos puede ser que nos suceda lo que llevo referido: al contrario será teniéndolos a la vista cada instante, meditaremos en nuestra pobreza, nos conservaremos humildes, contemplando que nacimos para servir i no para ser servidos.

REI. Sentencias mui grandes i dignas de reflexion has pronunciado, i muestras mui claramente la sinceridad de tu ánimo: conozco que el cielo te ha adornado de sus gracias; pero no me instes sobre eso, que quiero andes adornada de ricos vestidos i que seas servida como mereces.

MARC. Señor, te suplico que me escuches una gustosa burla, que aunque bien conozco que no viene ahora mui al caso, me la contó mi marido Bertoldo, de feliz memoria, una de las noches largas de invierno.

REI. Cuéntala que la escucharé con gusto.

MARC. Me dijo, pues, que habia oido contar a su abuelo que habiendo pasado en una ocasion por las tierras de Trapisonda, en donde se suelen desembarcar las patas de las anguilas ahumadas, habia allí un asno mui grande: viendo este un dia ciertos caballos de regalo con sus sillas guarnecidas de oro i plata, los frenos con rosetas i broches dorados, gualdrapas i tapafundas bordadas, se le puso en la cabeza que tambien a él se le debia guarnecer en la misma forma, i alegaba sus razones, diciendo: Que aquello no se hacia por la no-

bleza del caballo, pues tambien habia nacido para servir i habia sido destinado como las demas bestias del mundo; i que si era por antigüedad, no cedió él a ninguna otra cualesquiera bestia en lo antiguo. A semejantes razones, el amo le respondió de esta suerte: Asno mio, ¿conoces que lo que dices es un gran desatino? Has de saber que cuando se criaron las bestias, a cada una se le atribuyó su oficio; v. gr.: El buei se crió para la carreta, el gato para cojer ratones, el caballo para la silla i el asno (que eres tú) para los palos i la carga: no ascenderás a mas aunque tuvieses todo el oro del mundo, siempre serás conocido por asno i aunque mucho te adornases, como tienes las orejas tan largas, nunca podrias ocultar tu figura de asno dedicada pasa sufrir la carga i el palo. A estos cargos respondió el asno: Si las orejas han de descubrir que soi burro, presto se puede poner remedio, i es hacérmelas cortar a la medida de las que tienen los caballos, verás como entónces yo pareceré como ellos, i despues que me halle sano de las heridas, poniéndome la gualdrapa i los demas atavíos, no habrá ninguno que me conozca por asno; así haced que venga luego el herrador i que cuanto ántes me corte las orejas. El amo por complacerle se las hizo cortar: aplicáronsele los conducentes remedios para curarle; i despues que estaba bueno, le hizo ricas guarniciones de la misma forma que a los caballos: como era tan grande, todos creian fuese un caballo de regalo, i anduvo de esta suerte muchos dias sin ser conocido; pero como la naturaleza vence siempre, el infeliz animal vió pasar una burra por la calle e inmediatamente, abandonando la compañía de los caballos, echó a correr tras de la burra con tan lamentables i fuertes rebuznos, que no habia persona que lo pudiese detener; tiró al suelo la silla i gualdrapa, rompió el freno cometiendo otros mil males, i como se quedó sin los ricos aparejos, descubrió al punto que era un borrico vil i bajo de nacimiento; con que todos los que le habian tenido en el buen concepto de caballo, en los rebuznos i otras gracias, mui propias de un asno, reconocieron su engaño. Por último, le cojieron i llevaron a la caballeriza, en donde, despues

de una buena tunda de palos, le volvieron a su primer oficio de llevar cargas, que es para lo que nació solamente.

Serenísimo Rei mio, este ejemplo puede servir para nosotros. Si nos haces adornar con ricos vestidos i que nos acompañemos con las personas principales de la corte, todos nos honrarán i tendrán en buena opinion miéntras estemos callando; pero en oyéndonos hablar nos tendrán por dos majaderos, rústicos, villanos i tontos, i todo lo que al principio tengamos de aprecio i estimacion, despues parará en hacer chanza i mofa de nosotros, cuyo chasco es forzoso que lo sientas; con que mas vale que nos dejes con nuestros pobres vestidos; i ya que tu voluntad es el vestirnos manda que los hagan sin que tengan oro, ni seda, pues para nosotros no son buenos vestidos los sobresalientes, i mucho ménos para este hijazo, que Dios me dió, tan desproporcionado i feo, tan ridículo i monstruoso.

REL. Me has contado una fábula sentenciosa i ejemplar, i confieso tienes razon en no asentir a mi intento: conozco me has convencido con las justas razones, que tan bien han sabido ponderar tu grande entendimiento: quien te oyere, yo aseguro que no te tenga en concepto de mujer ordinaria; pues aunque los vestidos i la vil corteza que te cubren lo demuestra, es mui al contrario de lo que por fuera se mira; i no te aflijas aunque Bertoldino alguna vez haga o hable alguna cosa que parezca impertinente; porque bien sé que será menester perdonarle por inocente, escusarle por ser fá-tuo i solamente acostumbrado a tratar con jente de su jaez; pero con todo eso, tratando i comunicando con los cortesanos, aprenderá poco a poco el modo, la atencion i cortesía: así se le irá limando el entendimiento, i cuando se halle mas capaz, yo dispondré se le enseñen algunas habilidades. Ea, Herminio, lléalos a descansar a su cuarto, procura que les hagan los vestidos del paño mas fino que se encontrare, i que nada les falte de todo lo necesario: despues que hayan descansado, los llevarás para que los vea la Reina, quien los está esperando mui ansiosa.

HERM. Serás, señor, prontamente obedecido. Vámonos, Marcolfa i trae contigo tu hijo.

BERT. ¿Adónde nos quieres llevar?

HERM. No tengas miedo, venid, que os llevo al cuarto mismo de tu padre.

BERT. Mi padre está debajo de tierra, i yo creo que tú nos quieres sepultar con él. ¡Ai madre mia! volvamos a nuestra casa.

MARC. Salvaje, no dice eso, sino que vamos a los cuartos mismos donde se alojaba tu padre cuando vivia.

BERT. Con que segun eso mi padre tenia posada.

MARC. Sí ¿eso dudas?

BERT. Es que como oí que íbamos adonde alojaba mi padre, pensé que habia sido posadero.

MARC. Quiere decir donde habitaba. ¡Ai desdichada de mí, i que bien lo dije yo, que aquí me habia de volver loca con este bestia! Pluguiése el cielo, que me hubiera quedado en mi casa.

HERM. Vamos, ven conmigo, i no te dé pena alguna.

Herminio los llevó a un cuarto mui ricamente adornado de tapicerías, cortinajes de tisú i dos camas con la colgadura de brocado de oro, los cielos de realce, pirámides i remates adornados con flejo correspondiente, colchas de seda con bordados mui suntuosos i otras diferentes alhajas de esquisito i gran valor: hizo venir despues el sastre para vestirlos con la decencia que el Rei habia mandado: hiciéronles sus vestidos con la mayor brevedad, i al otro dia vino el sastre para probar a Bertoldino su vestido, i al tiempo de ajustarle el jubon, se le tiró un poco hácia arriba, tropezándole en la garganta; i como estaba acostumbrado a llevar vestidos anchos, viendo lo que el sastre le apretaba, comprendió su ignorancia que le queria ahogar; i empezando a gritar con voces descompuestas, decia:

BERT. No sé por qué motivo el Rei ma ha mandado ahorcar.

SASTRE. ¿Qué es lo que dices de ahorcar? ¿Qué es lo que hablas?

BERT. ¿Pues no eres tú el verdugo?

SAST. No soi verdugo, que soi el sastre del Rei.

BERT. ¿I tú le has ahorcado a él alguna vez?

SAST. ¿Cómo quieres que yo le ahorque, siendo mi señor i mi Rei?

BERT. ¿Pues por qué tú me ahorcas a mí si no le has ahorcado jamás a él?

SAST. ¿Cómo o cuándo yo te ahorco? ¿Qué es lo que hago para ahorcarte?

BERT. Es que tanto me estrechas la garganta que no puedo respirar.

SAST. No adviertes que es el vestido que debe de ser así cerrado, estrecho i ajustado a la garganta, i por esto te parece que te ahogo.

BERT. Mira, si tú me aprietas un poco mas, no lo he de poder sufrir, pues ya siento que del estómago me van subiendo a la garganta unas puches que comí poco tiempo ha: mira, mira que suben sin poderlo remediar.

Provoca Bertoldino en la cara del sastre las puches, i mui enfadado dice

SASTRE. ¡Habrás mas fiero animal! ¡Mal torozon te dé Dios, puerco de todos los diablos. Mira bien cómo me has puesto la cara; ¿puede darse semejante porquería? No revertaras. Amen.

BERTOLDINO. No te avisé que yo no podia mas; ¿por qué me apretabas tanto? Déjame con mis vestidos viejos i holgados, que no quiero que me encajes por fuerza en este saco apretado.

SAST. En fin el villano, en ciudad o en villa, siempre dará a conocer la muestra del paño, i por mas que se haga nunca sacarán a la rana de estar entre el lodo: toma tus vestidos i vístete a tu gusto, porque para tí el ponerte estos vestidos, es lo mismo que poner la silla a un cerdo.

El sastre con el hocico emplastado de las puches se fué gruñendo a su casa por la indecencia de tan gran majade-

ro, se lavó mui bien i despues se fué al Rei a quien hizo relacion de todo lo que le habia sucedido: oyendo semejante cosa el Rei, reventaba de risa, considerando la inocencia del uno i la formalidad del otro: dió orden para que viniese otro sastre, el cual le hizo otro vestido mas ancho, como él queria, i a Marcolfa al mismo tiempo la hizo una zamarra de paño fino; i despues que estaban vestidos los llevaron a que los viese la Reina, quien mirando aquellas dos caras tan ridículas i contrahechas, no pudo contener la risa: viendo Marcolfa esta mofa, despues de haberla hecho la cortesía a su estilo aldeano, la dijo de este modo.

Fábula que cuenta Marcolfa a la Reina contra los tontos que quieren establecerse en la corte

MARCOLFA. Sereníssima Reina, una vez oí contar a una cierta vieja, allá arriba en mi montaña, en tiempo que los grajos hablaban como nosotros, lo que os voi a referir. Decia esta buena vieja, la que tendria como cosa de sus ciento i veinte años, que a estos animales siempre les ha gustado el vivir sobre los campanarios, como se vé en nuestros tiempos: determináronse una vez subir a la torre de Babilonia, desde cuya eminencia empezaron a notar todos los sucesos del mundo: desde allí observaban cómo unos engañaban a otros; conocian a todos los arbitristas mentirosos, los amos desconocidos, los criados poco fieles, las criadas inobedientes, las madres nada modestas, los padres disolutos, los hijos viciosos, las viudas escandalosas, los cortesanos vanos, los validos aduladores i lisonjeros, los bufones descarados, los jueces injustos, las ramera falsas, los terceros malvados; en fin veian todo el mundo revuelto i enredado, notando desde allí los hechos de cada uno; advertian referirse unos a otros el modo que tenian para vivir engañando el prójimo; veian llegaba a tal extremo la desconfianza de los unos i los otros, que ya nadie se fiaba de sí mismo: todos los negocios andaban de mala fe, i cada cosa siempre peor; vieron los hombres públicos muchos de sus delitos ocultos. Descubrieron

que estos pájaros eran los que los habian publicado, citáronlos delante de la Reina de los pájaros, acusándoles del delito enorme de su gran curiosidad i de haber descubierto los vicios de unos i las malas costumbres de otros, i que por su causa el mundo se hallaba notablemente infamado. La Reina, oyendo tan bien fundadas quejas, llamó a los grajos, reprendiéndoles agriamente, i bajo la grave pena de ser con agua hirviendo peladas sus cabezas, les privó que hablasen lo que habian visto desde la torre: los grajos desde entónces con el precepto que se les puso de que no hablasen, callan, i solo van continuamente gritando *cras, cras, cras*, que quiere decir *mañana, mañana, mañana*, i es, que de día en día están esperando que se les conceda la facultad de poder hablar: si se les da libertad, ellos dirán muchas cosas que ahora oculta la malicia solapoda; pero al mismo tiempo que contándome esta fábula la buena vieja me tenia embelesada, me contó otra que yo referiré si gustas de eso i me das permiso: una i otra juzgo que son a propósito de nuestro intento.

Fábula de las ardillas i ratones de los higos secos

MARCOLFA. Dijeron, pues, estos pájaros que en aquel tiempo que los caracoles tenian pellejos se hallaron en la ciudad de las Sanguijuelas algunos ratones que hacian mercancia de higos secos, i éstos tenian provista la ciudad i los lugares comarcanos: llegaron despues algunos mercaderes de las Indias con un crecido número de nueces de especia, trayéndolas con el fin de cambiarlas por otra cantidad igual de higos secos: hallándose un dia cansados del largo viaje se pusieron a descansar debajo de una encina que estaba en medio de un verde prado, en donde se quedaron dormidos aprestados del demasiado sueño i cansancio: miéntras dormian llegó una manada de jabalíes, i acercándose a los sacos, los rompieron a hociadas i se comieron las nueces; pero bien pagaron la pena, pues como estaban acostumbrados a la bellota, luego que las hubieron comido se les mo-

vió tal inquietud en el vientre que no solo las vomitaron sino que todas las tripas echaban al mismo tiempo. Despertaron los mercaderes, i hallando los sacos rotos i su mercancía comida, quedaron sumamente aflijidos, mas no por esto quisieron dejar de proseguir su viaje, i caminando mas adelante hallaron unos pellejos de ardillas i los destinaron para regalar al Rei de las Tencas Fritas, i pasando por la ciudad donde estaba le hicieron el regalo, el que apreció mucho, remunerándoles con un gran presente, que fué una buena porcion de criadillas de tierra: con este regalo pasaron a la ciudad de las Sanguijuelas, en donde vieron que por falta de segadores se vieron obligadas ellas mismas a segar aquel año los campos: allí tuvieron forma de hacer negocio, i cambiaron las criadillas por higos secos i aun les dieron además una partida de hongos salados: embarcáronse i llegaron al puerto de las Lagartijas i abordaron en pocos dias en otro que se llamaba el puerto de los Escarabajos: hallándose bastantemente cansados i molestados de la mar, se resolvieron desembarcar i descansar en aquella ciudad algunos dias: hicieron llevar los barriles a la aduana, i pagaron su entrada, como es costumbre. Los mercaderes se fiaron de los que están en la aduana, de los que fueron vendidos, porque cuando los escarabajos vieron los barriles de los higos idearon un chasco pesado, i de hecho lo ejecutaron, i fué el de vaciar los higos i llenar los barriles de excremento de los bueyes. Volvieron a componer los barriles, diéronle sus pasaportes i se marcharon, i en pocos dias llegaron a su país. Luego que los vieron acudió la mayor parte de la ciudad a darles parabienes de haber vuelto a su patria con felicidad. Deseaban ver todas las mercancías que habian conducido, i les instaron a que abriesen algun barril: acudió tanta multitud de jentes i era tanta la confusion de los que querian comprar higos que casi estaban sitiados, i se hallaron en peligro de ser ahogados; al fin, como pudieron abrieron los barriles i en lugar de hallar higos encontraron las tortas excrementicias de buei; quedándose tan sumamente confusos que no sabian qué responder ni decir,

al mirarse tan burlados; resultando de esto que fué tal el alboroto que se levantó de palmadas, silbidos i risotadas, que los pobres estuvieron casi para ahorcarse de vergüenza, i corridos i avergonzados se escaparon de la plaza: volviéronse a su aldea en donde habian nacido, i cayendo en una gran melancolía por caso tan impensado, se murieron desesperados en pocos dias, sin poder tener consuelo.

Esta fábula me contó, señora, la vieja i viene pintada a nuestro intento. El Rei nos mandó buscar i nos sacó de nuestro centro, que son las montañas i selvas, creyendo sin duda que nosotros seriamos domesticables, aptos i mui a propósito para vivir en la corte, i cada dia estoi temiendo le suceda lo que a los pobres mercaderes, teniendo muchos sonrojos, viendo que hacen todos mofa de la mercancía conducida, pues en lugar de barriles de higos dulces i sabrosos se descubren otros de mercancía asquerosa como lo somos nosotros, quienes imagino que en poco tiempo enfadaremos a todo el mundo, como ya por la esperiencia lo hemos empezado a ver; siendo la causa las grandes ignorancias i tontadas de Bertoldino que cada dia caminan mas en aumento; con que mejor hubiera hecho el Rei en dejarnos pacíficos en nuestra casa que habernos hecho venir a ser mofa del palacio; pero ya que su voluntad es esta, así sea, que yo estoi pronta para obedecer con todo rendimiento su gusto.

La Reina se maravilla de la elocuencia de Marcolfa

REINA. Querida Marcolfa, no pudiera creer (si no te hubiera oído) tu grande elocuencia i los ejemplos tan adecuados que has traído al intento. No puedo creer que hayas nacido en una desierta montaña, donde todo es rustiquez: tu cultura, elocuencia, retórica i culto modo de hablar, no pueden ser hijos de los montes i desiertos, sino de alguna populosa ciudad, donde sin duda debiste de nacer i criarte, tratando con hombres doctos i empleada en leer curiosos libros; i si tu marido miéntras vivió en esta corte, la hizo maravillar con las sutiles astucias i doctas sentencias que a

cada paso le salian de su boca; tú no solo haces maravillar, sino que confundes a los injénios mas grandes que te oyen en mi corte; i para señal de mi amor i cariño que te tengo, toma este anillo, pónitelo en el dedo i tráele en señal de lo mucho que te estimo.

MARCOLFA. Una mujer viuda no debe llevar otro anillo en el dedo, mas que aquel que la pusieron cuando la desposaron con su marido: a mí solo me basta saber que puedo agradarte.

REIN. Pues ¿qué te podré yo dar que ser pueda de tu gusto?

MARC. Tú nada tienes que poder darme a mí, pues mas necesitas de un todo que yo.

REIN. Yo nada he menester, pues como Reina de toda la Italia me hallo con tantos tesoros i riquezas que en la tierra no cedo a nadie en grandeza.

MARC. ¡Ah! Tantas cosas te faltan, señora, que...

REIN. ¿Qué me falta? Deseo que me lo digas.

MARC. No he de salir de esta corte o no he de ser quien soi si no te hago confesar que necesitas de muchas cosas; i como a la necesidad se sigue la pobreza, has de confesar que eres mas pobre que yo.

REIN. Cuando tú me desengañes i me hagas ver lo que dices, diré que eres la mujer mayor de todo el mundo. Llevadla vosotros a su cuarto para que descanse; i tú Bertoldino, vendrás a menudo a visitarme.

BERT. ¿Qué quiere decir visitar?

REIN. Quiere decir que vengas a verme todos los dias.

BERT. Pues acaso ¿soi yo algun mendrugo?

MARC. ¿No lo dije yo, señora? ¿No veis ese majadero como interpreta vuestro soberano mandato?

REIN. No importa, que en las cortes no hacen novedad estas ignorancias, i si no hubiera de todas especies de hombres dentro de ellas no serian divertidas: ea, véte a dormir i descansar Marcolfa i lleva contigo a tu hijo.

Conversacion de Bertoldino i la madre dentro de su cuarto

Habiéndoles acompañado a su cuarto, que estaba maravillosamente compuesto, i habiéndoles surtido de todo lo necesario, trabaron los dos conversacion, diciendo Bertoldino a su madre:

BERTOLDINO. Madre mia, yo he oido decir que la Reina quiere estar sobre todas las demas mujeres, i seria mui bien hecho que cuanto mas ántes nos volviéramos a nuestra casa; porque si ella se pone encima de tí te ha de hacer echar las tripas por la boca, porque es mas gorda que la vaca que tenemos en nuestra casa: vámonos de aquí, porque si no verás como te hace reventar.

MARCOLFA. Mira, tonto, que cuando se dice que la Reina es sobre todas las mujeres, no es lo que tú entiendes de subirse encima de ellas, sino que como señora i dueña absoluta de todas, como tal debe ser venerada i reverenciada de justicia.

BERT. Sí, sí. Ya lo verás si ella sube encima de tí, si te da gana de reir o de llorar.

MARC. Calla, babieca, que no sé a quien te pareces, pues no puedo creer que de un hombre de tan elevado injénio, como era el de tu padre, ¡haya salido un zoquete semejante!

BERT. I pregunto, ¿quién nació primero, yo o mi padre?

MARC. ¡Válgame Dios! ¡Qué mameluco tan grande! ¡Cómo quieres tú haber nacido primero que tu padre? ¡Ai pobre de mí! ¡Qué yo haya venido a la corte con este gran pollino!

BERT. Díme, madre mia, ¿al Rei se le da el tratamiento de maestro o de señor?

MARC. Yo discorro que aquel que tú le des será mui bueno, pues de cualquiera suerte que tú hables siempre te esplicarás peor. Pero no obstante si tú no quieres que se rian de tí te aconsejo que no abras jamás la boca.

BERT. ¡I si se me ofrece bostezar?

MARC. Ea, pues, ábrela cuando quisieres, que de cualquier suerte la corte ya te ha conocido por un simplon dando que reir a todos; i lo peor es, que siempre te sucederá lo mismo, pues tus bestialidades irán prosiguiendo a mas.

BERT. ¿Cómo que las cortes se rien? ¿I dónde tienen la boca?

MARC. Calla, que viene jente i me parece que el Rei viene entrando a nuestro cuarto.

BERT. ¿I que nos quiere a nosotros ese señor?

MARC. Calla, cierra la boca i no digas nada ahora.

BERT. Ya la cierro, mírame bien como la tengo cerrada.

MARC. Sí, sí. Ténla bien cerrada, hasta que yo diga que hables.

El Rei cede a Bertoldino i a su madre una posesion que tenia fuera de las murallas de la ciudad para su recreo.

Todo el tiempo que estuvieron hablando Bertoldino i su madre, el Rei los estuvo escuchando con grandísimo gusto i regocijo, ya por ver la inocencia de Bertoldino, i ya por la agudeza i talento grande de Marcolfa: llamóles el Rei i les condujo en su coche fuera de la ciudad a una casa de campo, en la que habia hermosos jardines, fuentes, bosques i viñas, i un bellissimo estanque de peces, con otros varios recreos: i estando allí, habló a Marcolfa de esta suerte:

REI. Conociendo yo i haciéndome el cargo que estás acostumbrada a la libertad, i sirviéndote solo de recreo el vivir en el campo, no dudo que te servirá de cárcel estar dentro de la ciudad; i así me ha parecido conveniente el que te diviertas en esta casa de campo, disfrutes de la hacienda que hai en ella i goces de sus recreos, por lo cual te hago donacion de todo lo que en sí encierra; pero te advierto que ha de ser con la obligacion de que Bertoldino me venga a ver a mi palacio, a lo ménos una vez cada dia. Ea, entrad dentro i hallareis la casa compuesta de todo lo necesario, i

si faltare alguna cosa, haré que luego se os traiga i provea de todo cuanto pidieréis.

MARC. Yo te doi millones de gracias, i agradezco, señor, tu magnanimidad jenerosa; yo conozco que no tengo ningun mérito para tanta honra, siendo yo, señor, una mujer criada en rústicos pañales, nacida en paisés silvestres: no hallo en mi persona circunstancia para habitar en unos sitios reales como estos: me convendría mejor, segun mi clase, vivir en los montuosos llanos de fieras, entre cuevas i peñascos, donde habitan ni la riqueza, ni la cortesía: mirad que a mí no me conviene tanta grandeza, ni a este bestia, el cual yo no sé si es de madera o de yeso; pues es tan ignorante i nécio que no sirve de nada en este mundo, sino de hacer reir a todo el vulgo. Yo, señor, vivo aquí avergonzada i corrida de ver que sirve de irrisión a todos, i cada dia mas pasmada de que de una agua tan clara i dulce haya salido un pescado tan amargo; de un padre, digo tan entendido i sentencioso como Bertoldo, haya salido un hijo tan rudo i simple, de quien es tanta su ignorancia que pregunta cuando se levanta de la cama, ¿qué cuál es lo primero que se ha de poner en el suelo, si los piés o la cabeza? ¿Qué es a cuánto pueda llegar la ignorancia!

REI. ¿Es verdad esto, Bertoldino? ¿no respondes? ¿por qué tienes cerrada la boca?

MARC. Es que le he puesto precepto de que la tenga cerrada.

REI. ¿I por qué?

MARC. Porque me ha preguntado la mayor necedad que se pueda oír, i es, ¿qué tratamiento se da a vuestra real persona? i yo le he dicho que de cualquier modo siempre hablará bien, como no abra la boca.

REI. Yo discurría que hubiese dicho otro desatino mayor; i así no es razon privarle del habla que Dios le dió, ántes bien me caen en gusto estos jénios naturalmente inocentes de nacimiento, i no aquellos que se hacen tontos con artificio. Ea, Bertoldino, habla que yo te doi licencia: ¿qué dices? Abre la boca.

BERT. ¿Si mi madre no quiere i dice que la tenga cerrada?

MARC. Habla, pues, que yo te doi licencia; pero mira lo que dices, reflexiona que estás delante del Rei.

BERT. Yo quisiera que se fuese de aquí cuanto ántes.

MARC. ¡Ah, pícaro ingrato! ¿Son estas palabras decentes para decirlas a nuestro dueño i señor, despues que nos ha hecho tantos i tan grandes beneficios? ¿Por qué quieres tú que se vaya?

BERT. Porque miéntras se está aquí, no puedo irme a mendrar.

MARC. ¡Admirable cortesía! ¿Te parece, nécio, que es buen modo de usar de tan villana descortesía? Señor, V. M. no haga caso de este nécio; yo os doi las gracias duplicadas por tanto bien como nos haceis, que no soi ingrata como ese bruto que desea que os vayais de aquí, con el fin solo de saciar su apetito desordenado.

REI. Tiene muchísima razon en lo que ha dicho, i ahora digo que no es tan tonto como le hacen: ya me voi, quédate en paz i no te se olvide de venirme a ver todos los dias: ¿hazlo entendido?

BERT. Sí, señor maestro; pero pregunto ¿cuál es el dia mas grande el de la ciudad o el de la villa?

REI. Tan grande es el uno como el otro: ea, cuidado, no se te olvide lo que te digo.

MARC. Ya escampa i a cántaros llovia; miren ¡qué discreta pregunta! Válgame Dios, ¡qué jumento! Señor, no faltaré yo a enviarle todos los dias por complacer vuestro gusto.

REI. Tén cuidado de Bertoldino, Marcolfa; i adios, hasta la primera vista.

MARC. El cielo te dé buen viaje, señor, i todo lo que desea mi gratitud.

ALEGORÍA SEGUNDA

Los discursos de los hombres sabios dan sumo placer i fruto, i al contrario los ignorantes, que nos divierten esteriormente; pero de ninguna utilidad, i siempre suele ser mui peligroso el acostumbrarse con ellos mucho tiempo, o porque corresponden ingratos a los beneficios, o bien porque los disipan inútilmente.

Ridícula simpleza de Bertoldino con las ranas que estaban en el estanque

Luego que se fué el Rei, quedaron Marcolfa i Bertoldino hechos dueños propietarios de la casa de recreo, en fuerza de la cesion que el Rei les hizo: estaba adornada la casa de todo lo necesario para vivir en ella con las conveniencias que pudiesen desearse, i entre los recreos deliciosos de los jardines habia un estanque que contenia gran diversidad de pesca; pero entre ella, como es natural, se criaban ranas. Sucedió que un dia que Bertoldino estaba asomado en el borde del estanque, divirtiéndose mirando los peces, que corrian i saltaban en el agua, reparó que al mismo tiempo nadaban i cantaban mui recio un gran número de ranas; i como el modo de su canto es tan particular, que parecen que dicen *cuatro, cuatro*, Bertoldino, creyendo que decian que el Rei no le habia dado mas que cuatro escudos (habiéndole dado mil), fuése corriendo a casa mui enfadado, i tomó el cofrecillo, en donde estaban los escudos con que el Rei le habia regalado; los llevó al estanque, i tomando puñados de ellos, los tiró hácia donde las ranas cantaban diciéndolas al mismo tiempo: *Tomad animales de Barrabás,*

contad el dinero i vereis si son mas de cuatro; pero como con todo esto las ranas no callaban, ántes bien redoblaban mas su grito, tomando mas puñados que la vez primera, decia: Tomad, canallas, i vereis cómo el Rei nos ha dado aun mas de mil escudos. Continuó con los puñados, i acabó con el dinero; pero no bastando aun todo esto para aquietar su canto, se llenó de ira, con grande enfado tiró al agua el cofrecillo de los escudos, i diciéndolas muchos oprobios, se volvió a casa tan colérico que parecia un tigre furioso.

Despues de la locura que habia ejecutado, su madre le preguntó de este modo

MARC. ¿Qué traes, Bertoldino, que vienes tan sofocado?

BERT. Estoy colérico con las ranas del estanque.

MARC. ¿Pues por qué? ¿Te han hecho algun daño?

BERT. Ellas lo saben mui bien.

MARC. ¿Te han interrumpido con su gritería el sueño?

BERT. Mucho peor es lo que me ha sucedido.

MARC. ¿Pues qué te han hecho? Acaba, dílo.

BERT. No te acuerdas que el Rei nos ha regalado un cofrecito lleno de escudos?

MARC. Sí, me acuerdo; pero ¿por qué dices eso?

BERT. Pues has de saber, que dieron en decir aquellas malditas bestias, que no nos habia dado mas que cuatro, i yo oyendo una mentira tan grande, para que se desengañaran, las eché un buen puñado; pero con todo esto proseguian en decir *cuatro, cuatro*: echéles el segundo puñado, i siguiendo con su tema, me ví precisado a arrojárselos todos, i no obstante siempre metian mas algazara sin salir de sus *cuatro*: viendo yo la obstinacion de semejante canalla, me encolericé, i les tiré tambien el cofrecillo, para que de este modo contasen la cantidad, i quedasen desengañadas de la porcion que el Rei nos ha dado; qual ahora ellas volverán a poner todo en el cofre, e iré yo allá para que me lo entreguen, i lo volveré a traer a casa con todo el dinero dentro, pues son jentes mui seguras i no faltará un escudo. Madre

nia, ¿qué dices de esto? ¿No he obrado como hombre bien, para desengañar aquellas malditas bestias?

MARC. ¿Con qué has arrojado los escudos en el estanque?

BERT. Si ellas decían que no eran mas que cuatro, he hecho muy bien en desengañarlas de que son mas de cuatro i aun mas de cuotrocientos los escudos.

MARC. ¡Ah pobre de mí! ¡Ah desdichada Marcolfa! ¡Salvaje, loco, incapaz, no sé como no te ahogo entre mis uñas! ¿Qué dirá el Rei cuando tenga noticia de semejante locura? Es natural que se irrite, i nos despida por tu culpa, gran bestiaza. Si en sabiéndolo te echase en una galera, seria bien merecido. ¿Qué loco en su mayor manía pudiera hacer locura tan desatinada?

BERT. Su Maestranza, diga lo que quisiere, él tiene la culpa; tuviera él enseñadas sus ranas a que supiesen los escudos que él regalaba: i lo peor de todo ha de ser que si prosiguen ellas en gritar, me enfadarán de tal suerte, que las tiraré todos cuantos trastos i muebles hallaré en casa; yo espero que lo verás, como prosigan en marearme la cabeza, pues de este modo yo las enseñaré a que no hagan mofa de mí; i cuidado conmigo, que yo soi mas bestia que todas ellas.

MARC. En tu vida has dicho mayor verdad; i si cabe, eres mayor bestia que todas las bestias juntas.

BERT. Venid conmigo i oireis su maldita obstinacion, pues ahora hacen mas ruido: quiero ir allá i echar sobre ellas toda esta casa.

MARC. ¡Ai pobre de mí! ¿Adónde vas?

BERT. Pues haced que se estén quietas i que callen; porque si no...

MARC. Aquíetate tú, que yo haré que los pescadores con cierto bocadito las cojan, i así no te darán mas enfado: espérame aquí en casa, que quiero ir a la ciudad para ver si los encuentro: yo haré que las cojan todas, ya que has dado en ese tema, no te apartes de casa para que no nos roben lo que hai en ella.

**Bertoldino hizo pedazos todo el pan que habia en casa
i lo arrojó en el estanque**

Despues que se fué Marcolfa, hizo Bertoldino otro desatino, i por mejor decir, otros dos aun mayores que el primero. Habiendo oido decir a su madre que las ranas se cojian con un bocado, imaginó que a fuerza de bocaditos de pan lo conseguiria ántes que volviese su madre: oyó que cantaban de la misma forma, i no pudiéndose contener de lo encolerizado que estaba, fuése adonde estaba el pan, lo partió todo en bocados, i llenó un saco de mendrugos: fuése al estanque, i todo lo echó dentro de golpe: al caer en el agua, todas las ranas se bajaron al hondo i los peces se subieron arriba con el cebillo del pan; pero como eran los peces muchos, tropezaban los unos con los otros, de suerte que parecia que tenian una batalla mui sangrienta entre ellos. En fin, en mui poco tiempo dieron fin al socorro de los mendrugos: viendo Bertoldino que se habian comido el pan i que las ranas no las podia cojer, pensó vengarse en quitar la vista a los peces, porque se habian comido todo el pan: fuése a casa mui rabioso, cargó con un saco de harina, con el fin de echársela en los ojos, i segun fuesen subiendo arriba cegarlos: trajo el saco, i con una pala iba echando harina sobre los peces, creyendo el pobre inocente que con este arbitrio los dejaria todos ciegos; pero como ellos estaban debajo del agua, no les ofendia, ya se ve, semejante industria. Con este disparate echó en el estanque todo el saco de la harina; volvióse a casa mui contento i satisfecho de que habia tomado venganza por sus propias manos, dejando los peces ciegos.

ALEGORÍA TERCERA

Los hombres insípidos i bufones, músicos i farsantes reducen a algunos locos a un tan grande i deplorable estado, que despues aunque caben i fomenten lo poco que les ha quedado, quedan hecho a lo último una tortilla. La prudencia o el juicio, tarde o nunca se recupera, sino con solo un don puro particular del cielo, que se le conceda para remediarse.

Bertoldino se mete dentro de un ceston, en donde habia una gallina clueca, i en lugar de ella se sienta él sobre los huevos

Habiendo hecho Bertoldino la bobada referida, volvió a casa i reparó que un rincon habia una gallina clueca en un ceston, empollando unos huevos, fuése a ella, quitóla de encima de ellos, i él se encajó dentro de la cesta, poniéndose en accion de empollarlos; pero lo mismo fué sentarse sobre los huevos que romperlos todos, i la lástima fué que estaban ya casi para empezar a nacer los pollitos. Estándose metido en la cesta llegó Marcolfa, quien no habia ido a la ciudad a buscar los pescadores, como le habia dicho al salir, sino que con este motivo fué a ver a la Reina, i a darla un rato de diversion i de gusto, que le tenia mui grande cada vez que veia a Marcolfa; llegó a casa, i llamó a la puerta, pero no le respondia: volvió segunda vez a llamar, i lo mismo; golpeó tercera vez, i llamándole por su nombre, empezó a dar voces, diciendo.

MARC. Bertoldino, Bertoldino, ven, hijo, i ábreme la puerta.

BERT. Yo no puedo ir abrirte.

MARC. ¿Por qué no puedes venir? ¿Qué haces?

BERT. Estoy metido en la cesta de la clueca.

MARC. ¿I qué haces dentro del cesto?

BERT. Estoy sacando los pollitos.

MARC. ¿Tú sacar pollos? ¡Ah desdichada de mí! que habrá quebrado todos los huevos. Ea, ven, abre la puerta.

BERT. Ya he dicho que no puedo ir, porque empiezan a nacer ahora, i siento ya que uno me está picando en las posaderas.

MARC. ¡Ai mujer mas infeliz! ¿Qué haré yo con ese bruto? ¡O nunca yo hubiera venido aquí con ese tonto! ¡Bertoldino, Bertoldino, ábreme!

BERT. Madre, poquito a poco, que la clueca me está mirando, i no quiere apartarse del cesto.

MARC. Ven, hijo mio, i ábreme la puerta.

BERT. Espera un poco que ya voi.

Salió Bertoldino de la cesta, i abrió a su madre, la cual vió tan pringado por detras de las claras i las yemas de los huevos que habia roto, mui indignada empezó a gritar, diciendo.

MARC. ¡Ah pícaro, traidor, infame! ¿que has hecho?

BERT. ¿Qué tienes? ¿De qué te alborotas?

MARC. Grandísima bestia, ¿qué quieres que tenga? ¿No ves qué buena hacienda que has hecho? ¡Puerco, mira como estás pringado! ahora voi corriendo a pedir al Rei licencia para que me deje volver a la montaña, pues con los desatinos i brutalidades tuyas no es posible poder vivir mas entre jentes, ahora conozco la prudencia de que usó tu padre, en no querer revelar a nadie que tenia hijos, pues bien previsto tenia que tú no le servirias mas que de sonrojo i vergüenza. ¿Qué bestia hubiera hecho tal desatino como romper los huevos i ahogar los pollos, que empezaban a nacer? Fuera de esto, mírate bien, qué limpio estás. ¿Qué dirá el Rei cuando te llame i te pregunte ¿por qué estás tan poco limpio i tan indecente? I ¿qué responderás tú a eso?

BERT. Diréle que yo he hecho una tortilla en mis asentaderas.

MARC. ¡Oh! ¡Qué respuesta tan decente, mui propia de tu grande discrecion! Ea, quítate al punto esas medias, ponte otras, i vamos a comer, que es preciso ir los dos a la ciudad.

BERT. ¿I qué has de comer, si en casa no hai un bocado de pan?

MARC. ¡Cómo que no hai pan! ¿No dejé yo mucho de sobra al salir?

BERT. Es verdad.

MARC. Pues ¿adónde lo has echado?

BERT. ¿No me dijisteis que las ranas se cojian con un bocado?

MARC. Sí, dije; i ¿qué quieres decir con eso?

BERT. Pues en esa intelijencia todo el pan que habia en casa, lo he hechado en el estanque en bocados, para poder cojer las ranas; pero los malditos peces acudieron luego al pan i se lo comieron todo, de suerte que no han dejado a las ranas el mas pequeño bocado; pero no te dé cuidado, que despues les he hecho una burla, que has de reir mucho con ella, empieza a reir, riéte con Barrabás.

MARC. ¡Qué yo me ria! ¡Ah infame! buena cosa has hecho para hacerme reir; mas seguro es que con tus tonterías me hagas llorar. ¿Veamos qué burla o qué chasco le has pegado? Dílo, que bien discurro será otra locura mayor que la antecedente.

BERT. ¿No sabes que habia un costal de harina en casa?

MARC. Sí, ya lo sé; ¿qué será esta segunda locura?

BERT. Pues como yo estaba tan enfadado con los peces, por ver que se habian comido el pan de las ranas, tomé el saco de la harina i todo se lo he tirado a los ojos.

MARC. ¿I para qué has hecho eso?

BERT. Con ánimo de cegarlos, i yo discurro que muchos habrán i no verán mas luz en su vida, pues a paladas les tiraba la harina sobre los ojos.

MARC. ¡Válgame Dios, qué locura! ¡Ojalá yo te hubiera ahogado al tiempo que te parí! ¡Oh Bertoldo mio! si tú vieras esto, ¿qué dirias? Tú que eres un manantial de senten-

cias, ¡qué harías al oír tales i tan extravagantes simplezas! Ea, vamos, disponte para ir a la ciudad, porque el Rei te quiere ver.

BERT. ¡I por qué no viene él acá, si tiene gusto de verme?

MARC. Sí por cierto, mas razon era que el Rei te viniese a ver a tí. La merced que me has de hacer, es callar, cerrar la boca, i no la abras hasta que vuelvas a casa, i no sea como otras veces, que no obstante el habértelo mandado no me has obedecido.

BERT. I si el Rei me pregunta alguna cosa, si no puedo abrir la boca, ¿cómo quieres que le responda?

MARC. Calla tú i deja eso a mi cuidado, que yo hablaré por los dos.

BERT. Pues ya la cierro, mira si está bien cerrada.

MARC. Así la has de tener i no la abras hasta que yo te lo mande, si no quieres pagarlo bien cuando volvamos a casa.

Despues de todos estos debates, Marcolfa i Bertoldino se fueron a la ciudad i luego que les llegó a ver el Rei les hizo muchas demostraciones de cariño: preguntó a Bertoldino cómo estaba, pero él con su boca cerrada no respondia. Entónces el Rei se volvió a Marcolfa, i la dijo:

REI. ¿Por qué no responde a lo que yo le pregunto? ¿Ha perdido acaso el habla o le ha dado algun accidente, que le impide poder hablar?

MARC. Mejor hubiera sido, señor, que hubiera nacido mudo, que de esa suerte no hablara tan enormes desatinos, ni hiciera tales locuras como las que ahora acaba de ejecutar miéntras yo me salí fuera de casa.

REI. ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Se ha meado acaso en la cama?

MARC. Señor, es mucho peor.

REI. ¿Se le ha movido o aflojado el vientre?

MARC. Mil veces peor.

REI. ¿Pues qué cosa peor puede haber hecho? No sé qué cosas sean mas sucias i mas indecentes que estas.

MARC. Señor, cuando te lo diga, yo sé que te has de en-

fadar i con mui justa razon; i así te vuelvo a decir que hubiera sido mejor que nos hubieras dejado en nuestras montañas i no conducirnos aquí donde sean conocidas de todo el mundo las tontadas de este nécio.

REI. Pues, ¿qué ha hecho este pobre, que segun lo ponderas, das a entender ha cometido algun delito gravísimo? Dilo presto i no te afijas, que aunque sea el mas grave i i mas enorme que se puede cometer yo le perdono al instante.

Marcolfa contó al Rei todo lo que habia sucedido con Bertoldino, lo de los escudos i el pan arrojado en el estanque a las ranas; la harina a los peces, i por último la sacadura de los pollos, con todos los demas desatinos que habia ejecutado. El Rei en lugar de reprenderle empezó a reir de tal forma que se vió obligado, por no poder mas, a tirarse sobre la cama, hasta mucho tiempo despues que se levantó como pudo; disimulando la risa i vuelto a Marcolfa, la dijo:

REI. ¿Son estas las culpas tan graves que me querias decir? Yo imaginaba que fuese cosa de mas entidad; ántes ha hecho mui bien de enseñar a las ranas como han de hablar: no te afijas, que no te faltará dinero, ni pan, ni cosa de todo cuanto hubieres menester.

MARC. Señor, ya que a tí te gusta i te complaces de todo lo sucedido, por lo que a mí toca, no hablaré ya mas palabras: yo, viendo que este ignorante no tiene aquel respeto i comedimiento a V. M. debido, le he puesto precepto de que no abra la boca hasta la vuelta de casa, porque tiemblo no prorrumpa en tonterías indignas de tu prudencia.

REI. Pues yo nuevamente le doi licencia para que abra la boca i que hable cuanto quisiere; llevadle al cuarto de la Reina para que tenga un rato de gusto i se divierta con su inocencia. I tú, Bertoldino, aunque haya adelante damas i señores, habla como quisieres con toda libertad i lo que te parezca, sin miedo, reparo, ni sujecion.

Bertoldino arma una quimera con una de las doncellas de la Reina, que se llamaba Librada

Entraron Marcolfa i Bertoldino en el cuarto de la Reina, la cual les recibió con mucho agrado haciéndoles muchas expresiones de cariño; i como el Rei habia dicho a Bertoldino que hablase con libertad, interpretó este término con el nombre de una de las doncellas de la Reina que se llamaba Librada; hallábase ésta presente cuando él entró i en lugar de llamarla por su nombre empezó a saludarla con los mayores disparates i desvengüenzas que su corto entendimiento le dictaba, i con términos mui rústicos i en extremo chabacanos, la dijo:

BERTOLDINO. Libertada, ¿cuánto darias tú por ser bien apaleada?

LIBRADA. ¡I por qué habia yo de ser apaleada? Los palos se emplean mejor en los burros como tú.

BERT. Yo seria burro si tú fueras mi mujer, pues hablando con verdad, tu presencia es solo de burra vieja.

LIBR. Si me quito una chinela te la he de tirar a la cara, villano, puerco, grosero i desatento con las mujeres; ¿quién te ha dado libertad para ser tan descortés con una mujer de mis circunstancias i de mi esfera? Véte a tu aldea, villano, a guardar cabras montesas, que es mas propio para tí que el tratar con racionales.

BERT. Yo no espero ver mejor cabra que tú, pues te pareces a ellas hasta en el rumiar cuando se comen la sal.

LIBR. Guárdate de mí, insolente, que si te cojo he de romper ese hocico de lechon.

BERT. Si tú me rompes los hocicos yo tambien he de aplartarte con mi zapato esa nariz de lechuza.

REINA. Calla, Bertoldino, i dime, ¿quién te ha mandado que digas semejantes picardías a mi doncella?

BERT. El Rei me lo mandó, i si no pregúntaselo a mi madre que ella dirá como es cierto.

REIN. ¿Es cierto esto Marcolfa?

MARCOLFA. Serenísimas señora, yo varias veces tengo hechas mis protestas, he dicho al Rei que este muchacho no conviene dentro de la corte i que puedè ser perjudicial en alguna ocasion i ya tiene enfadados a muchos; pues no todos se hacen el cargo, ni reflexionan el que está fátuo: yo porque no dijese algun desatino delante del Rei le puse precepto de que tuviese la boca cerrada hasta que volviese a casa; pero no solo le ha dado licencia vuestro esposo para que hable sino que permitió que hablase como le pareciera i con toda libertad; i como ese bruto todo lo entiende como suena i al revés; habiendo oido llamar vuestra doncella con el nombre de Librada, ha pensado, el gran salvaje, que el Rei le habia dicho que la dijese lo que se le viniese a la boca: este es el motivo de haberla tratado con la descortesía que has visto.

El Rei regala segunda vez a Bertoldino con cincuenta escudos

Cuando la Reina oyó semejante tontería echó a reir de tal forma que no habia modo de poder contener la risa: llegó el Rei en este punto i preguntó el motivo, diéronle noticia de todo lo sucedido: renovóse la risa en el Rei, i despues que se aquietó, le hizo regalar (qué fortuna en un villano indiscreto) con cincuenta escudos de oro i se volviese a su casa; pero ántes que se despidiese, la Reina le dió una buena reprension, diciéndole: que en adelante no se desvergonzara mas con sus damas, que mirase mui bien lo que hacia, si no queria, como descortés i desatento, experimentar un riguroso castigo: que se agarrase de la modestia que esa era en la corte la mayor prenda. Bertoldino, callando a todo, correspondió con una gran cortesía al uso de la montaña, prometiendo a la Reina hacer lo que le mandaba i así se partieron a su casería.

Bertoldino, por las palabras que la Reina le dijo, se agarra a los guardapieses de la mujer del hortelano, que se llamaba Modestia

Habiendo llegado a su casería, como Bertoldino llevaba en la memoria lo que la Reina le habia dicho i prometido el ejecutarlo comprendió al revés, segun su rudo entendimiento, i fué que se encontró con la mujer del hortelano, que se llamaba Modestia: él creyó que le habian dicho que aquella era la modestia, i sin decir nada se tiró a ella, sujetándola de los guardapieses de tal suerte que la llevaba tras de sí, dándole muchos tirones, con tal fuerza, como cuando un lobo tira de una pobre oveja: era tal el esfuerzo i la inquietud con que la traia, que casi la tiró las faldas sobre la cabeza: viéndose arrastrar de ese loco (que así es bien que se le trate) empezó a gritar de tal forma que llegándola a oír su marido, acudió prontamente con un buen palo en la mano i viendo que arrastraban a su mujer de aquel modo iba a tirarle el garrote a la cabeza; mas por respetos de lo que el Rei le queria, dejó de hacér en sus costillas lo que merecia; pero agarrándole, aunque con harto trabajo, se la quitó de las manos, i despues le dijo así:

HORTELANO. Bestia, incapaz, ¿quién te ha enseñado a usar con las mujeres una accion tan rústica i tan villana como esta?

BERTOLDINO. La Reina.

HORT. ¡La Reina! ¿Qué mal ha hecho a la Reina mi mujer, para mandarla arrastrar de esta suerte?

BERT. Vé tú a preguntárselo, que ella te lo dirá; despáchate luego i vuelve.

HORT. Ya voi con deseo de averiguar esta infamia.

BERT. Anda, vé i vuelve presto para que yo pueda aprender cortesía, pues tambien me dijo la Reina que la estudiase.

Marcha el hortelano a la ciudad para verificar si la Reina era el motivo de la accion de Bertoldino

Despues de todo lo acaecido, sin detenerse, marchó el hortelano (ciego de cólera i rabia) i se echó a los piés de la Reina, refiriéndole el caso sucedido, i al mismo tiempo la rogaba le dijese si habia sido su voluntad el que Bertoldino cometiese tal infamia, como la que habia ejecutado de llevar arrastrando a su mujer públicamente, levantándola los vestidos sobre la cabeza con otras muchas indecencias dignas de callarse: la Reina le respondió que tal cosa no le habia mandado, ántes bien le habia predicado a fin de que aprendiese el modo i la cortesía de que habia de usar para vivir en la corte, i que tuviese siempre presente la buena correspondencia, para lo cual le seria mui útil el abrazarse con la modestia, pues este seria el camino verdadero para que todo el mundo le tuviese en buen concepto; pero yo ni le he dicho, ni le he mandado, ni me ha pasado por el pensamiento, que se agarre con tu mujer ni se abrace con otra cualquiera de la ciudad.

HORT. ¡Ai, Señora, que mi mujer se llama Modestia!

REIN. ¿Modestia se llama tu mujer?

HORT. Sí, Señora.

REIN. Ya comprendo bien lo que es, lo mismo que sucedió con mi camarera Librada ha hecho con tu mujer, él lo ha interpretado al contrario; pues le dijo el Rei que hablase con libertad, i pensó el majadero tener licencia para desvergonzarse con ella, de tal suerte, que ha sido menester valerse de la fuerza para apartarle de ella.

HORT. Esto ha sido mayor bestialidad i siento que el nombre de mi mujer haya sido la causa de tal desórden en este idiota: bien me hice cargo que una señora de vuestras prendas i de prudencia tan grande no habia de haber mandado una accion tan indecente; i así, si me dais vuestra licencia, me volveré al punto a casa, pues estoi con alguna

inquietud, no sea el diablo que haga algo peor aquel bestia que lo pasado.

REIN. Véte i dí a Marcolfa que venga a verme cuanto ántes que tengo precision de hablar con ella.

HORT. Señora, voi al punto para obedecer tus órdenes.

Marchó el hortelano a la casa i encerró a su mujer en un cuarto temiendo que cometiese alguna otra picardía aquel salvaje: le aplacaron su enojo i se aquietó el alboroto sin haber sucedido daño alguno. El hortelano avisó a Marcolfa para que fuese a ver a la Reina, encargándola fuese cuanto mas ántes pudiese: ella, sin perder tiempo se fué a la corte i se presentó delante de la Reina, haciéndola su cortesía mui humilde i obsequiosa: la Reina la recibió con cariño, i haciéndola sentar junto a sí, con sumo amor i apacible rostro, la dijo:

REIN. Querida Marcolfa, yo tengo precision de tu persona i necesito de tí: en tanto grado que no lo creo haya jamás habido menester de ninguna otra persona de este mundo como te necesito yo ahora.

MARC. El haber de menester nace de la necesidad: la necesidad viene de la pobreza, i la pobreza viene de aquello que se carece; i habiéndome tú menester, vienes a ser mas pobre que yo; pues no teniendo yo necesidad de tí ni de tu riqueza, claramente te he probado que por grande i poderoso que sea uno, siempre ha de menester a otro.

REIN. Es verdad; i con una razon tan concluyente me lo has probado que te aseguro que nunca mas me alabaré que soi tan feliz, que no tenga en este mundo de nadie necesidad; pues como tú dices, ahora que te he menester, vengo a ser mas pobre que tú que no me has menester a mí; pero dejemos por ahora este discurso, i vamos a lo que mas me importa, i es que me ayudes en una cosa mia de bastante importancia.

MARC. Como sea cosa que pertenezca i sea decente a tu persona, aquí me tienes pronta para servirte.

REIN. Si no fuera decente i correspondiente, no te hubiera hecho venir con tanta instancia. Has de saber que

esta noche pasada la tuvimos divertida con una gran música, cantando i bailando, con grande alegría i regocijo, i al último se determinó hacer un juego entre todas las damas i caballeros en que el que perdía pagaba una prenda; i para rescatarla se mandaban varias penitencias: a unos se les hacia representar: a otros se les mandaba que echasen una décima de repente: a otros que dijesen versos horóicos i a otros que escribiesen cartas amorosas; en suma a unos una cosa i a otros otra, segun el parecer de aquel que tenia las prendas: i habiéndome tambien a mí tocado pagar una prenda, he dado una sortija con un diamante i me han dado un enigma para que le explique esta noche, i miéntras que lo acierte, no me volverán mi prenda; el enigma es este: *No tengo agua, i bebo agua; i si yo tuviera agua, beberia vino.* Siendo tan difícil, despues de haberme quebrado la cabeza mucho tiempo, no lo he podido adivinar; i cuanto mas pienso en ello, mucho ménos acierto, i mi diamante corre peligro, si no descifro lo que significa la pregunta. Esta es la precision que tengo de tu persona: sé mui bien que Dios te dió un ingenio agudo i sutil, i me acuerdo que me dijistes en una ocasion lo que queria decir ese misterioso enigma, pero a mí no se me acuerda la explicacion; i así en ese lance es menester que recorras la memoria para que yo pueda acertar i cobrar así mi prenda.

MARC. Si no es mas que esto, por mi cuenta queda el que quedeis con lucimiento; esta es cosa que la saben los partores en mi montaña.

REIN. ¡Cómo es posible? ¡I la tengo yo por una cosa tan dificultosa!

MARC. Yo te la descifraré al instante.

REIN. Me será de sumo gusto.

MARC. El enigma se decifra diciendo: Que es el molinero, el cual se halla en un molino de aquellos que no tienen agua bastante para moler; este, como no muele, no puede ganar para poder comprar vino, i así le es preciso beber agua por necesidad, porque si tuviera agua para moler, entónces tendria dinero para comprar vino, i no le seria pre-

ciso beber agua. Esta es la esplicacion del enigma; ¿estais ya enterada de ella?

REIN. Ya quedo hecha cargo; i verdaderamente conozco que esta es su interpretacion, la que yo nunca hubiera adivinado, i ahora estoi asegurada de que cobraré mi prenda: i así sigamos en hablar de otra materia para divertirme en mi melancolía, pues con tu conversacion me olvido de ella.

MARC. Mala cosa es cuando el rio sale de madre; pero mucho peor cuando están de mal humor el hombre i la mujer poderosa.

REIN. ¿Pues por qué?

MARC. Porque el rio espanta solamente a los campos que están vecinos a él; pero el hombre poderoso que se halla con mal humor espanta todos sus Estados i atemoriza a sus súbditos.

REIN. Es verdad; pero eso seria cuando el humor procediese de algun estraño pensamiento o de alguna vaga imaginacion, o de haber recibido algun ultraje, con deseos de aspirar a la venganza o por deseo de alguna empresa i no poderla lograr; pero mi humor no procede de ninguna de estas cosas, ni tampoco te puedo decir cual sea el motivo de este mal humor que me aflije.

MARC. Quien tiene humor, no tiene sabor.

REIN. No te entiendo.

MARC. Hablaré de manera que me entiendas. El agua ¿por qué se dice que es húmeda?

REIN. Porque es un humor que moja, humedece i ablanda por donde pasa.

MARC. Dices bien; pero cuando se bebe ¿qué sabor deja en la boca?

REIN. Ninguno, porque es insípida.

MARC. Pues ved ahí claramente por que aquel que está de mal humor no tiene sabor alguno, porque no da gusto a aquel que le comunica, i suele causar enfado a todos los que le tratan; aunque es verdad que hai humores diferentes, alegres, melancólicos, pacíficos, gustosos, enfadosos, falsos, lijeros, simples i tontos, como se ve patentemente en mi hi-

jo Bertoldino, el cual por ser tan gran bestia, tiene entre todos los tontos el primer lugar de su simpleza.

REIN. No me admira a mí el que sea tonto, lo que mas me maravilla es que haya salido de unos padres tan agudos un hijo tan falto de juicio.

MARC. Ya sabeis, señora, que cuando las mujeres estamos embarazadas se nos antojan cosas mui estrañas i ha sucedido el antojársele a una el comer sesos de liebre i mollejas de mosquitos, de suerte que unas desean cosas mui fáciles i otras las mas difíciles i estrañas, segun a su imajinacion se les previene; i hai mujeres tan antojadizas, que apetecen cuanto ven: quiero, pues, esplicarte lo que a mí me sucedió cuando me hallaba embarazada de este zángano, se me antojaron los sesos de una ánade; i como el antojo fué nacido de mi aprehension i delirio en la cabeza, éste la ha sacado igual a la del mosquito con unos sesos de ánade, que es uno de los animales mas tontos que Dios crió en este mundo; siendo tan privado de instinto, que por la noche no sabe ni halla su cama o nido en que acostumbra a dormir: este es el motivo i causa de que sea Bertoldino tan necio, siendo tan agudo su padre i yo tan tonta como él.

REIN. Marcolfa, es preciso tener paciencia que otros hai que son peores que él, i yo no veo que haga cosas tan insufribles que no se puedan tolerar, basta por ahora: véte, i dale de merendar que ya discurro será hora para él.

MARC. Voime a mi casa al momento: yo creo que cuando llegue hallaré alguna cosa de nuevo.

REIN. Anda, véte mui enhorabuena i te encargo que me vengas a ver mas a menudo.

ALEGORIA CUARTA

Un jénio rústico i villano trata indistintamente a las libres i viciosas, como a las virtuosas i modestas. La ignorancia va siempre unida de la presuncion i espanto, i muchas veces seguida con la confusion i la vergüenza, por lo cual el hombre de juicio se sirve de otros vicios para dar mas brillo a su sabiduría, i ganar o conquistar mas honor, i ser alabado.

Bertoldino vuela con las grullas

Interin que la Reina estaba hablando con Marcolfa, Bertoldino se habia ido a casa, i entrando en el corral, vió volar una infinidad de grullas, i al punto imaginó que las podria cojer con grande facilidad; pues habia reparado que bajaban al suelo a beber en una artesa, que habia para el uso del ganado; discurrió varios arbitrios, i no halló otro mas fácil, que el de ver como las habia de emborrachar, como de hecho así lo ejecutó: fuése a la bodega i tomó un barril de vino mui especial con que el Rei habia regalado a su madre, i cargando con él, lo echó dentro de la artesa: despues se escondió en un rincon para ver beber las grullas i qué efecto les causaba: apénas lo ejecutó cuando bajaron todas al olor de tan buen vino: cercaron toda la artesa, empezaron a gustar de una tan dulce bebida: tanto bebieron que llegaron de tal suerte a emborracharse, que cayeron todas, unas por un lado i otras por otro; de modo que parecia, al que las veia, que todas se habian quedado muertas: viendo Bertoldino tal espectáculo, fué corriendo con grande alegría, i una por una las fué cojiendo i poniéndolas alrededor del cinto o ceñidor que tenia, llevándolas todas ensartadas por los pescuezos;

determinó salir así a recibir a su madre cuando viniese, creyendo haber ganado un gran trofeo; luego que vió a lo léjos a su madre, saltaba de alegría i gritaba, diciendo: ¡Mira las grullas, mira las grullas! Sucedió la fatalidad, que con su inquietud tan continúa i el haber pasado algun tiempo, habiendo las grullas dijerido el vino, empezaron a sentir la opresion del cinto; i viéndose oprimidas con mortales i terribles angustias, empezaron a sacudir las alas esforzándose para ver si podian escaparse de aquel lazo: de tal suerte apretaron los vuelos, que como eran muchas, no pudo resistir con su fuerza a la de las grullas, i consiguieron levantarle en alto, llevándose hasta una mui distante altura. Venia de la ciudad a su casa Marcolfa, i reparó que Bertoldino andaba levantado en el aire, i no sabiendo el motivo de una cosa tan estraña, toda trémula, confusa i afanada, empezó a gritar, diciendo:

MARC. ¡Ai pobre de mí, qué es lo que veo! ¡Ah! Bertoldino, ¿qué es lo que te ha sucedido? Dímelo. ¿Adónde vas?

BERT. Voi a cenar con las grullas: sosiégate, que yo volveré mui presto.

MARC. ¡Desdichada de mí! ¡Bertoldino, Bertoldino!

BERT. Ya no soi Bertoldino, que soi grulla.

MARC. ¡Ai de mí, que las grullas se llevan a mi hijo! Dios sabe si lo volveré a ver más; ven, muerte, i acaba conmigo que no quiero estar mas en este mundo; ven i con esto me quitarás tantos disgustos como paso.

ALEGORIA QUINTA

Todo aquel que desea ensalzarse con plumas i con el sudor de otros, ordinariamente fabrica su precipicio, i da compasion a los hombres capaces i juiciosos, que de antemano ya lo tienen previsto; i a otros les causa gusto su propios males que le acaecen; i por no privarse de esta loca delicia, se encierran i fian de los medios de la razon esperando que se les serán suministrados para librarse de todo riesgo.

Vuelven las grullas el vuelo hácia el sitio donde habian bebido: rómpese el cinto a Bertoldino, i cae en el estanque

Miéntras que Marcolfa se quejaba de su desdicha, las grullas habian levantado ya a Bertoldino a una altura mui bastante; volvieron el vuelo hácia el sitio donde habian bebido, i casualmente sucedió la desgracia de que, atravesando por encima de un estanque de agua en donde habia bastante pesca, se rompió el cinto con que ellas estaban sujetas, i el pobre, a imitacion del infeliz Icaro, cayó de cabeza, con las piernas hácia arriba, dando con todo su cuerpo un terrible golpe dentro del agua; de tal suerte, que con el estruendo toda la pesca se salió a la orilla; pero como la fortuna está guardada solo para los tontos, despues de haberse zabullido muchas veces en el agua, salió fuera sin lesion alguna; llegó Marcolfa en este tiempo, i viéndole hecho una sopa de agua, le preguntó lo sucedido, diciendo:

MARCOLFA. Pobrecito mio, dime, ¿cómo te llevaban por el aire las grullas?

BERTOLDINO. Las emborraché con aquel barril de vino que nos envió el Rei de regalo.

MARC. ¡Ai desdichada de mí! ¿Qué has hecho majadero, infame, tonto?

BERT. No hice mas que vaciarlo dentro de la artesa del ganado, bajaron las grullas al olorcillo i se lo bebieron todo: despues que estaban embriagadas cayeron en el suelo como muertas: yo que las ví así, las fuí cojiendo i metiendo sus cabezas entre mi cinto; de este modo iba a salir a recibirte; pero cuando yo llegaba cerca de la puerta, empezaron a volver de su letargo, dando con tal fuerza continuas aletadas, que pudieron mas que yo, me levantaron en el aire lo que viste: mi desgracia quiso que se rompiese el cinto, que si no yo volaba como ellas i queria que me llevaran a la casa de la luna, i desde allí al pais de Gucicolonia, que es una tierra en donde son hembras todas las mujeres.

MARC. No, que serán machos. Bruto, ¡qué pan tan mal empleado el que comes! Vamos a casa, te quitarás ese vestido i te pondrás otro enjuto. Que bien dice aquel proverbio: *¡A los locos no se les da nada aunque se hundan todas las estrellas del cielo!* Mírese por esperiencia en éste: el peligro tan grande en que se ha hallado, i él lo toma por medio de juguete; yo no sé lo que me haga con este grande jumento, pues cada dia hace mas horribles disparates. Ea, marcha a casa.

BERT. No quiero ir, que aquí me secaré al sol: anda tú i tráeme aquí un cesto que quiero llenarlo de aquellos peces que han salido fuera del agua cuando yo me caí dentro, pues quiero hacer un regalo al Rei, que yo creo que lo apreciará, i mas cuando yo le cuente la estratajema de que me he valido para cojerlos, yo sé que ha de reir bien con esta moda de pescar.

MARC. Es cierto que reirá: simplon, ¿no conoces que has perdido el juicio i que no tienes mas sesos que los que tiene una mosca?

BERT. Así lo tuvieras tú i cuantos hai en el mundo, pues

yo aseguro sucederian mejor todas las cosas; i así díme, ¿cuando tú me hiciste estaba yo presente?

MARC. Quitáteme de delante que ya no puedo sufrir tan amontonadas simplezas i tan grandes ignorancias: i otra vez te vuelvo a decir que vayas a casa al punto.

BERT. Ya te he dicho que quiero cojer los peces i que me traigas una cesta; i si no me los pondré por dentro de los calzones, i se los llevaré así al Rei: ¿lo has entendido ya?

MARC. ¡Ai infeliz de mí! Pues ello no tiene mas; que este bruto, conforme lo dice lo hará: espera que te traeré la cesta i el vestido, que quiero darte ese gusto.

ALEGORIA SESTA

Es propiedad de tontos lisonjearse, i de querer desechar de sí mismo una pasión, que combate con otra mayor, i ésta tal vez suele acontecer, que es mas perjudicial que la primera. La razon i el conocimiento no deja de hacernos presente el verdadero remedio; pero si este llega tarde, no sirve al enfermo i ofende al médico.

Tiene Bertoldino una batalla grande i cruel con las moscas

Miéntras que Marcolfa fué a buscar la cesta i el vestido, Bertoldino se puso en cueros, i puso a secar su vestido al sol; i como era en lo mas ardiente del mes de julio i la hora de mediodía, se le empezaron a pegar las moscas de tal suerte, que le acribillaron sin poderse librar de su furor; una le picaba en una espalda; otra en un brazo; otras en el pescuezo; i en suma, unas de un lado i otras de otro, le dieron tal asalto por todo el cuerpo, que llegó a enfadarse tan de veras, que cojiendo un manojo de mimbres i otro de cambroneras, compuso dos manojos, a modo de escobas, i las empezó a desafiar a una mui sangrienta batalla; pero como ellas se pegaban al cuerpo de Bertoldino, daba encima, i ellas saltaban de un lado a otro, i él aseguraba con furia en cuantas partes se le pegaban; tanto se sacudió con las cambroneras i mimbres que se llenó de llagas; mas viendo que no se podia librar de una plaga tan grande, empezó a llamar a su madre para que le viniera a defender, diciendo a las moscas: Esperad, que ahora vendrá mi madre i os dará el pago que merecis: madre corre, que las moscas me quieren comer; a estas

voces salió de casa Marcolfa, creyendo que le hubiese sucedido alguna desgracia; i viendo, que con tan blandos algodones se desollaba vivo, se los quitó de las manos, cubriéndole sus sangrientas carnes; púsole en la cama, porque no podia ya estar en pié, ya por la caída en el estanque, ya por lo desangrado que estaba, i ya por haber estado tanto tiempo sufriendo el rigor del sol; de suerte que estaba tan fatigado, i tenia tan dolorido i sangriento todo el cuerpo, que era un lastimoso espectáculo. Fué Marcolfa al punto a buscar a un médico, i de camino pasó a ver a la Reina; entró en su cuarto, saludándola como acostumbraba; pero la Reina, haciéndola novedad que viniese a verla a hora tan intempestiva, la dijo:

REINA. ¿Qué buena suerte te trae, Marcolfa, a estas horas, i con este calor?

MARCOLFA. No es mui buena suerte, sino mala la que aquí me trae ahora.

REIN. ¿Pues qué te ha sucedido? ¿Se ha muerto acaso Bertoldino, que parece que vienes mui angustiada?

MARC. Señora de mi vida, para mí seria grande suerte el que se me hubiera muerto.

REIN. ¿Por qué? ¿qué te ha hecho?

Marcolfa cuenta a la Reina todo lo que habia sucedido a Bertoldino, i despues de haber reido con grande esceso, la dice

REINA. Digo que tienes mucha razon, yo siento infinito tus desazones, pero dime ¿dónde le has dejado cuando saliste de casa?

MARCOLFA. Lo he dejado en la cama todo molido i hecho pedazos: pues con la fuerza que ha hecho por defenderse de las moscas, se ha dado un golpe (entre los muchos) mui fuerte.

REIN. Es menester que vaya el médico para que recete lo necesario, pues estando en el estado que dices, será preciso, o que le haga unas ventosas sajasadas, o sangrarle u otro

remedio perteneciente a su mal; vayan a buscar al médico, i que sin dilacion venga a visitar a Bertoldino, i le ponga luego en cura, pues importa mucho el restablecimiento de su salud. I tú, Marcolfa, véte ántes, para que cuando el médico llegue, estés pronta para ver lo que ordenare. Consuélate, que yo espero no sea cosa de cuidado; todo lo que se te ofreciere se aprontará al momento; con que así no te acongojes, que los golpes de los muchachos hacen poca impresion en ellos; cuando el Rei lo sepa, ha de tener un buen rato de gusto, aunque segun le quiere, ha de sentir verlo malo.

MARC. Ya sé, señora, que los locos dan gusto i divierten a los estraños; pero no sirven de diversion a los que son de su casa. Yo me voi; pero mucho dificulto que quiera permitir que el médico se le acerque, porque es tan fatal de cabeza, que creerá que le va a matar; mas con todo eso quisiera que no dejase de ir, que una vez que yo le registre, a mí me dirá despues lo que se ha de ejecutar, i yo por mí lo haré. pues de ese modo nada se recelará: i así, señora, quedad con Dios.

REIN. Anda en paz.

Va el médico a ver a Bertoldino, i entre los dos hai grandes coloquios

Despues que Marcolfa se fué i llegó a su casa, entró en el cuarto de Bertoldino, el cual estaba durmiendo, i abriendo el balcon, se fué hácia la cama, llamóle diversas veces; pero como estaba en la mayor fuerza de su dormir, no respondia: en este tiempo llegó el médico, i acercándose a la cama, le descubrió un poquito para ver como estaba de sus heridas, i hallándole bastante maltratado, i en especialidad de la caida, dijo a Marcolfa:

MÉDICO. Mira si le puedes despertar para registrarle bien, i despues te diré lo que has de hacer.

MARCOLFA. Despierta. Bertoldino, Bertoldino, ¿no oyes?

BERTOLDINO. No puedo despertar.

MARC. ¿Por qué no puedes?

BERT. ¿Pues no sabes que estoi durmiendo?

MARC. Vaya, despierta; mira que si no, te tiraré de la cama al suelo.

BERT. Anda a hilar i no me enfades; por cierto que me vienes ahora con buena fresca: estoi durmiendo a mas dormir, ¿i quiéres que despierte?

MÉD. ¡Ai, válgame Dios! Esto es bueno, está hablando, ¡i dice que está durmiendo! no he oido mayor tontada en mi vida.

BERT. ¿Quién es ese hombre bárbaro que está contigo? ¿Es algun capador? pero no importa, que a tí no te capará. Señor figura, quítate delante de mí, porque... Agradece el que estoi durmiendo, si no me habia de levantar i te habia de dar tantos palos, como puede llevar un borrico de yesero.

MÉD. Solo esto me faltaba; vaya, duerme, duerme, que es cierto que para mí es fortuna el que tú no estés despierto. Marcolfa, ya he conocido la enfermedad: yo te enviaré cinco píldoras capitales con las que se le descargará la cabeza: quisiera que le echaras una lavativa, pero veo que será dificultoso el poderlo conseguir; i así para mas facilidad le pondrás una cala, i por tres mañanas consecutivas le darás un poco de cañafistula en pedacitos, que con esto espero que en pocos dias se pondrá bueno, i no hai cuidado que todo esto no será nada; i adios, hasta otra vez.

MARC. El te acompañe, i agradezco tus favores i perdona mi desatencion, en no haber mandado que te saquen de beber porque las grullas se bebieron todo el vino.

MÉD. Mucho estimo tu atencion; pero yo de nada necesito. Adios i déjale dormir lo que quisiere.

Despidióse el médico riendo de la gran simpleza de tan grande majadero, que aun se quedaba gruñendo i decia que dormia: llegó a palacio, refirió a la Reina el suceso, la cual echó a reir con tan buenas ganas, que por mucho tiempo no le fué posible dejarlo; sucediendo lo mismo con el Rei; quien mandó que al punto llevasen los medicamentos i se

los entregasen a Marcolfa, la que luego que los recibió se fué con ellos a la cama de Bertoldino, diciendo:

MARC. ¿Duermes todavía, simplon?

BERT. Sí duermo; ¿que me quieres?

MARC. Te quiero dar un medicamento que te ha recetado el médico, i con él ha dicho que luego te pondrás bueno.

BERT. Yo duermo, yo duermo. Tómale tú por mí.

MARC. Vámos, siéntate, tomarás un poco de casia i despues te untaré las espaldas con el unguento de altea, i verás como con esto te quedas al punto bueno.

BERT. ¿Qué has dicho? ¿Que yo me coma una casa? Que se la coma por mí el médico si tiene hambre.

MARC. No digo una casa, tonton, sino casia; tómatela en bocaditos; i si no te gustase así, te la daré en la caña o desleida en el vino, o de otro cualquier modo que te pueda hacer provecho.

BERT. Cómo quiere ese bárbaro, ¿que yo pueda tragar una casa i cañas enteras? Mejor hubiera sido el que hubiera recetado que me hicieran unas puches. Sin duda que el tal médico es grandísimo ignorante.

MARC. Yo te haré las puches despues de tomar las medicinas, i si no quieres la casia tomarás estas cuatro píldoras i despues te pondré esta cala, que esto solo te descargará la cabeza.

BERT. Bien está, haré lo que tú quisieres con el con que me hagas las puches.

MARC. Doite palabra de que yo te las haré, toma las píldoras ahora i trágalas presto para que vayan abajo, que esta cala te la pondré yo despues.

BERT. No, no; dámelo todo a mí que ya estoi hecho cargo de lo que me dices, i lo ejecutaré como mandas.

MARC. Vaya, pues, tómalo todo, i esfuérzate a echarlas presto abajo. Ea, hijo, buen ánimo, ten esfuerzo.

Bertoldino se traga la cala i las píldoras se las aplica en el orificio, i Marcolfa le dice

MARCOLFA. ¿Qué haces bestia? Espera, que eso no va bien de ese modo: ¡desdichada de mí! Lo que ha de tomar por arriba se lo aplica por abajo; todo lo hace al contrario.

BERTOLDINO. Déjame que bien lo entiendo: ¿piensas tú que yo soi algun lerdo? Tú eres la que no has entendido al médico. ¿Quieres que yo me ponga por abajo este tarugo, estando bañado en miel? Eso seria bueno para un tonto: esto se ha de tomar por lo boca i estas balas por abajo, no creas que sea yo tan falto de conocimiento.

Marcolfa, por mas gritos que le dió, ya no lo pudo remediar porque la cala se la habia tragado, i las píldoras hacia todos sus esfuerzos para encajárseles por la parte porterior. Bien le pesó al desdichado la tomadura de la cala; pues como estaba tan enmelada, se le atarugó en la garganta, de tal suerte, que no habia modo de pasarla, i llegó casi a términos de ahogarse, causando a un tiempo lástima i risa en ver los visajes i jestos que hacia. Viendo Marcolfa este lastimoso suceso, envió luego al punto a llamar al médico, el que vino prontamente con la orden de la Reina: vióle, i hallándole con temblores convulsivos, le dió un vómito, con lo cual le hizo arrojar de la garganta el impedimento, que tenia en ella. El pobre médico no se pudo apartar con tiempo, i con la fuerza le tiró todo el vómito en los ojos; tuvo bastante trabajo para limpiarse: marchó a su casa, furioso i colérico, maldiciendo i renegando de los locos i de quien le habia enviado a visitar un tan gran bruto.

Marcolfa pregunta a Bertoldino ¿cómo se halla? i la respuesta que le da es decir que quiere puches

MARCOLFA. I bien, Bertoldino, ¿cómo estás?

BERTOLDINO. Bueno, i estaré mejor despues que me hayan traído las puches que me ofreciste.

MARC. Es cierto que por tu habilidad las mereces, pues has dejado casi ciego al pobre médico con la cala que le arrojaste, con tal fuerza, como si hubiera sido una bala.

BERT. Para él ha sido el daño i es razon que quien tiene la culpa pague la pena, pues yo no le he llamado.

MARC. Ya sé que tú no le llamaste; pero tampoco podias, porque tenias con la cala impedida la garganta para hablar.

BERT. Mejor estaba yo cuando tenia aquel bocado en la garganta, pues con él no me habia de morir de hambre, como ahora me sucede, i si quieres darme vida hazme luego una grande artesa de puches porque me siento tan debilitado que no puedo hablar de hambre.

MARC. Voi a hacerlas al momento, ya que mi desgracia así lo quiere.

BERT. Despáchate presto para sacarme de afliccion i desmayo.

Marcolfa hizo una buena porcion de puches, las que se comió Bertoldino, i con el peso de ellas, se fué debajo de un olmo para alijerarse i allí se quedó dormido. Noticioso el Rei, le envió a buscar en un coche; al verle, le dijo así

REI. ¿Cómo estás, Bertoldino?

BERTOLDINO. Yo estoi de pié derecho.

REI. Ya lo veo; pero quiero decir, ¿cómo te sientes?

BERT. Yo siento tocar las campanas.

REI. Lo que te digo es, ¿si te sientes malo o bueno?

BERT. Pues si ya he dicho que siento tocar las campanas, ¿no siento bien?

REI. ¿Te parece que son adecuadas esas respuestas? Ea, pues no quiere responder, conducirle al cuarto de la Reina, porque quiero que le vea.

BERT. Traédmela aquí donde estoi.

No queria ir, pero le llevaron para que la Reina le viese; i luego que estuvo en su presencia, con grande risa, le dijo:

REINA. ¡Oh! aquí tenemos a Bertoldino. ¿I qué se hace Marcolfa?

BERT. Las que se hacen son vacas que están preñadas, i no yo, señora Reina.

REIN. Dime, ¿te sientes mas aliviado de tus indisposiciones, pues he tenido noticia que has estado enfermo?

BERT. Hasta ahora yo no he salido de casa, con que mira tú como puedo haber estado en el infierno, ni tampoco tengo noticia en donde está, lo que te estimaré es, que me digas ¿si es algun palomar o pajar este infierno?

REIN. Sí, sí, palomar es: dime, ¿qué se ha hecho tu madre?

BERT. Cuando yo la dejé en casa quedaba dando de beber a los hijos de nuestra clueca que ha parido hasta unos treinta hijitos.

REIN. ¿Pues tu clueca pare hijos?

BERT. ¡I cómo que los pare! I ¿por qué no haces tú lo mismo? ¿Te falta por ventura algun buen gallo?

REIN. ¿Soi yo gallina para que necesite de gallo?

BERT. Mi madre dice, que si nuestras gallinas no tuvieran un buen gallo, que nunca tendrían hijos. Pues dime, ¿las gallinas no son hembras como tú? Pues, si deseas tener hijos yo te buscaré un buen gallo, i si no te prestaremos el nuestro: mira si lo quieres te lo traeré al instante.

REIN. Yo no he menester gallo alguno i te doi las gracias por el cuidado. Hola, criados, venga uno i lleve a merendar este cuitado.

BERT. Te suplico ántes de merendar que me hagas el gusto de mandar que me lleven a hacer mis necesidades, que es lo que mas me importa i necesito al presente.

REIN. Tienes sobrada razon. Filandro, ven presto.

FILANDRO. Señora, aquí estoi, ¿qué me mandais?

REIN. Lleva este pobrecillo donde él te diga i sea cuanto ántes, no le suceda algun trabajo.

FIL. ¿Dónde quieres que te lleve?

BERT. A hacer aguas mayores.

FIL. Yo creo que este descomulgado ha de soltar la car-

ga ántes que llegue al lugar comun. Ea, vamos, ven conmigo. ¡Qué brava caña de pescar me han entregado! Yo no sé qué gustos tan raros tienen estos Príncipes en permitir junto a sí esta casta de bufones, i mas éste que es un bruto: ello lo que vemos es, que hoy día mas se aprecian i protejen i patrocinan semejantes jentes que un hombre erudito, cansado de quemarse las cejas en los estudios: estos no se premian, i a este bruto todos los días le hacen vestidos ricos i regalos esquisitos sin ninguna economía; sucediendo todo al contrario con los hombres hábiles, como sucede en palacio con muchos criados antiguos i envejecidos en el servicio, sin haber recibido jamás la mas pequeña gratificación en atención a sus dilatados méritos; manteniéndose solo estos pobres con el humo, la sombra i vana esperanza, en la que acaban sin mas ascenso que su miseria; cada uno corre con ánsia i afana por la corte i en ella se hallan cortas recompensas i muy dilatados los deseos; i si éstos no vinieran con esperanza, mas presto corrieran a buscar su muerte, que pasar acelerados a la corte: entre los muchos, yo soy uno de éstos; pues habiendo servido en ella tantos años con la mayor fidelidad i celo correspondiente, no he recibido jamás de su mano el mas mínimo reconocimiento; i ahora para mi mayor desgracia, me veo reducido a llevar a descomer a este bruto: buen pago, por cierto, despues de tantos servicios, ¡hallarme reducido a un ejercicio tan bajo i tan indecoroso! ¡Oh, pobre Filandro! Vamos, descomulgado.

BERT. ¿Dónde me quieres llevar?

FIL. Te llevo al cántaro, para que hagas tu menester.

BERT. Yo no quiero cantar ahora; i así llévame al campo, i despues déjame a mí.

FIL. Vamos, que yo te llevaré donde tú gustes; ya que mi fortuna así lo quiere, tendré paciencia. Por esta vez me han pillado; pero para otra muy dificultoso será.

Condújolo Filandro a lo último del jardín, donde hizo su precisión; i luego le llevó a la despensa: le dió pan i un pedazo de salchichon, con un buen trago de vino; despues

que merendó, le llevó adonde estaba la Reina, quien le preguntó:

REIN. ¿Has merendado bien?

BERT. Sí, señora.

REIN. ¿I qué te han dado de bueno?

En cinco veces no pudo acertar Bertoldino a decir que habia comido salchichon

BERTOLDINO. Pan i lasamo.

REINA. ¿Qué?

BERT. ¿No he dicho que samalo?

REIN. No te entiendo.

BERT. Quiero decir malaso.

REIN. Peor, que peor.

BERT. Ahora sí que lo diré: te digo que he comido lamaso; ya discurro me habrás entendido, pues bien claro me he explicado; vuelvo a decir, que se llama masallo: esta vez me habrás entendido mejor.

REIN. ¿Qué desatinos estás diciendo? ¿Qué infiernos de nombres son estos que tú dices del lasamo, samalo, malaso, lamaso i masallo. No entiendo lo que tú quieres decir: dime tú Filandro, ¿qué es lo que le has dado a merendar? porque este majadero no lo ha de acertar a decir.

FIL. Señora, quiere decir salchichon; vea V. M. qué buena cabeza tiene, pues de cinco veces no lo ha acertado a nombrar: como si esto fuera un punto de dificultosa gramática.

El lector podrá presumir lo que la Reina reiria con semejante paso. Llegó el Rei a la sazón, i le contaron el ya referido lance; de manera que volvió de nuevo la risa: i como se divulgó en todo palacio, jeneralmente reian todos, duró la fiesta todo aquel día i mucho despues: a todos se les habian quedado tan impresas en la memoria las cinco palabras de lamaso, samalo, malaso, lasamo i masallo, que cuando llegaba la ocasión de poner en cualquier mesa algun salchichon, ninguno acertaba a llamarle por su nombre

propio, sino con los nombres extravagantes ya dichos: mandó finalmente la Reina que llevasen a Bertoldino a su casa; pero que pusieran un coche, porque es de su gusto fuera con esta decencia, i así que llegó, le preguntó Marcolfa:

MARC. ¿Qué has visto de tu gusto en la ciudad?

BERT. La olla que hai en la cocina del Rei.

MARC. ¿Qué particularidad tiene la olla de la cocina del Rei?

BERT. Que caben en ella mas de mil tazas de sopas, porque es mui alta i tiene una gran barriga.

MARC. Reniego de tí, siempre estás pensando en comer.

BERT. Quien no piensa en comer, no piensa en vivir, i si yo no comiera, me moriria.

MARC. Es mucha verdad, pero ahora quiero que me digas ¿qué es lo que has aprendido de bueno en la corte?

BERT. El andar subiendo i bajando escaleras por mi gusto.

MARC. Es cierto que eres gran sujeto, i das muestras de tus grandes talentazos.

BERT. Pregunto: ¿I los ganzos son ánades?

MARC. Bueno va. Sí; sí. Por que me dejes.

BERT. Una cosa te queria preguntar, i se me ha olvidado.

MARC. Tal seria ella.

BERT. Ya, ya me acuerdo. Díme ¿cuándo tú me enjendraste estabas presente?

MARC. ¡Ai pobre de mí! Ya te he dicho que no me rompas mas la cabeza con tus grandes desatinos; pues con tus ton-tadas me das tanto enfado, que ya te tengo aborrecimiento.

BERT. No te enfades. Escúchame, i te contaré una gracia que yo he observado. Estando en el cuarto de la Reina, he visto que no tiene mas que dos piernas, cosa que me ha maravillado, porque nuestra vaca tiene cuatro; ¿qué te parece? Responde.

MARC. ¿Qué quieres que responda? Digo que cuando te hice, hubiera sido mejor el haber hecho una torta.

BERT. Mejor hubiera sido; pues con eso a mí me hubieras dado un pedazo.

ALEGORIA SÉTIMA

En esta novela van metafóricamente comprendidos los verdaderos remedios para vivir sano; abstenerse todo lo mas posible de medicamentos i dejar obrar la naturaleza por sí sola; divertirse honestamente, con moderacion, no matarse por saber mas de lo que alcanza i puede llevar nuestro entendimiento; desechar i alejarse de todo vicio i no dar lugar que reine ninguna pasion particular en nuestro corazon, porque éstas son tambien debilidades que crian malas consecuencias.

Marcolfa se va a la ciudad; le queda encargado a Bertoldino el cuidado de los pollos, i los deja llevar a un gavilan

En esta conversacion llegó la hora de irse a acostar. Por la mañana temprano se levantaron, i Marcolfa dijo que tenia que pasar a la ciudad a comprar ciertas cosas precisas para la casa. Encargó a Bertoldino el cuidado de ella, i sobre todo con los pollitos que quedaban sueltos en el corral, que celase no se los llevara el gavilan. Fuése Marcolfa, i como si le hubiera dicho que se los entregara al gavilan, así lo hizo, pues tomó todos los pollos i los fué atando uno por uno por un pié, haciendo una sarta de todos juntos, i uno de ellos, que era todo blanco le ató en una punta para que fuese el primero; i de este modo los subió al tejado i luego los dejó allí i se bajó a un sobradillo, desde donde estaba observando lo que habia de suceder: i lo logró en breve tiempo, pues un gavilan que de continuo revoloteaba alrededor de la casa, como los vió en el tejado, bajó poco a poco i se tiró sobre ellos; i como el blanco era el primero de todos, empezó a

picarle, levantándole en el aire con todos los demas que estaban asidos a él. Entónces empezó a reir Bertoldino, i con grande bulla decia: *al blanco, al blanco, tira bien el blanco i llevarás los demas*. Así sucedió, pues los llevó sin dejar ni uno. Cuando volvió Marcolfa de la ciudad, la salió a recibir Bertoldino, dando muchas carcajadas de risa, i su madre le preguntó:

MARCOLFA. ¿Qué tienes que tanto te ries? ¿Hai alguna cosa de nuevo?

BERT. ¡Ai! madre mia, que he tenido un gusto mui grande; i te aseguro que cuando sepas el motivo, tú tambien has de reir sin consuelo.

MARC. Yo discorro que será una de las tuyas ¿dime el gusto i gozo tan grande que has tenido?

BERT. Te suplico que te empieces a reir. ¡Ai! ¿I qué gusto? No se puede dar mas grande.

MARC. Salvaje, ¿por qué quieres que me ria, si no me dices el motivo?

BERT. ¿No me encargaste los pollos?

MARC. Sí: prosigue.

BERT. Pues le he pegado un gran chasco al gavilan.

MARC. ¡El cielo me ampare! ¿I qué chasco es? Dílo presto.

BERT. Los he atado todos juntos en una sarta i ha venido el gavilan i todos se los llevó de una vez; pero no te puedo ponderar el trabajo que le ha costado el llevarlos, pues aunque yo le gritaba que agarrase primero al blanco, pues con eso mas fácilmente llevaria los demas, no me entendia; pero al último se esforzó i ejecutó lo mismo que yo le decia. Si lo hubieras visto, te habias de haber tendido de risa, de ver que aquel pajaron tan grande apénas podia llevar una manada de pollos: dime, ¿no le he pegado buen petardo a aquel pajaron?

MARC. Tú eres el pajaron, bestia indómita: no sé como me detengo, pues me están dando impulsos de agarrarte por el pescuezo i ahogarte entre mis uñas. ¡Ah, Rei Albuino! Ya no te tengo en elevado i grande concepto, viendo que te pagas, entretienes i complaces con los desatinos de este loco

que no tiene ni aun visos de racional: es cierto que cada uno en este mundo tiene su ramito de locura; pero con tanto exceso ya es insufrible, ni hai para tanta paciencia: pero ¿qué remedio tiene, ni cómo ha de dejar de cometer insolencias, si cuando sepa el Rei el desatino que ha hecho, en lugar de reprenderle i hacerle castigar, lo celebrará por gran gracia, i despues le hará algun regalo en premio? ¡Ai pobres filósofos! Aprended con este ejemplo, aplicaos, sudad, trabajad, perdiendo la vista en los estudios, que por mas que hagais, pobres vivireis i pobres morireis; pues en esta corte mas protejido está i mejor premiado un loco ignorante i simple que cien hombres eruditos aunque estén llenos de méritos: paciencia, que este pago acostumbra dar el mundo. I dime bruto, ¿la gallina dónde está?

BERT. La tengo encerrada en el gallinero con el fin de que no impidiera al gavilan el poder llevar los hijos: ¿entiendes tú que yo soi tonto?

MARC. Paciencia: a lo hecho buen pecho. Entra en casa, que ya estoi satisfecha de que eres un mozo mui discreto. Pero dime, si esto llega a los oidos del Rei, ¿qué te parece que dirá? No podrá ménos de darle sumo enfado, teniéndote por un nécio, ignorante i mentecato.

BERT. ¿I quién quieres tú que se lo diga al Rei?

MARC. Te parece a tí ¿que no hai orejas por aquí al redor que todo lo están oyendo?

BERT. Pues yo no veo otras que las del burro del hortelano; i ciertamente me parece que está aquí cerca para observar i oir lo que pasa: reparadle bien, verás como las tiene tiesas; pues yo te aseguro que ahora tomaré yo la providencia debida.

ALEGORIA OCTAVA

El oír unos negocios de otros, es cosa mui descortés i mal criado i merece castigo, i no obstante los príncipes i grandes remuneran, mantienen i engordan bestias de tan mala raza. Quien se pone a ejercer un oficio que no sabe, se espone a un daño i riesgo vergonzoso.

Bertoldino corta las orejas al borrico del hortelano

MARCOLFA. Espera, ¿qué vas a hacer?

BERT. Voi a cortar las orejas a este pollino, que está escuchando todo cuanto hablamos los dos, i ha de pagar la curiosidad porque aprenda a ser cortés.

MARC. ¡Ai infeliz de mí! Ya cortó las orejas al borrico del hortelano ¿Qué dirá ahora? Esta es la ocasion en que si él va delante del Rei a querellarse de nosotros, nos ha de enviar enhoramala, i tendrá mui justa razon. Ah, traidor.

BERT. El pícaro traidor es el borrico, que se emplea en ir a contar lo que pasa entre nosotros; pero yo le aseguro que ya no oírás mas en su vida.

MARC. Ea, ya viene aquí el hortelano, ya que su borrico no oye, tú oírás lo que no quisieras i le sobrá la razon para obligarte a que se lo pagues, pues sin orejas no se querará mas servir de él.

HORT. ¿Quién ha cortado las orejas a mi borrico?

BERT. Yo he sido.

HORT. ¿Por qué motivo?

BERT. Porque estaba escuchando lo que hablábamos.

HORT. Aquí no necesitamos de bufones, págame al punto

mi borrico, i si no me voi a dar querella de tí al Rei para que me haga justicia.

MARC. Escucha, aguarda, no vayas a dar querella, que te satisfaré el valor de tu borrico, i déjalo a mí que yo lo pondré todo.

HORT. No, no. Quiero que el Rei lo sepa; pues tambien el otro dia sucedió lo que sabes con mi mujer: no quiero dar lugar a que algun dia se le antoje hacer otra locura mayor, que me pese mucho mas si tanto se tolera; i así voime corriendo a la ciudad a quejarme ante el Rei.

El hortelano da querella al Rei contra Bertoldino, al cual luego envió a llamar: viene con las orejas del burro en el pecho, i el Rei le dice

REI. Ven hácia acá, Bertoldino.

BERTOLDINO. Aquí estoi, señor maestrísimo.

REI. Ponte aquí mas adelante, hortelano.

HORTELANO. Serenísimo señor i Rei mio, aquí estoi.

REI. ¿Cuál es la queja que traes?

HORT. Señor, que este majadero me ha estropeado mi borrico i vengo a pedir os justicia.

REI. ¿Es verdad eso, Bertoldino?

BERT. Es verdad, porque el asno, señor...

REI. Tú eres el asno, prosigue.

BERT. Estaba con las orejas tiesas para escuchar lo que hablábamos mi madre i yo, i porque no oyera jamás negocios de otros le he cortado las orejas; i para que te enteres de la verdad, míralas aquí, que las he traído conmigo; tómalas i llama quien se las ponga de nuevo, que mi madre pagará despues lo que costase el ponérselas.

A estas razones se puso el Rei a reir de modo que apenas podia respirar, i despues que se sosegó dijo

REI. Hortelano, ya sabes que Bertoldino es hombre honrado i de bien, i si te ha estropeado el borrico no quiere

quedar deudor tuyo; toma tu alhaja que son las orejas del asno, i mando además, para escarmiento i castigo de tal delito, que Bertoldino monte en el borrico desorejado, acompañándole tú hasta su casa. Dime, hortelano, ¿te gusta esta sentencia dada contra Bertoldino?

HORTELANO. Señor, ese es un castigo que mas es detrimento mio que suyo; lo que pido es, que se me satisfaga lo que me costó el borrico i despues monte quien quisiere en él, que yo solo deseo lo justo, pero no será razon que pierda lo que me ha costado.

REI. Dices bien. ¿Cuánto quieres por tu asno?

HORT. Yo, señor, no quiero ganar ni perder nada; lo que aseguro con toda verdad es que el año pasado me costó ocho ducados.

REI. Mui bien está, se te pagarán al punto. Herminio, ven acá.

HERMINIO. Señor, aquí estoy.

REI. Paga luego a este hombre ocho ducados; i tú Bertoldino toma el borrico, que quiero regalarte con él para que te vayas a casa. Ea, pues, marchad juntos i correspondeos como a buenos vecinos i amigos.

HORT. Así lo haremos, señor. Vamos Bertoldino, monta, volvamos a casa. Arre, chó, ¿qué diablos haces que te vas cayendo de la otra parte?

BERT. Es que me pesa mas la cabeza que el tafanario i por esto me caigo del otro lado; ten bien, só, chó, trú, toma, arre allá hombre de los diablos, déjame a mí la brida, arre, va, camina; adios, señor.

El borrico tira al suelo a Bertoldino i de la caída tan grande que dió se rompió una costilla. Marcolfa se va a la ciudad a ver Rei i Reina, cuéntales una novela i logra el real permiso para volverse a vivir de asiento a su casa o choza de su montaña.

Luego que llegó Marcolfa a la ciudad, fué a visitar a los Reyes i los halló ámbos juntos, que aun estaban riendo de

la simplicidad de Bertoldino: el Rei, luego que la vió, la dijo:

REI. Querida Marcolfa, ¿qué buena ventura es la que te trae por acá?

MARCOLFA. No tengo ventura buena, pues ninguna me es propicia.

REI. ¿Por qué? ¿Te ha sucedido algun trabajo?

MARC. ¿Qué ha de ser? A Bertoldino le ha dejado caer el borrico i se ha quebrado una costilla; vengo a buscar una bizina para curarle; i miéntras que me despachan tendré tiempo para contaros una novela, que viene mui adecuada al suceso; si me dais permiso i gustais de escucharla, os la contaré brevemente.

REI. Sea mui enhorabuena; empieza, que para nosotros será de mucho placer el oirla, pues todas tus conversaciones nos son mui gustosas i apreciables.

MARC. En aquel tiempo en que los hormigones iban a casa de chinches preñadas, hallándose en la ciudad de Berlinches una mosca viuda, a causa de haber muerto a su marido pocos dias habia una homicida lombriz con una vara larga de torear, que habia quitado a un moscon de campo que marchaba a la conquista de la miel de la Alcarria, año mui señalado porque se vieron muchos alcarreños en aquella tierra: sucedió, que pasando en derechura a la casa de la viuda mosca una araña macho, de corpulencia mui grande, vió asomada a la ventana la mosca, que, como era domingo, se habia compuesto i lavado i tenia la cabeza puesta, como se suele decir, de veinticinco alfileres; tan bonita le pareció al arañó, que enamorado de su hermosura la hizo una guiñadita a la ventana donde estaba i como le habia tocado en el corazon la flecha de Cupido, empezó a pasear la calle arriba i abajo haciendo de petimetre, i alzándose en puntillas, se paseaba con mucha lijereza por la calle: la desdeñosa viudilla conoció la intencion de su enamorado i haciéndose desentendida, se retiraba hácia dentro, escondiéndose, como suelen hacer las viudillas zalameras: una vez se asomaba i le hacia un jesticillo; otra vez una guiñada,

todo con el fin de chasquearle i darle poste; de manera que el pobre arañon se dejó llevar de su cariño, quedando abrazado con tanto fuego como sentia en su pecho; pero no pudiendo resistir a su amoroso incendio, pensó en ver como podia facilitar el subir por la tapia para entrar por la ventana: púsolo en obra, i empezó a subir, llevando consentido que era alguna de las que ya usted me entiende: prosiguió su empresa hácia el balcon con el ánimo de alcanzar su fin, i al momento de haberlo logrado, volvióse por el mismo camino a la calle: con estas cuentas que se iba haciendo consigo, subia mui alegre mi buen enamorado, cuando ella se asomó al mismo tiempo i viendo atrevimiento i desvergüenza tan grande, pareciéndola poco atento, presuntuoso i nada cortés, fué corriendo a buscar una caldera de lejía que tenia pronta para cocer en ella unos calzones de un piojo opilado que tenia en su casa de huésped; i apénas vió que echaba las garras al balcon para entrar dentro, le encajó toda la caldera de lejía sobre la cabeza a fin de pelarle bien i castigar su osadía; pero el araño era mui pícaro, i conoció la intencion, i para resguardo se puso un yelmo de una cáscara de nuez: luego que vió el diluvio de agua hirviendo sobre sí, se puso para recibirla de tal suerte, que si le cayese algo fuese sobre la cabeza, de lo que no se le daba nada, por la prevencion del yelmo que le defendió mucho i fué poco el daño que recibió: libróse con esta prevencion del primer golpe de esta desgracia; pero como duró algo mas tiempo el chorro del agua, aun mas de lo que él gastó para caer en el suelo, le sucedió la fatalidad de que con el golpe que dió en tierra, se le cayó el yelmo i le cojió la cabeza de agua; de suerte que se le cocieron los sesos i se pasaron de la mollera a otra parte, i desde entónces hasta ahora han tenido siempre las arañas los sesos atrás; por lo que hicieron juramento de vengarse de un hecho tan afrentoso: i así se se ve al presente que las arañas andan siempre a casa de moscas por venganza del ultraje que recibieron de la viudilla, i por esto en todos los desvanes, rincones i agujeros tienen sus redes como homicidas i toman venganza de ellas;

i es mui comun, quando prenden a una, arrancarla la cabeza i el resto lo dejan libre: esto mismo creo que le ha sucedido a mi hijo, al cual le aconteció que una vez que iba corriendo detrás de una cabra por una cuesta arriba, cayó hácia atrás, i rodando como venia, dió con la cabeza en un tronco de saúco, de lo que desde entónces le sobrevino habersele escapado el juicio a la parte posterior, i por esto ha quedado tan lijero de cabeza como el saúco, i desde entónces tambien anda siempre cojiendo i matando moscas. Esta es la causa del poco juicio que tiene, con que así Vuestras Majestades harian una accion mui loable en darnos licencia para volvernós a nuestra choza; porque yo, si no me engaño, creo que se ha de cumplir la sentencia de mi marido Bertoldo (de feliz memoria), que dijo: "Que el que esté acostumbrado a cebollas, no busque pasteles"; i así, siendo nosotros nacidos i criados en lugares rústicos e incultos, no debemos pretender, ni es razon salir fuera de nuestro centro: en la corte el cortesano, i en la eldea el aldeano.

REIN. Has dicho mui bien Marcolfa; pero quien ha bebido en el mar, bien puede tambien beber en un rio: yo te aseguro que bastante siento la simplicidad de Bertoldino; pero al mismo tiempo pienso que estando mas en la corte, conversando con las jentes, puede suceder llegue a lograr mas juicio del que tiene; i así no hai que desesperar de su curacion.

MARC. Quien nació loco, no sanó nunca.

REIN. Quien mal baila, bien enfada.

MARC. Quien tiene vicio desde su infancia, hasta el sepulcro le alcanza.

REIN. El que no tiene juicio, tenga piernas.

MARC. A un mal mortal, no vale ni médico ni medicina.

REIN. Mas vale un pájaro en la mano, que siento volando.

MARC. Mas vale ser pájaro en el campo, que estar regalado en la jaula.

REIN. Todo derecho tiene su revés.

MARC. Todas las cosas suelen tener pelo; pero no todas tienen sesos.

REIN. Todas las cosas se pueden soportar, escepto el mal tiempo.

MARC. Nunca jamás se hizo la lejía que no lloviese.

REIN. Una hora de buen sol seca mil lejías.

MARC. Quien no tuerce bien la ropa, no la secará en tres días.

REIN. Habla mas claro que no te entiendo.

MARC. No hai peor sordo que aquel que no quiere oír.

REIN. Prosigue, que ya te escucho; i como cuentas otra fábula, adecuada al asunto, que me persuada con razones concluyentes, yo daré licencia para que os retireis a vuestra aldea, dándoos palabra, como quien soi, de no hacer oposicion ni impedirlo (aunque lo siento de corazon); i os ofrezco daros con que toda la vida seias ricos i lo paseis bien en las montañas.

Marcolfa refiere otra gustosa fábula

MARCOLFA. Ya que Vuestras Majestades me prestan atencion, habrán de saber, que en tiempo que los gusanos de luz eran mercaderes de linternas, habia un caracolazo de los que tienen cuatro hastas: éste se enamoró de una de aquellas caracolillas que suelen andar sin cáscara alrededor de las fuentes: era ésta de mui buena vista i en un todo mui graciosa; i habiéndola caido una noche encima el rocío del mes de abril, estaba mucho mas lustrosa i bella. Sucedió, pues, que en aquella misma noche la vió el caracol, diéronse palabra de esposos i se la condujo a su casa, la hizo un suntuoso banquete i concurrieron a él i al sarao todos los deudos i amigos: entre el concurso tan grande eran muchas las habilidades que habia, i en especial las que tenian cuatro cangrejos de mui buen porte i mejor traza en tocar viola: seguíase a éstos un galápago que tocaba el harpa con perfeccion; sonaron un poco, ínterin llegaba la hora de la cena i despues de ella se volvió a la diversion de la música, i una mariposa cantó unas tonadillas graciosas con la guitarra; pero como estaba un poco resfriada, no pudo dar al audito-

rio toda la satisfaccion i gusto que deseaba: despues de esto se determinó saliesen algunos, que tenian habilidad, a bailar: se hizo la seña, i en un instante los instrumentos todos a un tiempo empezaron a sonar: empezóse el baile, siendo los primeros un galápago i una mariposa los que hicieron un baile mui precioso i mui estraño, por las diferencias raras i nunca vistas de que usaron; pero los segundos que salieron, que fueron un grillo blanco i una chicharra, hicieron, como se suele decir, raya, pues bailaron la españoleta con la mayor destreza, de suerte que hicieron maravillar a todos los concurrentes: acabaron el baile, i molidos i cansados se pusieron a hacer juegos, i dieron el mando para que los gobernase a una pulga, que era mui decidora i jocosa; aceptó el encargo sin hacerse de rogar, inventó varios i bellísimos juegos de prendas, i para la restitution de ellas imponiendo al que perdía penitencias, eran todas mui agudas i discretas sentencias, varios motes, preguntas i respuestas mui elegantes, de modo que la fiesta duró mucho tiempo con jeneral diversion de todos; pero la mayor imperfeccion i falta que tuvo esta diversion fué haber sido tan dilatada i larga, que muchos de cansados se fueron quedando dormidos i otros se fueron molidos: pues así somos nosotros, que con nuestra fiesta se ha pasado mui bien este tiempo; pero nuestro juego, no solamente no se acaba, pero cada dia se va dilatando mas, con que es cierto que si dura mas el juego, Bertoldino se quedará cada dia mas dormido; i así, señores, será mejor el que mudemos de clima, que puede ser suceda que le haga despertar el aire de la montaña, aunque bien difícil es: además de esto, siempre oí decir que todo pájaro canta mejor en su nido que en el ajeno; i así deseo volver a este pájaro a su nido; i por lo tocante a mí, deseo el vivir en mi cabaña, del modo que mas me convenga, sin que yo sirva de tedio a humana persona; i así, serenísimos señores, os suplicamos con toda veneracion, nos concedais, para irnos, vuestra licencia, pues ya no habeis de sacar ningun gusto ni del uno ni del otro, pues aunque Bertoldino sea mi hijo, razon quita conocimiento.

REI. Marcolfa, nosotros deseamos el complacerte, pues es cierto que nos dejas mui pagados i satisfechos: todo el tiempo que has estado en la corte hemos estado gustosos con tu agudeza, la cual es tal, que verdaderamente no se puede creer que seas mujer rústica ni silvestre, ántes bien te se puede llamar un oráculo, que bien mereciste estar empleada con un hombre de las mayores circunstancias, como lo era Bertoldo, de quien sus sentencias las tengo esculpidas con letras de oro encima de la puerta principal de mi palacio, para perpétua memoria de una sabiduría tan sublime como era la suya; pero pues es preciso darte licencia para condescender a tus deseos que tanto has encarecido.

Herminio, vé a mi cuarto i toma aquel cofrecito cubierto de terciopelo negro, en donde hai dos mil escudos de oro, i tráemele aquí para dárselo a Marcolfa, i despues pasarás en casa de algun mercader de paños i le dirás que te entregue cuatro piezas de paño fino i doscientas varas de lienzo para camisas i sábanas, i harás que luego dispongan una litera en la que han de llevar a éstos a su lugar con el mayor cuidado, i luego les enviarás hasta doce sacos de harina con doce barriles de vino, i, en suma, todo cuanto pidiesen se les ha de dar al instante, de suerte que no les haga falta nada para su viaje i para vivir con quietud i descanso en su albergue. Ea, pues, Marcolfa, ya la gracia te se ha concedido de poder volver a tu casa i vivir en ella a tu gusto; pero si gustases, aunque sea de tarde en tarde, de venir a vernos, será para nosotros de gran complacencia i gusto; i ya te he significado el sentimiento que tenemos la Reina i yo de tu partida; pero como no deseamos mas de lo que tú desees, no queremos impedírtelo como pudiéramos.

Marcolfa da las gracias a Rei i Reina por los beneficios recibidos

MARCOLFA. Magnánimos señores. Me falta lengua para daros las debidas gracias por tantos favores como he recibido de las piadosas clemencias de Vuestras Majestades, i así

suplico encarecidamente, i espero que en todo cuanto hubiésemos faltado i en adelante podamos faltar, lo supliréis con vuestra innata piedad. Mi deseo es de que os conceda Dios gracia para conservaros en vuestro reino, paz i sosiego, i con la mayor felicidad: valor i fuerzas contra vuestros enemigos: que veais cumplidos todos vuestros deseos; que os dé el mayor gusto a uno i a otro; i en suma sin cesar pediré a Dios que os galardone con la bienaventuranza; i ahora aquí me teneis rendida i humildemente postrada a vuestros reales piés pidiéndoos perdon de todo; i si por ignorancia hubiese incurrido en alguna culpa, o con palabras u obras, o en algun otro modo que haya faltado con poco respeto i reverencia, os pido me perdoneis; i así con vuestra licencia iré a disponer mis trastos, i voi con el consuelo de que siempre me tendré por vuestra humilde sierva i vasalla.

Con las espresiones i razones tan humildes de Marcolfa, el Rei i la Reina no pudieron contenerse ni disimular la ternura de las lágrimas, i luego que se despidió se retiraron a sus gabinetes en donde tuvieron suma tristeza i melancolía por la ausencia de Marcolfa, la que se partió con su Bertoldino, cargada de escudos i otras muchas dádivas. Los condujeron en la litera hasta que los dejaron en la infeliz choza de su nacimiento: a su llegada ecudieron todos los vecinos mui alegres a darles la bienvenida, i se hicieron muchas fiestas i alborozos rústicos por algunos dias en aquellas sierras; de que resultó el que se pegase fuego a dos montes o bosques cercanos de pura alegría. Todo se acaba en esta vida i tambien se acabaron los festejos de aquellos villanos; pero los dos cortesanos vivieron en la montaña mui gustosos lo restante de su vida, quietos i tranquilos, sin tener nada que desear; i Bertoldino entre los patanes o palurdos era el hombre mas discreto i político; en fin, como hombre ya práctico en la corte, pegó diversos chascos a aquellas pobres agrestes jentes; pero como en aquellas asperezas no habia ninguno que supiese escribir, no se puede hacer mencion de ellos ni de lo que despues sucedió; no obstante, por raros caminos, se supo que cuando Bertoldino llegó a la edad de

treinta años le habia vuelto un entendimiento tan perspicaz, discreto i agudo que no daba muestras de haber sido tan gran tonto como queda referido; pero por lo que a mí toca, se me hace mui dificultoso el creerlo, porque aunque Dios puede hacerlo, tambien sé que, vulgarmente hablando, se dice que tres cosas son mui dificiles de curarse, las que son: la locura de un tonto, las deudas de un tramposo i la gangrena declarada.

FIN DEL TRATADO SEGUNDO.

HISTORIA DE LA VIDA

DE

CACASENO

HIJO DEL SIMPLE BERTOLDINO

OBRA MUI GUSTOSA I DIVERTIDA

ABUNDANTE EN REFRANES SENTENCIOSOS

CON MUCHAS I AGUDAS RESPUESTAS

AÑADIDA POR EL SEÑOR

CAMILO SCALLIGERI

HISTORIA DE LA VIDA
DE
CACASENO

HIJO DEL SIMPLE

BERTOLDINO

TRATADO TERCERO

INTRODUCCION

El astuto Bertoldo i la sagaz Marcolfa, su mujer, no obstante de haber nacido i criándose en lo inculto de la montaña, con sus dichos, sentencias morales i agudas respuestas, no solo hicieron maravillar a los particulares que los oían, si tambien al mismo Rei Albuino i a su mujer la Reina Ipsicratea, de quien estos rústicos eran vasallos, i por esta causa recibieron de sus soberanos muchos favores i dádivas, correspondientes a su grandeza. Tuvieron éstos la felicidad de lograr el fruto matrimonial, concediéndoles el cielo la sucesion en un hijo: eran grandes las alegrías que tenían los dos esposos por muchos motivos, i el mayor de ellos era, porque presumian que este nuevo infante se parecería a su padre Bertoldo, i para que hasta en el nombre se pareciese, tomaron la nominacion paterna, i le pusieron por nombre Bertoldino: pero la esperanza que fundaron salió va-

na; pues despues de grandecito, si Bertoldo era sagaz, este otro era tan simple, aturdido i bruto, que desdecia de su nacimiento. El pobre padre, viendo tal contrariedad, se ausentó i se fué a la corte no pudiendo sufrir las tontadas de su hijo; donde, como vimos, acabó i dió fin a su vida. Quedó Marcolfa viuda, con Bertoldino: tuvo noticia de ellos el Rei, i con curiosidad de ver i saber, hizo venir a la corte a Marcolfa con su hijo; i creyendo esta pobre hallar en el Rei algun enfado o ser llamada por mal fin, la sucedió mui al contrario, pues Bertoldino con sus inocencias dió tanto gusto en la corte, que cuando se retiró de ella, el Rei le mandó dar dos mil escudos de oro, con otras innumerables cosas de sumo valor i precio. Todas estas alhajas las vendió Marcolfa, i con el dinero compró tierras i raices para vivir el resto de sus dias. Bertoldino se casó i tuvo un hijo que se llamó Cacaseño, de quien referiremos su graciosa vida.

ALEGORIA PRIMERA

Es providencia divina que tambien la familia de los rústicos i pastores estén tan aptas a la propagacion, como cosa tan necesaria para el vivir humano i bien de las repúblicas. Las mujeres muchas veces se abstienen del ejercicio de alguna habilidad, que les adorna, por temor de no manifestar sus defectos naturales.

Marcolfa, bien hallada con la quietud de sus montañas, dispuso que la hicieran habitacion decente; pues tenia bien con que pasar. Despues de algunos años va un criado del Rei por aquella montaña: visita a Marcolfa, de lo que se regocija, por llevarle al Rei alguna buena nueva.

Herminio, de quien ya hablamos, era criado del Rei Albuino: éste, con órden del Rei, acompañado de un criado suyo, recorrió por muchos dias todos los pueblos que incluia una provincia de la corona, para hacer diferentes negocios particulares de la corte: accidentalmente pasó por la falda de una montaña, sobre la cual habitaba la memorable Marcolfa, con el célebre i nunca bien alabado Bertoldino: juzgó hacer una cosa mui grata i de mérito, si llevase noticia a los Reyes de ellos, i así determinó el verlos; subió a la montaña, i cuando estuvo en la eminencia, observó la buena situacion del pais, i una casa allí inmediata, hecha de fábrica mui decente: llamó a la puerta, se asomó a la ventana Marcolfa, bajó abajo i, conociendo a Herminio, le hizo entrar con grande alegría, bulla i regocijo: hízole muchos agasajos i expresiones, i entre los muchos asuntos que se le ofrecieron, le

contó como su hijo Bertoldino habia casado mui bien, con el dinero i alhajas que le habian dado los Reyes, aunque cuando fueron ellos a la corte ya tenian algunos pocos bienes i muebles para poder pasar: añadió mas, que Bertoldino, despues que pasó los años de su juventud, habia dado tal vuelta, que no le conocerian con la discrecion que se le habia infundido, i que vivian con suma alegría i tranquilidad, no molestándoles mas que una cosa, i era, que despues de tanto tiempo que habia que Bertoldino se habia casado, no tenia mas que un hijo, el cual ya se hallaba en la edad de siete años cumplidos, i con el desconsuelo de haber salido mas simple i necio que su padre. Tuvo Herminio un gran gozo con esta conversacion, i determinó a toda prisa llevar noticias a los Reyes de cuanto habia escuchado; i así la dijo:

Herminio a Marcolfa

HERMINIO. Díme, Marcolfa, ¿dónde está Bertoldino i su hijo?

MARCOLFA. Han ido aquí cerca a la choza de un pastor nuestro, i discurre que no podrán tardar en volver, ya se acerca la hora de ir a amasar.

HERM. I el hijo que me dices, ¿cómo se llama?

MARC. Su nombre propio es Arsenio; pero como estos montañeses siempre inventan, añaden i quitan nombres, los nombres propios no suelen servir; i así te pondré un ejemplo. Entre nosotros se llama uno Antonio, i éste, si es de estatura crecida, le llaman Toñon; si es de baja, Toño; si es de mas diminuta, Toñeto; si es pequeño i gordo, le llaman Toñolo; i si es pequeño i flaco, Toñino; de modo que reducen el nombre de Antonio en tantas piezas, que no se conoce ya el primer nombre que tuvo, como al presente sucede a mi nieto, que llamándose Arsenio, como es pequeño i un poco simple, le han puesto el ridículo nombre de Caseno.

Herminio cuando oyó el nombre tan ridículo de Caseno le dió sumo gusto, i se le encendió mucho mas el deseo

de conducirle a la corte; miéntras echaba sus líneas del modo que habia de usar para llevarsele, oyó en la calle a Dominga, mujer de Bertoldino, que venia cantando esta coplilla:

Estrambote

Todos me dicen soi tan linda i bella
 Que de algun gran señor hija parezco;
 Uno me llama de Diana estrella,
 Otro que amor flechero ser merezco.
 Todo el lugar me dice sin querella,
 Que en mi frente las flores reverdezco;
 I un mancebo ante ayer al verme clama:
 ¿Por qué no hai de estas pulgas en mi cama?

En este tiempo vino Bertoldino, i despues Dominga i Caseno con manojos de espárragos, fresas i requesones, que todo esto traian de su cortijo; hiciéronse muchos cumplimientos unos i otros, i Herminio dijo:

Herminio, Marcolfa, Bertoldino i Dominga

HERMINIO. ¿Eres tú abuella mocita que cantaba?

DOMINGA. No, señor, que era una pastora nuestra.

MARCOLFA. Ha, embustera! Mira que no parece bien decir mentiras. Sí, señor, ella era i sabe cantar muchas coplillas graciosas.

HERM. Dominguita, hazme el favor de volverla a cantar u otra cosa que sea de tu agrado.

DOM. De veras, no puedo cantar porque estoi ronca.

BERTOLDINO. Vamos, canta; ¿de qué tienes miedo?

DOM. Ciertamente que no puedo i ahora no me acuerdo de ninguna.

MARC. Despáchate; ¿quieres hacerte de rogar i dejar desairado este caballero?

BERT. No hacen mas las grandes músicas que se hacen

de rogar mucho tiempo, i cuando llegan a cantar ya tienen enfadado el auditorio. Ea, Dominguita, canta, canta.

DOM. Por lo mismo que tiras a sonrojarme, no quiero cantar.

HERM. No te enfades, Dominguita, que tu marido se chancea contigo.

MARC. Canta, hija, que parece mal el hacerse tanto de rogar.

DOM. Yo lo haré pero no aquí.

HERM. Como tú cantes, sea donde quisieres.

Mientras que Dominga fué a cantar, Marcolfa i Bertoldino se despidieron de Herminio, porque iban a disponer su comida; al mismo tiempo llegó Cacaseno que venia de almorzar, i Herminio le agarró de la mano.

Estrambote

Si te vienes conmigo, prenda mia,
A caballo vendrás en mi pollino;
Verás hecha un espejo mi alquería,
Todo su aguar el gallo i el cochino:
Del jilguero la acorde melodía
Oirás entre las plumas que previno,
I tendrás el contento duplicado,
Tordos cazando i mirlos en el prado.

Así que acabó de cantar Dominga, le dijo:

Herminio a Cacaseno

HERMINIO. Niño hermoso, ¿qué haces?

CACASENO. En este instante acabo de almorzar.

HERM. Buen principio. Dime, ¿cómo es tu nombre?

CAC. No; señor, no soi hombre; que soi muchacho.

HERM. No pregunto si eres hombre; te digo cómo te llamas.

CAC. Cuando uno me llama, yo le respondo.

HERM. I si yo te hubiese de llamar, ¿cómo tengo de decir?

CAC. Dí como tú quisieres; pero cuidado, ten las manos quietas que parece me quieres sacar los ojos i no me enfades, de suerte que te sacuda en la cabeza con este garrote, pues no conoces aun quien soi.

Es menester advertir que Erminio, miéntras hablaba con él, hacia varios movimientos i ademanes con las manos: Cacaseno creyó que le queria sacar los ojos, se enfadó, alzó el palo i le quiso dar en la cabeza; pero Marcolfa llegó al punto i le sacudió un buen bofeton con que le hizo mui presto bajar el palo; empezó a gritar Cacaseno que parecia un becerro, o por mejor decir, un lechon cuando le degüellan, corrió Dominga, le llevó un gaspacho para aquietarle i dice.

ALEGORÍA SEGUNDA

Un hombre que está ricamente vestido i con aire de cortesano, ordinariamente venice la soberbia de las mujeres, porque lisonjea su vanidad; pero despues de tantas veces, a éstos les suelen acontecer cien chascos i mil desgracias.

Dominga, Cacaseno i Herminio

DOMINGA. ¿Qué tienes tú, Cacaseno mio, que tanto chillas?

CACASENO. U, ú, ú, la abuela me ha pegado porque me he defendido, ú, ú, ú, de este hombre que me queria sacar los ojos con los dedos, á, á, á.

DOM. Calla, Cacasenito mio, que hemos de hacer que la abuela vaya descalza a la cama, ¿sí? sí? hijo mio? Ea, escupe i verás como la casco.

HERMINIO. No es cierto lo que dice, de que le queria sacar los ojos; vamos, hijo mio, toma un tres i hagamos las amistades. Viendo Cacaseno el tres, o por mejor decir el cuarto, se sosegó: i al mismo tiempo Dominga le dice, haz un besamanos a este señor i besa la mano a la abuela. Herminio estuvo observando los movimientos que hacia, no pudo contener la risa, en considerar el gusto que tendrian los Reyes de verle, porque era de estravagante figura; pues era sumamente gordo de cintura, la frente mui baja, los ojos mui saltados, las cejas largas i cerdudas, las narices chatas i la boca tan aguzada que parecia gato montés. Así que llegó la hora de comer, todos se lavaron las manos i se sentaron a la mesa. I aquí dejo a la consideracion del curioso lector el sufrimiento de la risa que padeceria el pobre Herminio, durante la comida i despues de concluida.

Herminio, Dominga, Marcolfa i Bertoldino

HERMINIO. Habeis de saber que la otra mañana el comprador de palacio, estando en la plaza comprando unos cabritos de un montañés de estas sierras (discurso será conocido vuestro) estuvo contando de la suerte que os tratábais, dando noticia de vuestro Cacaseno; llegó esta voz a los oídos del Rei, i me ha mandado que venga personalmente para que yo le lleve a su vista, está mui ansioso de verle; con que estais en la obligacion, por cortesanía, agradecimiento i obligacion precisa, de darle gusto en una cosa tan fácil, que solo pende de vuestra buena voluntad i fiel afecto al Soberano.

DOMINGA. ¡Qué se entiende! no, señor, no puede ser, porque mi hijo es tan simple i tan bruto que estoi cierta que si va a la corte le ha de suceder algun trabajo.

MARCOLFA. Nuera querida, hija mia, no tengais miedo por eso que yo iré en su compañía i has de esjar entendida, que los brazos de los Soberanos son mui largos i llegan a lo mas dilatado del mundo; i considerando esto es menester obedecerlos con precepto o sin él; i sobre todo por obligacion, en la cual estamos constituidos.

BERTOLDINO. I con especialidad al Rei Albuino, a quien debemos todo lo que tenemos, con que así Dominga, sosiégate que esta es nuestra mayor fortuna.

ALEGORIA TERCERA

Los hijos, naturalmente, siempre siguen las huellas i la índole de los padres, por lo que cada hombre por vil que sea, debe imitar las operaciones de sus mayores, siendo siempre las costumbres de la edad pasada ménos depravadas, que de los modernos. Tambien en las aldeas i chozas procura cada uno conservar la memoria de la honradez i gloria de sus abuelos.

Marcolfa consigue de Dominga, su nuera, que la permita llevar a Cacaseno a palacio: pónenle sus vestidos buenos i dan inmediatamente principio a la jornada

Con las razones de Marcolfa i Bertoldino, no replicó palabra Dominga: vistió a su hijo con el vestido de los dias de fiesta: se lo entregó a su abuela Marcolfa: hiciéronse aquellos agasajos i cariños paternos, que es natural con un hijo, i se despidieron, quedándose Bertoldino i Dominga para cuidar de la casa. Herminio con el criado, Marcolfa i Cacaseno bajaron la montaña i tomaron el camino de la corte. Herminio así que llegó a la primera posada, hizo desmontar a su criado del caballo i le hizo dar una posta para que diese noticia a sus Soberanos de lo que le habia sucedido: despidióse i quedó el caballo del criado sin jinete. Herminio se volvió a Marcolfa, que llevaba a Cacaseno, i la dijo

Herminio, Marcolfa i Cacaseno

HERMINIO. Marcolfa, me parece mas conveniente que Cacaseno monte a caballo, ya que estamos en llanura, que de este modo no se cansará en el viaje.

MARCOLFA. Dices mui bien, i has hallado un arbitrio mui prudente, pues ya que está de vacio ese caballo, mejor será que lo ocupe Cacaseño. Vámos, te montaré encima de él.

CACASENO. No quiero, que tengo miedo de que me muerda.

MARC. ¿I por qué te ha de morder?

CAC. Ya te he dicho que no lo quiero, ¿no ves como me está enseñando los dientes?

HERM. Espera, Marcolfa, i me aparearé, que yo le pondré de suerte que vaya bien: ea, vamos, no tengas miedo, abre bien las piernas i siéntate encima de la silla. ¡Ah, qué bravo mozo! Toma la brida en la mano, i déjale que siga mi caballo, i ahora por mi cuenta va si te cayeres.

ALEGORIA CUARTA

La escuela i el ejercicio son dos cosas que hacen al hombre perfecto en toda especie de profesion, i con razon le sale mal a aquel que quiere seguir un arte que no aprendió; ni tampoco a todo rústico le sale bien hacer por fuerza oficio de caballero.

Pone Herminio a Cacaseno sobre el caballo: adviértele tenga sujetas las riendas, i las oprime en tanto extremo, que le hace poner en dos piés; i didiéndole que aflojara, soltó la brida, i desbocándose arrojó a Cacaseno

Herminio, ántes que volviese a montar sobre su caballo, le advirtió a Cacaseno que tuviese las riendas en la mano bien sujetas; de modo que él comprendió que le habia dicho las tirase: así lo ejecutó, i empezando a tirar de ellas, el caballo se enarboló, i se puso en dos piés, con lo que tomó tanto miedo, que gritaba diciendo: ¡Ai que me mata! ¿no hai quien me favorezca? Porque esta bestia me quiere llevar por los aires i romperme los cascos. A los gritos que daba, se volvió Herminio, i le empezó a decir a voces: Afloja las riendas. El pobre Cacaseno, que no entendia lo que le decian, las soltó del todo, por lo que el caballo se desbocó i le dejó caer de un gran golpe en el suelo; pero tuvo la fortuna de que dió en un arenal, motivo por el cual no se hizo daño particular. Marcolfa se sorprendió, creyendo le hubiese acontecido alguna desgracia, i empezó a llorar i a decir:

Marcolfa, Herminio i Cacaseno

MARCOLFA. ¡Ai, desdichada de mí! Que este muchacho se ha estropeado: bajad presto.

HERMINIO. Aquí estoi: ¿qué es esto, Cacaseno? ¿Te has hecho mal?

CAC. O bien o mal, yo quiero volverme a mi casa.

HERN. Vamos, hijo, vuelve a montar a caballo que yo te pondré la brida en la mano, i tú le dejarás caminar como quisiere.

CAC. Si quieres que yo vaya, déjame a mí montar de la forma que yo he visto que tú montas.

HERM. Mui bien, yo tendré el caballo, i para que llegues mejor a los estribos, súbete encima de esta piedra i montarás con mas conveniencia.

Montó Herminio a caballo, encargó a Marcolfa tuviese las riendas del de su nieto, pero Cacaseno se adelantó, i puso el pié izquierdo en el estribo derecho, quedándose montado con la cara a las ancas del caballo. Herminio, cuando se volvió i reparó en tal disparate, no se podia aquietar con la pasion de la risa: hecíanle varias instancias para que se apease: pero no fué posible de ningun modo, respondiendo que aquella era la forma de cabalgar.

ALEGORIA QUINTA

La seriedad, acompañada de aspereza, no siempre conviene a la debilidad de nuestra humanidad: algunas veces es lícito divertirse i gozar de gustos honestos; i como la naturaleza, así como entre los animales crió a las monas, entre los pájaros el buho, o bien mochuelo i la lechuza; tambien entre los pescados crió a los delfines, para que sirviesen de recreo a todos los demas de su especie: así parece que tambien ha criado ciertos hombres, que nacen para servir de instrumento de nuestra risa i diversion. ¡Oh, i cuántos hai!

Herminio i Cacaseno

HERMINIO. Bájate que has montado al revés.

CACASENO. Nunca podré yo estar mejor de lo que estoi. ¿No me has dicho tú, que el Rei te ha enviado para que me conduzcas?

HERM. Es verdad que lo he dicho: pero ¿qué es lo que tú infieres de esto?

CAC. Pues mira; toma tú la brida del caballo i condúcame, que de esta suerte obedecerás a tu amo; i yo de esta manera no veré los peligros que tengo de pasar.

HERM. Buena compra hemos hecho: ya he llegado a ser lazarillo de caballo, en lugar de serlo de un ciego; ¿no es buena la fresca de este marmoto, con figura de camueso?

Pasó accidentalmente un paisano que iba a la corte, llámole Herminio i le mandó que llevase de las riendas el caballo de Cacaseno, i que fuese de aquel modo hasta la misma puerta de palacio i allí le esperase, i fué con órden de que al entrar fuesen con él soldados para su resguardo, te-

miendo que los muchachos no apedreasen a Cacaseno, i a buen librar le tiraran de naranjazos. Apretó el caballo Herminio, llegó a palacio i halló a los Reyes a un balcon esperando ver la entrada de Polan, que con la relacion del criado de Herminio habian tenido; miéntras éste les daba noticia de las aventuras que le habian sucedido por el camino con Cacaseno, llegó en este mismo tiempo lo que tanto deseaban, i vieron venir a Marcolfa, al paisano que conducia el caballo de Cacaseno i él montado al revés: traia tal confusion de populacho tras sí, unos con silbidos i otros con gritos, que parecia dia de carnestolendas con máscaras ridículas. Cayó tanto en gracia de los Reyes toda esta bulla, que no se puede ponderar. Llegaron a palacio, los hicieron subir, i Marcolfa entró delante, i despues de hacer una grande reverencia, el Rei la dijo:

Rei, Marcolfa i la Reina

REI. Marcolfa, seas bien venida, que despues de tanto tiempo no juzgábamos vivieses.

MARCOLFA. Yo para servir a V. M. vivo, i cuanto viva seré su esclava.

REINA. Marcolfa, ¿no me conoces? ¿No te acuerdas de mí?

MARC. Señora, son tantas las obligaciones, gracias, mercedes, favores i dádivas que tengo recibidas de vuestra jenerosa mano miéntras estuve en esta corte con mi hijo Bertoldino, que tengo siempre delante de mis ojos las imágenes de los dos, i no lo digo por adulacion, pues, aunque pobre montañesa, nunca la gasté, diciendo siempre la verdad desnuda. I este modo de portarme i el ser agradecida, lo aprendí de un hombre como Bertoldo, agudo i sentencioso en sus proverbios, que bien entendidos, pueden servir de mucha doctrina al que atento los leyere. Muchos dijo, i entre los muchos que le oí decir, me gustaron estas sentencias:

El pobre que es soberbio, es veneno acerbo.
 El pobre que se humilla, es sinceraavecilla.
 El pobre que es tramposo, es peor que el oso.
 El pobre verdadero, es como el cordero.

REIN. Es cierto que son dignas de reflexion; pero, dejando esto por ahora, ¿dónde está Cacaseno?

MARC. Señora, conmigo venia; pero no le veo: ¡ai, pobre de mí! ¿dónde se habrá quedado?

Pues juntos veníamos.

Oyendo esto alzó un criado una cortina e hizo entrar a Cacaseno, que traia una puerta arrastrando; el Rei i la Reina comenzaron a reir de ver tan buena entrada, sin saber el motivo de tal estravagancia; pero el mismo criado la descifró, por haberse hallado presente i sin poder contener la risa, dijo:

Rei, Criado i Cacaseno

CRIADO. Sepan Vuestras Majestades, que al tiempo de subir la escalera de palacio, miéntras Marcolfa entraba en la sala, este salvaje le dijo a un criado que tenia ganas de hacer aguas, lo llevó a un lugar destinado para este fin, i así que entró le dijo: Cuando vuelvas a salir tráete la puerta hácia a tí; i el gran bruto así lo ha hecho, que la ha desgoznado i la lleva arrastrando tras sí i de esta suerte le traemos para que le veais.

REI. Dime, Cacaseno, ¿para qué traes arrastrando esa puerta?

CAC. ¿I qué se te da a tí?

REI. Mucho se me da, que como dueño de casa quiero saberlo.

CAC. Con que si eres dueño de casa, será tuya esta puerta, i tú me dirás que tengo de hacer con ella.

REI. Sí, suéltala.

CAC. Puerta, ya te suelto, que el dueño de la casa te da licencia; marcha, marcha, que ya pesas demasiado i no te

puedo sostener; obedece, puerta, que si no te cascará el amo de casa.

Con semejante simpleza, llegó Marcolfa mui enfadada i se la quitó, mandándole que hiciese una cortesía al Rei i Reina, i postrándose de rodillas, besase las manos de entrambos: obedeció Cacaseno; pero fué poniéndose en cuatro piés, boca abajo, i así puesto empezó a decir:

Cacaseno i Marcolfa

CACASENO. ¡Oh, señores míos! Ya veis mi cortesía tan reverente, tirándome por el suelo como mi abuela me lo ha mandado; ya no falta mas de que me metais el dedo en la boca para besaros la mano; venid, que os estoy aguardando.

MARCOLFA. ¿Qué haces, jumento, de esa suerte? ¿No quieres besar la mano?

CAC. ¿Pues no me has dicho que les haga la cortesía i que de rodillas bese la mano a los dos? Ea, pues, ya estoy con las rodillas en el suelo, diles que vengan, se las besaré, que ya tengo ganas de merendar.

Los Reyes celebraron mucho una sencillez tan grande, i le mandaron levantar, i llamando a un criado que se llamaba Atilio, le ordenaron le llevase a merendar. Interin se quedó Marcolfa disculpando al inocente Cacaseno.

Marcolfa, Rei i Reina

MARCOLFA. Serenísimos señores, habeis de contemplar que Cacaseno no es ménos ignorante que su padre Bertoldino; en fin, tal cual es el árbol así ha salido el fruto, por lo que os ruego no estrañeis sus simplezas: yo le he conducido a la corte mui gustosa para dar a conocer que soi obediente a los mandatos de mis Soberanos; pero espero al mismo tiempo licencia para volverme cuanto ántes a mi casa siendo de vuestro real agrado, al que solo por complacer he venido.

REI. Está bien, ¿I Bertoldino, vive todavía?

MARC. Está vivo i sano, i despues que llegó a mas crecida edad, empezó a tener razon i juicio, cosa que parece fabulosa, pero así es: despues de algun tiempo se casó, i de este matrimonio ha nacido Cacaseno; i os aseguro que no hubiéramos podido soportar los gastos de la boda i otros infinitos, si no hubiera sido por las dádivas con que las piedades de vuestras reales personas nos han favorecido; i aun despues de todo nos ha quedado lo mui bastante para vivir medianamente, segun nuestro estado, para toda nuestra vida.

REIN. ¿Es cierto lo que me dices de Bertoldino?

MARC. Verdad es lo que os he dicho; ¡pues no diria una mentira a mi Rei i señor, aunque me costara la vida! I si no os causa enfado, quisiera contaros un caso de aquellos que referia Bertoldo, mi marido, al intento; i es de uno que diciendo una mentira a su Príncipe, perdió mil pesos por eso.

REL. Refiérelo, que para mí será de especialísimo gusto.

MARC. Habia un Príncipe, i este tenia un criado mui querido: sucedió que un hidalgo, viendo la familiaridad que tenia con su amo, buscó modo de comunicarle una pretension, i esperando por este medio alcanzarla, en premio le ofreció mil pesos si la lograba: el sonido de tan apetecible metal abrió las puertas de su avaricia, prometiéndole que haria todo lo posible para que se le despachase a su favor la pretension que se deseaba. No dilató mucho tiempo en hacer la súplica el familiar, quien luego recurrió al Príncipe, i le pidió le concediese la gracia: i para lograrla mas fácilmente, añadió una mentira, diciendo, que el favor que suplicaba era para la persona de un hermano suyo. El Príncipe le respondió, que se veria en ello, consultándolo con el ministro de su inspeccion, i que despues de resuelto, se le daria la respuesta. Como las mentiras no tienen alas, i el embustero necesita de una gran memoria, despues de algunos dias el Príncipe se acordó que en cierta ocasion le habia dicho su criado que no tenia hermano alguno, con que para aclarar la verdad quitóse de cuentos, i secretamente hizo llamar al hidalgo pretendiente; llegó a la audiencia, i el Príncipe le

dice: Tú me has de decir la verdad, i si no quedarás privado de mi gracia. Le respondió el hidalgo: Que sin dificultad daria noticia de lo que se le preguntase. Entónces le interrogó el Príncipe: Díme, ¿fulano es hermano tuyo? Respondió el hidalgo que no. Le volvió a replicar; ¿pues, por qué te ha prometido i facilitado la pretension que deseas? El hidalgo respondió: Señor, le he prometido i asegurado darle de gracias mil pesos. Dijo nuevamente el Príncipe: Pues dame a mí los mil pesos, que la gracia yo te la concedo, i te mando que no hagas ningun recurso a tu amigo. El familiar o criado, no hallándose sabedor de lo que habia pasado con su amo i el hidalgo, un dia, viéndole en un buen semblante, le hizo memoria de la gracia que él habia suplicado para su hermano; i el Príncipe entónces, con grande agudeza, le dijo: Bien puedes buscar otro hermano, porque aquel que tú pensabas que era tuyo lo es mio.

REL. Esa respuesta fué mui pronta i una invencion mui graciosa; pero volviendo a nuestro primer discurso, ¿por qué motivo has omitido darnos noticia de tu persona? Pues todos los años hubiéramos tenido el gusto de regalarte. 1898

MARC. Indiscreta es toda persona que no se contenta con lo preciso; bastante hemos disfrutado de la magnanimidad de vuestras reales personas con tantas dádivas como nos disteis al tiempo de nuestra partida; con lo que habemos sacado de sus valores, hemos comprado muchas tierras i posesiones, de suerte que con todo lo que gozamos, podemos vivir mejor que otros de mayor esfera.

REL. ¿Por qué no te has vestido de aquel paño fino i lienzo delgado que llevaste?

MARC. Porque nuestra infeliz montaña requiere vestidos toscos, el pan mezclado con centeno, i beber continuamente agua; i con esta comida se mantienen los cuerpos con la mayor robustez i sanidad.

REL. El que se contenta con su estado es feliz; pero me parece una gran simplicidad mantenerse de misturas i beber agua, pudiendo comer bien i beber mejor.

MARC. No, señor, qué es mui malo beber vino aquel que

no está acostumbrado, i es la peor cosa por la salud; i para prueba de eso, quiero contar un suceso acaecido a un caballero aleman, que me acuerdo que lo contaba mi marido por cosa cierta; i ya que viene a propósito de aquellos a quienes les gusta el vino, si me prestais atencion, lo contaré brevemente.

REI. Estamos prontos, i así puedes empezar.

MARC. Un caballero aleman determinó salir de su patria para ir a ver la maravillosa ciudad de Roma, i reconocer el delicioso reino de Nápoles; púsose en camino con un criado de toda su mayor confianza, práctico en tales paises: llegaron a Bolonia, i el caballero mandó al criado que se adelantase, i que en todas las ciudades, villas, lugares i aldeas que hallase por el camino real, parase en todas las tabernas, i probase si habia buen vino; i cuando le hallase, para señal de que era bueno escribiese sobre la puerta de la taberna una cláusula latina que dijese *est*, que queria decir aquí hai buen vino. El criado cumplió con el precepto, i cuando el amo llegaba, si veia *est*, se paraba allí un dia, tanto por la curiosidad de ver aquella poblacion, como para gustar de tan deliciosa bebida.

Fueron caminando por la Romanía: llegó el criado a un lugar de la Toscana, situado entre Florencia i Siena, que se llama Pogibonze, se paró en una hostería que llaman de *Las Llaves*, halló en ella de tres jéneros de vinos, moscatel, verdea i treviano; con tan buen hallazgo el criado puso el letrero tres veces *est, est, est*; llegó su amo, tendió su rancho i mandó que le sacaran de los tres vinos; bebió de ellos i cada uno le gustó a cual mejor: se detuvo allí tres dias sin saciarse de beber, i llegó a tanta demasía que le sobrevino una sufocacion tan repentina, que en pocas horas le llevó la mala trampa. Al criado, que iba adelante haciendo el alojamiento del buen vino para su amo, le avisaron del suceso: volvióse atrás sumamente melancólico con tan funesta noticia: pasó a participarla a los parientes de su amo i a todos sus amigos, los cuales preguntándole de qué habia muerto su amo, así les respondia:

EST. EST. EST.
 Propter nimium EST.
 Dominus meus mortuus est.

Con que, aplicando el cuento, vuelvo a decir que el vino es mui nocivo, enjendra infinitos desórdenes i enfermedades, lo que no nos sucede a nosotros en la montaña, en donde nadie lo bebe, ni aun les gusta, pues mas apetece nuestras aguas cristalinas, que con dulce ruido se despeñan de los cóncavos de las fuentes, las que cuando las bebemos, llegan tan delicadas i gustosas, que nos libran por todo jénero de indigestiones.

REI. Es cierto que ha sido mui graciosa la historia i mui adecuada; pero por cuanto me hago cargo de que estarás mui cansada con el motivo del viaje, te mando, i es mui justo que vayas a descansar; despues volverás con Cacaseno.

El Rei llamó al mayordomo i le mandó que a Marcolfa la condujese al cuarto que se habia destinado; entró i vió a Cacaseno tendido en el suelo, gritando:

CACASENO. ¡Ai, ai, ai!

CRIADO. No le puedo hacer callar.

Marcolfa preguntó el motivo al criado

MARCOLFA. ¿Qué es lo que ha sucedido?

CRIADO. Has de saber que despues que merendó me dijo que queria dormir: yo, juzgando que no fuese tan simple, le dije que se subiese sobre esa cama, i él se agarró con manos i piés de una de las columnas de ella, que cuando llegó al remate no se pudo sostener la columna, con que se rompió i él dió en tierra con todo su cuerpo, como lo ves.

MARC. No te maravilles de esto, porque en nuestra montaña, como no se usan camas de esta moda, se ha imaginado que el cielo de ella era en donde él se habia de echar a dormir, i creedme que este ha sido el motivo. ¡Ai, desdichada de mí! ¿Qué es lo que veo? El no habla. ¿Cacaseno? ¿Cacaseno?

CACASENO. Déjame, no me despiertes, que estoy durmiendo.

Marcolfa le levantó del suelo hecho un cesto de sueño, le tendió sobre la cama, cerró las ventanas i le dejó durmiendo. En este intermedio el criado fué a dar cuenta a los Reyes del suceso, los que se quedaron admirados de semejante ignorancia, i al mismo tiempo se maravillaban de la memoria feliz que conservaba Marcolfa de todos los dichos de Bertoldo. Volviendo de nuevo a hacer conmemoracion de la inocencia de Cacaseno, cuando se puso boca abajo esperando que le diesen la mano para besarla, retorzándoles el impulso de la risa una sencillez tan rara, como querer tambien subirse al cielo de la cama, redoblando la risa, haciéndole volver a contar la historia i siempre la celebraban con mucho mas gusto: el Rei le mandó que volviese a ver lo que pasaba i cuanto mas ántes le diere noticia de las novedades que sobreviniesen con el inocente Cacaseno. Mientras que estaba durmiendo, Marcolfa, cánsada del viaje i como habia comido bien, se fué a descansar; pero cuando estaba en lo mejor de su sueño, la despertó un gran golpazo que dió Cacaseno de la cama abajo.

Cacaseno i Marcolfa

CACASENO. ¡Ai de mí! ¡Ai infeliz de mí! ¿Dónde estoy?

MARCOLFA. ¿Qué ruido es este? ¿Qué te ha sucedido?

CAC. ¿Qué ha de ser? Que me he caido de la cama; se me han saltado los ojos del casco.

MARC. ¿Habrás mujer mas desventurada que yo? ¿Qué dirá Bertoldino i Dominga, cuando sepan que estás ciego? ¿Adónde estás?

CAC. Si estoy ciego, ¿cómo quieres que te vea?

MARC. Espera, abriré las ventanas.

CAC. Alegría, alegría, abuelita, que ya me han vuelto los ojos.

MARC. Salvaje, ¿cómo puede ser que estuvieses ciego? Se-

ria el motivo el que las ventanas estaban cerradas: levántate de ahí: ¿te has hecho mal?

CAC. Bastante, porque siento un gran dolor en las ancas; pero este no me da mucho cuidado i se puede dar por bien empleado por el hallazgo de mis ojos.

Estando Marcolfa i Cacaseno en estas ignorantes razones, el criado, a quien habia enviado su amo para que supiese lo que sucedia, se estuvo escondido todo ese tiempo detrás de una mampara, i despues que vió todo lo dicho, sin poder contener la risa, marchó con gran priesa a dar noticia al Rei de todo lo que habia oido i lo de la pérdida de los ojos de Cacaseno; fué estremada la risa, i mas, que el criado le contaba con suma individualidad i bufonada; djóle la Reina al criado que llevase un recado a Marcolfa de que tenia precision de hablarla, que era cosa sobre dependencia suya; que no permitia pérdida de tiempo i que se viniese ella sola, dejando a Cacaseno en el cuarto; obedeció el mandato, dió recado a Marcolfa, i ella le dice a Cacaseno.

Marcolfa i Cacaseno

MARCOLFA. Cacaseno, me precisa el ir a ver la Reina, i me han enviado a decir que vaya sola, con que así tú quedarás aquí hasta que yo vuelva.

CACASENO. Yo tambien quiero ir allá, porque tengo miedo de quedarme aquí solo, puede suceder que vuelva a perder los ojos otra vez.

MARC. ¿De qué tienes miedo? Calla, que no sucederá ese caso; quédate, que yo seré breve lo mas que pueda.

Marcolfa cerró la puerta con gran priesa, a fin de que Cacaseno no se escapase tras de ella: empezó a gritar de tal modo, que parecia un becerro; i hasta que encontró unos juguetes con que divertirse, no hubo forma de callar: llegó Marcolfa delante de la Reina i dice:

Marcolfa i la Reina

MARCOLFA. Serenísimas señora, aquí me tienes pronta para obedecer tus preceptos.

REINA. Querida Marcolfa, yo me acuerdo que cuando estuviste la otra vez en la corte con Bertoldino, me decifrate ciertas dudas enigmáticas, acaecidas en un juego en que yo me hallé con unas damas i caballeros, i como yo tengo mañana a la noche otra diversion semejante, quisiera que me enseñáras un juego bueno i de todo gusto, pero es preciso que yo le mande; i estoi mui bien persuadida que eres capaz para inventarle, i que sabrás algunos que sean de gusto i de diversion.

MARC. ¡Ah! señora, que las plantas silvestres nunca crian fruto doméstico. I yo que vivo en una montaña, mal puedo inventar cosa digna, que corresponda a la persona de una Reina como V. M. Los que sé, discorro no serán como yo quisiera.

REIN. No importa, dime uno, que yo estoi contenta i satisfecha, siendo tuyo.

MARC. En un todo debo obedecer i dar gusto a V. M., i no obstante que os diga cosa que en mí será comun i mui ordinaria; pero saliendo de vuestra boca se apreciará i se celebrará infinito, i la esperiencia nos lo enseña, pues aunque los grandes señores digan algun desatino, le abrazan los demas tan placenteros como si salieran de la boca de un oráculo, le interpretan por una sentencia mui docta; no obstante deseo que me deis tiempo para daros el enigma del juego que me pedis.

REIN. ¿Una persona tan capaz como tú, pide tiempo para pensarlo? yo creo que haces burla de mí.

MARC. ¿Yo hacer burla de una persona tan sagrada? No se diga esto de mí. Soi mui agradecida, i como dije poco tiempo hace en la presencia del Rei, siendo yo una pobre infeliz, tengo presente que con tus dádivas he llegado a gozar grandezas, a correspondencia de la calidad de mi tierra i de mi persona.

REIN. Este es el fruto que produce el mundo, el que un pobre se ponga rico, i al contrario en otro, que de rico pase a pobre. No sabes tú aquel proverbio, que dice:

Este mundo es escalera,
Que uno acierta i otro yerra.

MARC. Mi marido Bertoldo solia decir, figurando el mundo.

La carne en el garabato
Huele el perro, i mahulla el gato

i para decirlo mas claro; unos arriba i otros abajo; i a este propósito se me previene una moralidad de la zorra i el oso.

REIN. Deseo que la refieras, i despues volveremos a nuestro discurso.

MARC. Accidentalme, pasando un dia la pícara i astuta zorra por un patio de cierto caballero, se subió sobre una cisterna, la que estaba con mui poca agua por una sequedad grande que se padecia; casualmente se puso la zorra a mirar a lo hondo de ella i descubrió una gran cantidad de pesca que se mantenía con la poca humedad que habia quedado; llevada de su apetito de gula, pensó su astucia en bajar abajo; vió que habia una cadena con dos cubos, se abalanzó a uno de ellos i con el peso de ella prontamente bajó a bajo i se hartó de pesca, como se suele decir, hasta la garganta: despues que se vió saciada, se acordó como se habia bajado i se persuadió que seria lo mismo para subir arriba: pero el juicio le salió mui al contrario, porque no pudo subir de ningun modo: hallándose en esta afliccion empezó a quejarse amargamente consigo misma. ¡Ai, infeliz de mí, decia, i lo que he hecho! Creí hacer una cosa buena i me ha salido mui mala; ¡desgraciada de mí! ¿Qué haré? ¿Quién me librará de este cautiverio? Si los dueños vienen, i por desgracia me hallan aquí, sin duda dirán que me he comido la pesca, i me la harán echar a palos del cuerpo, como suelen decir, que el que se comió las velas vomite los pábilos; i si por

desgracia vienen a limpiar la cisterna i me hallan aquí, pereceré sin duda.

Miéntras que la zorra hacia todos estos estremos, pasó por allí un oso, su pariente, la conoció en la voz, acercóse i se asomó a la cisterna, i viéndola allá abajo, la dijo: ¿Por qué te quejas? ¿te has caido o no puedes subir? Cuéntame lo que te ha sucedido, que deseo ayudarte en tan gran necesidad. Entónces estubo pronta a la astucia la maliciosa zorra, i en estos términos se esplica:

Querido, amado i pariente mio, ¿sabes por qué me quejo? Es por el caldo que está demasiado gordo, quiero decirte, que he venido aquí abajo, he comido tantos peces, que estoi llena hasta los ojos. Replicó el oso: ¿i por eso te quejas? Añadió la zorra: No me quejo de lo que he comido; pero me pesa mucho de lo que dejo. Dijo el oso entónces: ¿Hai mucho? I mui pronta dijo la zorra: Se pueden cargar mas de diez acémilas. Oyendo el oso esto, dijo: Quiero yo tambien bajar i darme una buena panzada, i sacar mi barriga de mal año; dime, ¿de qué modo has bajado tú? La zorra le enseñó, diciendo: Haz lo mismo que yo hice, agárrate a ese cubo i bajarás con lijereza, pero mira no sueltes las manos. Tan presto i liberal fué para agarrarse con el consejo de la zorra, que con la misma lijereza cayó abajo, sin considerar su fin. Al mismo tiempo se metió ella en el cubo que estaba abajo, i como el oso era mas pesado, con mas violencia subió arriba; la cual viéndose arriba puesta en salvo, dijo al oso su pariente: Adios, amigo, hasta la vista, que discurro que no me verás ya mas. Por esto se puede decir con certeza, unos suben i otros bajan; con que aplicando el cuento, moralizándole, dijo, que tal vez cuando una persona se halla en la mayor pobreza, asciende a las felicidades mayores, como sucedió a la zorra, que despues de haber saciado su apetito quedó contenta i victoriosa, burlándose del mundo; i a otros les sucede lo mismo que esperimentó el pobre oso, que dejándose engañar i llevar de una vil golosina, acaban su vida en necesidad estrema.

REIN. Me has dado sumo gusto i contento con la fábula

que has referido i solo tu agudeza pudiera traer las cosas tan prontas, adecuadas i al caso; pero, dejando esto i volviendo a nuestro asunto antecedente, lo que quiero es que me enseñes un juego de prendas, en que el que perdiese la pague, i para volverla a cobrar se le ha de dar la penitencia de descifrar alguna cosa dificultosa o en equívoco i en suma otras muchas penitencias mui discretas que hai; i si no lo aciertan, suele haber un rato de fiesta, de pasatiempo i de chanza.

MARC. Pues quiero enseñarte uno, que yo espero será mui aplaudido de todos los concurrentes, i es juego que vió Bertoldo hacer a unos caballeros, cuyo título es.

La música instrumental

DECLARACION DEL JUEGO

Los jugadores i jugadoras no han de ser mas que doce, i cuando ménos ocho; cada uno ha de tomar uno de los infrascriptos instrumentos, i aquel que escojiese le ha de imitar con la boca o con las manos, i despues que le haya imitado con su instrumento, tomará otro de los compañeros.

JUEGO I NOMBRE DE LOS INSTRUMENTOS

Primero.....	<i>La Espineta</i>
Segundo.....	<i>Archilaud</i>
Tercero.....	<i>Guitarra</i>
Cuarto.....	<i>Violin</i>
Quinto.....	<i>Bajon</i>
Sesto.....	<i>Chirimía</i>
Sétimo	<i>Trompeta</i>
Octavo	<i>Tambor</i>
Nono.....	<i>Corneta</i>
Décimo	<i>Flauta.</i>
Undécimo.....	<i>Viola.</i>
Duodécimo	<i>Trombon.</i>

Aquel que hiciese el juego dirá, por ejemplo, *dirindin* con tu *espineta*. El de la *espineta* responderá con su instrumento i despues tocará uno del de los otros, el que le pareciere, i dirá de esta suerte:

Dirindin con *mi espineta* i *trapatá* con *tu tambor*; el que tuviese el tambor responderá al instante:

I	<i>Dirindin</i>	la mia o tu <i>espineta</i> .
II	<i>Tronc, tronc</i>	el mio o tu <i>archilaud</i> .
III	<i>Trinc, trinc</i>	la mia o tu <i>guitarra</i> .
IV	<i>Si, ri, si, si, ri, si</i>	el mio o tu <i>violin</i> .
V	<i>Virivi, virivi</i>	el mio o tu <i>bajon</i> .
VI	<i>Tarantan, tarantan</i>	la mia o tu <i>chirimía</i> .
VII	<i>Tará, tará</i>	la mia o tu <i>trompeta</i> .
VIII	<i>Trapatá</i>	el mio o tu <i>tambor</i> .
IX	<i>Curici</i>	el mio o tu <i>corneta</i> .
X	<i>Fis, fis, fis</i>	el mio o tu <i>flauta</i> .
XI	<i>Vion, vion, vi</i>	la mia o tu <i>viola</i> .
XII	<i>Fu, fu, fu</i>	el mio o tu <i>trombon</i> .

Todo aquel que faltase, pagará sus prendas del modo que se advierte.

Cuando le llamasen, si no responde presto con su instrumento, pierde; es, a saber: si falta en el cantar el verso i si dice *tuyo* en lugar de decir *mio*, i cuando no se imita con las manos su instrumento o el del compañero; advirtiendo que, si los instrumentos son de voz aguda, se imitará con voz sutil, i los de las voces gruesas, se han de imitar a correspondencia; i el que faltase a esto pagará una prenda; i por esto dice aquel proverbio: que todo cansa en este mundo i que todo juego tanto mas gustoso es, cuando tenga de mas breve. Segun cada uno va poniendo su prenda, saldrá del juego; i cuando los jugadores tengan perdidas seis prendas, éstas se las darán a los vencedores, i para hacérselas cobrar, despues que haya salido del juego, es preciso que otro le llame a su instrumento, i éste torna al juego i recupera su prenda; i aquel que ha errado, depone la prenda i sale del juego.

REIN. Quedo mui enterada, i para que veas si es cierto, me esplicaré segun mi parecer: Aquel que guia el juego debe cantar con la boca, i con las manos imitar el instrumento; i los del juego, a aquello que oigan pronunciar, responderán presto con su instrumento, i aquel mismo ha de proponer otro, el que le pareciere; i de esta manera se seguirá con las demas condiciones que me has dicho, las cuales conservaré en mi memoria. Pero, si por caso yo llegase a ser uno de los vencedores, quisiera que me enseñaras una dificultad para mandar descifrar al dueño de la prenda.

MARC. Está bien. ¿Cómo haria V. M. para partir veinte en cinco partes i que cada partida quedase en número desigual, o por mejor decir en nones?

REIN. Yo tambien he estudiado un poco de aritmética; espera que haga el cómputo a ver si me sale bien: 1357, sobran 4; no sale: 3333, sobran 8; peor: 3573, sobran 2; tampoco. Cuatro veces cinco, veinte; pero son pares; no es posible partir en cinco partes i que queden en nones.

MARC. Véase con que facilidad he de poner en claro i partir veinte en cinco partes i que queden en el número de nones: has de partir la palabra en esta forma:

VENTI (*)
1 2 3 4 5

Ya está desatada la dificultad i discurro es bastante enigmática.

REINA. Es cierto que es mui discreta i me ha gustado, i quedo enterada, persuadiéndome que saldré con aplauso de mi empresa i que te daré las gracias; i ahora, pues, no hai mas que hacer, véte a ver a Cacaseño porque el pobrecillo te estará esperando impaciente.

(*) Quédase en idioma italiano la palabra VENTI, por dejar el enigma perfecto; el que no lo estaria en nuestro castellano, por ser en él mas abundante de letras dicho término; i como rigurosamente ha de quedar en cinco partes, es necesario dejarle en el italiano VENTI, que equivale a nuestro VEINTE castellano.

ALEGORIA SESTA

La gula i la codicia reducen al hombre brutal; la razon grita i lo reprueba la prudencia de otro; por lo que siempre es preciso echar fuera a estos sujetos de las conversaciones de los hombres.

Marcolfa se fué para su casa, en la que habia dejado a Cacaseno; éste se llena la cara de cola; un criado le ve; da cuenta al Rei de lo que está haciendo i le manda que se lo lleven a palacio que le queria ver

Con la mayor veneracion i respeto que Marcolfa usaba, se despidió de la Reina. Volviendo a Cacaseno, como su abuela le habia dicho, cuando se fué a ver a la Reina, que se entretuviese hasta que volviera; un criado, viendo que estaba solo, se escondió en un lugar oculto del cuarto para observar todo lo que hacia, manteniéndose allí hasta que le vió hacer una de las suyas, i sin poder contenerse, fué corriendo a dar cuenta al Rei, i como supo que estaba solo, mandó al criado que se lo trajese. Volvió i le sacó del cuarto con el pretesto de que le llevaba a beber, siendo engaño; pues, se halló delante del Rei i mirándole la cara que la traia toda engrudada, le preguntó a Atilio, que así se llamaba el criado:

REI. ¿Qué le ha sucedido al pobre Cacaseno que trae la cara engrudada i puerca?

CRIADO. Señor, habeis de saber, que un mozo de la repostería puso a la lumbre un perol de cola para pegar los cristales de los ramilletes, i pareciéndole cosa a propósito para comer, agarró el perol i se lo puso entre piernas, i comió al-

guna porcion de cola, i despues se debe haber restregado la cara con ella, de suerte que yo dificulto que Barrabás le pueda limpiar ni quitarla.

REI. Díme, Cacaseno: ¿has comido de la cola?

CAC. Sí; mi abuela me dijo, cuando se fué, que me entretuviese; i yo, como no hallé otra cosa, me he divertido con aquel perol de puches, i este cara de judío me ha traído delante de tí, en lugar de llevarme a beber.

El Rei, oyendo razones tan inocentes i mirando su cara de tan malísima figura, echó a reir i mandó al criado que le llevara a beber; pero como deseaba que la Reina fuese sabedora de tal simplicidad, le hizo una seña para que le llevase a su cuarto, lo que obedeció puntualmente.

La Reina i Cacaseno

REINA. ¿Cómo vienes con esta cara engrudada?

CACASENO. Es que he merendado i se me habrá pegado alguna grasa, i quisiera solo que me hicieras el gusto de mandar dar a este veinticinco palos mui bien dados, porque el Rei le ha mandado que me lleve a beber, i él no ha querido obedecer; i así manda tú que traigan de beber, porque me siento tan hinchado como una vejiga de puerco.

REINA. A decir la verdad, te pareces a él en un todo, i tu cara no es de otra cosa que de lo que has dicho tú mismo.

Mandó que le refiriesen el suceso, i lo celebró infinito, i despues ordenó que le llevaran a beber. Llegó Marcolfa a su cuarto, i no hallando a Cacaseno, se inquietó de tal modo, que iba a salir a buscarle sumamente enfadada; pero al mismo punto llegó Atilo con Cacaseno, i despues que supo el suceso, empezó a esclamar, diciendo: ¡Pobre de mí! ¡Este bruto tiene la culpa de verme avergonzada en esta corte! Procuró lavarle; pero eran vanas todas dilijencias, pues tan dura i tan tenaz estaba la cola, que no habia fuerzas humanas para podérsela despegar de la cara i manos; i fué preciso poner agua a cocer para podérsela quitar. Enfadada de

sus bestialidades i desesperanzada de su enmienda, determinó el ir a pedir licencia a los Reyes para retirarse a su montaña: los halló juntos, i con una reverencia humilde i profunda, así les dijo:

Marcolfa, Rei i Reina

MARCOLFA. Serenísimos i piadosos señores: Ya que es tanta mi fortuna en haberos hallado aquí juntos, acaeciéndome lo que muchas veces suele suceder al cazador, que pone la red para un pájaro i coje dos a un tiempo mismo; con el mayor rendimiento, vengo a suplicaros me concedais licencia para volverme a casa; i así espero esta gracia de vuestra real clemencia.

REI. Conozco que es perjudicial a tus intereses i al gobierno de tu casa la ausencia de tu persona, i así te concedo la licencia i permission, cuando fuese tu voluntad; pero te aseguro, que para nosotros seria de mayor gusto el que tú te quedases a nuestra vista.

MARC. En todo asunto, oracion, argumento i disfrutar favores de otros, siempre se gusta de la brevedad; además de esto, no parece bien que un súbdito se familiarice con su Príncipe largo tiempo; porque tal vez, cuando ménos se piense, no lo hallará de gracia i le sucederá lo que al raton con el gato, que despues de jugar largo tiempo con él, se cansa i le deshace la cabeza para concluir su alegría. Mi marido solia decir que la amistad de un Príncipe es de la calidad del fuego; i así es menester precaverse i no acercarse demasiado, ni tanto, que uno se queme, ni alejarse tanto, que no sé caliente, sino en un buen medio.

REI. Yo te confieso que tal vez con muchos suele suceder lo que dices; pero contigo, a quien conocemos tan prudente i tan formal en todas tus cosas, no nos habiamos de privar de la prudencia, cometiendo tan mala correspondencia con una mujer de tu mérito i circunstancias; pero, supuesto que estás en ánimo de marcha, por lo que a mí toca, yo te concedo la licencia con la condicion de que sea con agrado de la Reina.

REIN. Yo te concedo licencia, pero con la obligacion, que has de venir con Cacaseño cada año, una vez, a verme; i sino me hiciera cargo del perjuicio que se puede seguir a tu casa estando ausente, seria mi mayor gusto de que te quedaras a vivir en la corte; pues contigo tendria una vida contenta i mui gustosa.

MARC. Piadosísima Reina, hablo con claridad, i con verdad me puedes creer. Si yo dejara los aires puros de mi montaña i me faltasen aquellas aguas sutiles, el comer de aquellas viandas tan gruesas, i me quedase en la corte, con esquisito vino, viandas regaladas i otras cosas delicadas, que allí no se acostumbran, en breve tiempo pienso que me moriria; esta es mi primera dificultad: la segunda, es cierto que habitando en la corte, a título de mujer que procedo en un todo con claridad i sin poder lisonjear, no habia de poder sufrir algunos preciados cortesanos, siendo solo interesados i aduladores, cuyas complexiones son como las de los avestruces.

REIN. ¿Los conoces tú a esos tales?

MARC. Los conozco por unos versos que he leído, hechos de mi marido, que notó en el tiempo que trató la corte, que por raro modo los he visto i los tengo impresos en la memoria.

REI. Pues quiero que los digas.

REIN. Yo tambien, que discurro serán como suyos.

MARC. Yo los diré; pero quisiera que se quedaran impresos para siempre en vuestra memoria.

CAPITULO

DEL VIRTUOSO CORTESANO I DEL AMBICIOSO

Pareados

En vez de la corte puso la voz *muerte*
 Un poeta i no es mucha la ignorancia;
 Porque de corte a muerte, si se advierte,

Es mui poca o ninguna la distancia.
O ya la muerte, pues, o ya a la corte,
Regulando a su modo traje i porte,
Concurre el virtuoso:
A este, opuesto, le sigue un ambicioso
De ceremonias viene prevenido,
Con su hebilla i zapato presumido:
Don Simon ser pretende el que llegare,
Pero un tonto será el que así lo usare
Porque en su trato i en su vil porfía
No será don Simon, sí simonía.
Al virtuoso, si a medrar se aplica
Que es mui difícil se le significa:
Su esperanza desde hoi pasa a mañana,
¿I por mucho que estudie? siempre afana.
Al ambicioso, en todo entrometido,
Con falsa adulacion, lábio finjido,
Si en la lisonja funda la alabanza,
Siempre la corte da buena esperanza.
Corre pronto al halago, al finjimiento,
I es mas aleve, cuando mas atento
Pues con la risa falsa en sus razones,
Corre bellaco a las sublevaciones.
Oye uno de estos a su dueño acaso,
Que tiene hambre, ya está la mesa al paso.
Si ya no tiene gana, lo mejora,
Pues le dice mui presto, nó, no es hora.
Si a otro dia a aquel punto está presente,
I el valedor con gana no se siente,
Le responde con mucha cortesía:
No es tiempo de comer, no es mediodía.
Si el patron dice: ola, ya está listo,
Lijereza mayor jamás se ha visto.
I bien que sea tarde o bien temprano
Se presenta el sombrero ya en la mano;
Si acaso escupe, como esté delante,
Va i con el pié lo limpia en un instante;

Pero basta. La hojã aquí doblemos,
I el discurso a otro asunto le mudemos,
Que un útil pensamiento en esto se halla
I es quitar de la oreja tal canalla.

MARC. Estos son los versos que escribió Bertoldo, bien enterado de lo que es la corte; i dejar de hablarles claro a éstos, no fuera en mi mano, con lo que era preciso ser mal vista.

REI. No hai duda que merecen atencion estos dichos, porque tienen mucha moralidad; pero volviendo a lo que íbamos, te digo, que tu conversacion nunca nos puede servir de tedio.

REINA. Dime, ¿no me has ofrecido de que volverás a vernos?

MARC. Si la vida me lo permite, no tendré dificultad en cumplir con una obligacion tan debida.

El Rei llamó al Mayordomo i le mandó que trajese doscientos escudos para entregar a Marcolfa, disponiendo, al mismo tiempo, que por la mañana temprano hiciese aprontar una litera para conducirla a la montaña; el mayordomo se apartó para obedecer la órden que se le habia dado; pero de tan mala gana, echando tantos entripados i juramentos, como el marinero en tempestad, haciendo muchos jestos, dando palmadas i encojiéndose de hombros, iba diciendo:

¡Oh, qué sinceridad es la que tienen algunos señores en apoyar desatinos, proteger tontos i dar alas a bufones, como al presente se ve con este señor, que manda dar doscientos escudos a estos monos, irrisiones de la corte! Mas presto premiarán a semejantes jentes, que a un hombre erudito i aplicado que se mata i se descalabra el entendimiento para dedicarse i perfeccionar con inmenso trabajo una obra, i despues de tanto desvelo, la presenta con el fin de tener algun ascenso, i lo que saca de su afan, es que ni aun le dan gracias. ¡Mírese qué esperanzas pueden tener los eruditos i doctos despues de tan malos ratos i trabajosos estudios!

Miéntras que fueron a tomar el dinero, envió la órden al

literero para que a la mañana siguiente, al romper el alba, estuviese pronto para conducir los dos grandes personajes a su tierra; en este intermedio Marcolfa hizo a los Reyes sus cumplidos de despedida, en esta forma:

MARC. Ahora conozco que Vuestras Majestades son nuestros amos i señores i amigos ciertos.

REI. Tú dices que nos reconoces por ciertos amigos. Pues dime, ¿qué entiendes tú en esta palabra ciertos?

MARC. Señor, es que tambien hai amigos inciertos.

REI. Pues, declárame esa diferencia.

MARC. Escucha i atiéndelo en ésta

Octava

Tanto me sirve el bien que no aprovecha
 Cuanto el mal que no daña. Ola, cuidado,
 De amigos de promesa hai gran cosecha,
 Que el bolsillo te ofrecen con agrado:
 Mas si a la prueba vienes, la desecha,
 Que cháchara i parola te ha mostrado;
 Solo es amigo el que en grandeza suma
 Favorece al de mísera fortuna.

REI. Pues ¿cómo se ha de gobernar el hombre para ganarse los amigos verdaderos?

MARC. Las amistades verdaderas son las que están fundadas con las acciones de caridad i costumbres virtuosas; pero aquellas que tienen los cimientos del vicio, duran muy poco; pues éstos se convierten de amigos en pérfidos enemigos: las amistades que uno llega a conocer que son perjudiciales, se debe huir de ellas para no caer en el peligro, siguiendo despues precipicio; i así es práctica conocida, que si un hombre dócil trata de continuo con otro que sea de malas costumbres, se apropia i gana la ruin fama del compañero; vulgarmente se suele decir: Dime con quien andas te diré quien eres: i tambien dicen que las malas compañías desnucan al hombre i, por lo jeneral, semejantes amis-

tades suelen ocasionar, de tan grande amor doblado, tenaz e intenso ódio; de suerte que aunque pase mucho tiempo i se hagan amigos, nunca llega a aquella amistad tan familiar como ántes, pues el vicio del ódio es de tan mala inclinación, que el vengativo en lo exterior parece que perdona; pero es mui al contrario, que nunca se olvida i en su interior reserva el veneno; i así, lo mejor es, que ninguno se mezcle ni se ponga en lo que no le toca, pues nunca saldrá bien, i se arriesga a muchas contijencias; i como yo no tengo tédio ni ódio con persona alguna, quiero decir a Vuestras Majestades una moralidad que viene adecuada a nuestro asunto.

REL. Refiérela, la que escucharemos con gran gusto i atencion, miéntras que viene el mayordomo con los doscientos escudos.

MARC. Habeis de saber que en el año que las gallinas hilaban lana para tejer paño, para hacer calzones a los gallos, refiere Esopo i otros diversos autores, que hablaban entónces todos los animales i, por consiguiente, tenian entre ellos sus amistades, quimeras i pleitos; trataban i contrataban en todo aquello que les era preciso para vivir.

En el mismo año se hallaban las zorras odiadas jeneralmente por haber engañado a todo el mundo con sus astucias i aluciosos ladronicios. Hallándose sin amigos i perseguidas, casualmente, un dia una se encontró con un perro mastin, el cual, así que la vió, se tiró a ella para matarla; ella con el sobresalto i sospechas de su corta vida procuró pónerse en salvo, como en efecto lo consiguió; i fué su suerte que hallando un agujero se escondió dentro de él, de modo que el perro no era posible pudiese entrar i lograr su intento; no obstante, viéndose asediada i siempre con el mismo peligro si salia de allí, ideó una nueva astucia, i fué de esta manera: empezó a hablar al perro con unas palabritas mui dulces, diciendo: dime, hermoso, querido, amado perro mio, ¿por qué me quieres matar? Sabrás que yo venia deseosa de hallarte i conferir contigo un pensamiento i arbitrio que ha de redundar en tu favor; depon a un lado tu enojo i te suplico que me escuches. Oyéndose alabar i tratar

con tanta melosidad i con el interes de que habia de tratar un negocio favorable a sus intereses, respondió el perro que la escucharia mui gustoso; anadió la zorra: Ya sé, perro mio, que tienes noticias de todas mis picardías en que he delinquido hasta el dia presente; pero te prometo (por vida de lo que soi) de tratar la enmienda; ya estoi arrepentida de tal modo, que desde hoi en adelante viviré sin hacer mal a nadie; i así, yo te vengo a buscar, porque estoi persuadida que entre todas las bestias del mundo tú solo tienes el nombre de fidelidad, en quien espero que la uses i seas piadoso conmigo, lo que yo no dudo; i ya que tengo la fortuna de decirte mi parecer, te digo que no té puedo espresar la grande lástima que me causa un estado tan infeliz como en el que estás destinado; tanto de dia como de noche, te precisa estar vijilante en la casa de tu amo para cumplir con tu obligacion i vivir con la miseria del interes de aquello que te quieren dar, que no sirve para nadie i esto te ha de servir de sustento; i despues los ascensos son trabajar i no descansar de dia ni de noche; ántes bien, mui al contrario, pues, es preciso velar i mas velar; pobrecito mio, te aseguro que se me parte el corazon de dolor i compasion que te tengo; i sí te vuelvo a decir, estoi arrepentida de todas mis iniquidades i solo me falta para ser buena de aquí adelante una buena compañía, por lo que deseo tener amistad contigo i de este modo, llevándome en tu compañía, te aliviare en algun modo de tanta sujecion como tienes i haré la centinela como tú en casa de tu amo; tú harás guardia de dia i yo la haré de noche, i con esto empezaré a hacer mérito ínterin que tú te empeñes con el amo insinuándole que me reciba para mayor seguridad i útil de casa, teniendo guardias confederadas i de buena correspondencia.

Entónces el buen perro, cuadrándole tan suaves proposiciones, sin considerar que la práctica i amistad de una bestia tan infame se le habia de convertir en daño i perjuicio hasta su muerte, la dijo: sal fuera de ese agujero, que yo te daré la pesuña de bestia honrada i la palabra de no ofenderte i de hablar a mi amo para que te reciba en mi compa-

ña para guardia de su casa i su ganado; salió fuera la zorra bajo su palabra honrada, i ya que juntos estaban estos dos nuevos amigos, marcharon a casa del perro; el dueño, así que vió la zorra, tomó una estaca i fué corriendo para matarla; la zorra, con grande mansedumbre, no quiso huir; ántes bien, se tendió panza arriba con grande humildad; el perro, viendo accion semejante, se compadeció i se puso en medio para que el amo no la quitase la vida, insinuándole que la recibiese en su casa para mayor gobierno i seguridad de ella; el amo condescendió a las súplicas i prometió al perro de mantenerlos a los dos consignándoles cuatro panes todos los dias para cada uno, una artesa de agua, huesos i las demas regalías i emolumentos que se proporcionasen; quedó hecho el pacto: por dos o tres dias caminó con satisfaccion el amo del perro i de la zorra, malicioso animal que estando acostumbrado a comer gallinas, pollos i capones hurtados por sus uñas de los gallineros, no se podia acostumbrar a comer aquel pan negro, mezclado de centeno i salvado, que se usa hacer para los perros; pensó una industria i fué que, hallándose un dia en conversacion con el perro, le empezó a decir: perro mio, fiel compañero, querido amigo de mi vida, ya que estamos solos quisiera decirte cuatro palabritas, las que te aseguro redundarán a favor nuestro; pero con el pacto que me has de dar palabra i mano de no oponerte a mis arbitrios i proposiciones, tan ventajosas a nuestro mayor útil. Respondió el perro: yo te doi palabra, como verdadero amigo, de escucharte i de vivir unánimemente contigo sin que yo revele a nadie el secreto; con que, en este supuesto, bien puedes libremente descubrir tu pecho sin la mas mínima sospecha. Replicó la zorra: perro mio, tú ya puedes considerar nuestro miserable estado (no lo digo por el amo, pues no dudo que cumplirá con todo lo que me ha prometido), mira de la suerte que nos hemos puesto, despues que nos dan a comer este pan de mezcla, pues estamos flacos como dos linternas, i negros como sartenes; i no es porque tú seas feo, ántes bien eres galan i hermoso, pero la falta de carne te afea mucho. ¡Ah

pobrecito! ¡si tú te viéras, te habrias de contar las costillas! I así quisiera que te aprovecharas, ahora que es tiempo, i tomaras mi censejo: mira que yo sé mui bien que tú eres práctico en esta villa; pues cuando sales fuera con el amo, tienes conocidas todas las casas de los vecinos; de suerte que tú no ignoras las entradas i las salidas de todas ellas, i si acaso tuvieses poca práctica de algunas, las puedes recorrer de dia i hacerte cargo de todas, i de noche, miéntas que el amo duerme, podemos ir, hoi a una casa i mañana a otra, a buscar un par de gallinas, que enseñándome tú el gallinero, te quedarás para guardarme las espaldas, i con grande destreza yo ejecutaré el tiro, i despues nos iremos a un pajar, que no falta en cada casa de estos lugares, i de este modo cada noche mudaremos de bisiesto, viviendo alegremente muchos dias sin que ninguno lo conozca; porque tú no eres persona sospechosa: de dia irás tú a descubrir terreno i por la noche iremos despues a pegar fuego a la mina gallinesca. El perro la dió palabra consintiendo a sus malditas astucias, dejándose hacer la mamola con las falsas proposiciones de la zorra: pusiéronlo en ejecucion, i juntos de dia i de noche, se regalaron a costa de los vecinos del lugar; pues de cada uno lo pagaba su gallinero. Despues de algunos dias, las mujeres del lugar, estando en conversacion, dijo una: amigas, ¿no sabeis que esta noche me han hurtado un par de gallinas? Respondió otra: pues a mí me ha sucedido lo propio la noche antecedente; i así, una despues de otra, todas fueron refiriendo lo mismo, de lo que resultó que determinaron poner una trampa en uno de los gallineros i estar a la vista por ver si se podia descubrir el agresor.

Miéntas se determinaba esto entre ellas, el perro, que andaba rondando i espiondo la casa, oyó los preparativos que disponian contra ellos: fué corriendo a dar aviso a la zorra, a la cual dijo: amiga, ya que nuestra fortuna ha querido que nos hayamos puesto gordos, no volvamos mas a hurtar (sin duda el perro miraba primero por la vida que por la golosina de su gula); pero la viciosa zorra, que no podia acostumbrarse al pan de perro, halló otra nueva astucia.

Iba por la noche al gallinero de su amo, i se comia una gallina, perseverando en esta infamia hasta unos seis dias, i haciéndose sus cuentas de lo que podia resultar, dijo: Ya no es tiempo de estarnos con las manos metidas en la faltriquera, porque si el amo hace revista de sus gallinas, a mí me ha de echar la culpa, de lo que resultará gravísimo riesgo de mi vida.

Despues que se hizo sus cuentas, se fué al amo, i le dice: señor, es cierto que estoi mui satisfecha de los muchos favores i del buen trato que me habeis hecho, i yo, como tan agradecida, vengo a descubriros una infamia, que se hace todas las noches en tu gallinero. Preguntó el amo: ¿Qué infamia es la que se comete? Respondió la zorra: El pícaro de vuestro perro, de quien tanta confianza haceis, es el ladron, i cada noche hurta una gallina; lo que hace con el hurto yo no lo sé. Replicó el amo: ¿Es verdad lo que me dices? Señor, es mui cierto, i si quieres desengañarte, vete al gallinero i haz revista de las gallinas, i conocerás la falta; i para mas seguridad i desengaño tuyo, esta noche te enseñaré el perro con el hurto en las manos.

El amo, airado contra el perro, quedó de acuerdo con la zorra de desengañarse viéndolo por sí mismo: se despidió la zorra del amo, i llamó al perro, i con gran secreto le dijo: Amigo, es tanto el amor que te profeso, que no puedo estar un instante sin verte, i así te digo, que esto de andar en los gallineros no es mui bueno, pues puede suceder que un dia u otro caigamos en la trampa, i lo pague nuestro pellejo; pero no obstante te aseguro que me hallo con unas ganas de que nos comamos un par de gallinas... Preguntó el perro: ¿De las del amo? Sí, de las mismas; yo las mataré, i tú las sacarás fuera de casa, i las esconderás en un barranco, que allí las comeremos despues.

El perro hizo alguna repugnancia a tan depravada proposicion; pero la zorra lo enredó de tal modo que consintió, i quedaron determinados a hacerlo; en efecto, por la noche hizo ver al amo la verdad, pues vió pasar al perro con las gallinas en la boca, e indignándose de ver tal infamia, al

dia siguiente le halló durmiendo i le mató. Cuando vió la zorra tal castigo se hizo la cuenta de aquel refran, que dice: Cuando la barba de tu vecino vieres pelar, etc., i así le pareció que no la tenia mucha cuenta el estar en semejante tierra, temblando no la sucediese a ella lo mismo que al perro. Todos estos juicios los fundaba bien, pero hallaba difícil el escaparse del lugar; no obstante halló un nuevo modo, i fué, que viniendo el amo a casa, la dijo: Ahora ya te he quitado el perro de tu compañía, siendo él el ladron de las gallinas; discurre tendrás conocida la gran confianza que yo siempre he hecho de tu persona; mi deseo es que tú sirvas de perro. Con gran solapa replicó la zorra: Con mucho gusto obedeceré lo que me mandas, pero quiero que desuelles el perro, i adobes el pellejo, i despues, por parte de noche, me lo pondrás al rededor del cuerpo, que de este modo crearán los ladrones que soi el perro, i tendrán miedo de mí; aunque yo no hago ánimo de ladrar, que será lo mas acertado; pues dice el proverbio: Perro ladrador, nunca es buen cazador; i tu casa estará guardada i libre de todo insulto.

Al amo le pareció el partido mas seguro: compuso el pellejo como se lo habia propuesto la zorra, i se le puso al rededor, finjiéndose perro; pero la infame, maldita i maliciosa bestia, cuando vió toda la casa en silencio, a media noche, se fué al gallinero i se comió dos gallinas, i con el pellejo del perro encima de sus lomos, se escapó disfrazada fuera del lugar a otra parte. Se levantó por la mañana el amo i no hallando la zorra, i viendo la falta de las gallinas, descubrió la estratajema de tal bicho; por lo que dijo en alta voz: Me está mui bien empleado, i yo me lo merezco todo lo que me ha sucedido: esto acontece a todos aquellos que lidian con jente viciosa, que estos hacen perder a todos los que tratan; estoi cierto, que el pobre perro ha muerto inocente, i su desgracia ha dimanado de la comunicacion que ha tenido con la maliciosa zorra. Este es el fin de la fábula, que he prometido contar a Vuestras Majestades.

REI. No hai duda que la fábula no solo es gustosa sino de grandísima utilidad para todos aquellos que se unen con

malas compañías i tratan con jente soez, metida en el vicio, los cuales hacen verídica aquella sentencia que dice: que las malas compañías conducen al hombre al degüello. I ahora, volviendo a lo pasado, digo, que ya vendrá el mayordomo i te entregará doscientos escudos con que quiero regalarte, i te encargo que vuelvas a vernos, como lo has prometido. Mañana temprano marcharás en la litera, que ya tienes prevenida, que de esa suerte irás con mas conveniencia a tu casa, en donde yo creo te estarán esperando con grande ansia Bertoldino i su mujer. Dejó de hablar el Rei; i la Reina, que habia callado, alabando la fábula, la dijo:

REIN. La fábula es mui graciosa i puede servir de mucho gobierno, particularmente a la jente jóven, i solo deseo saber una cosa, i es: ¿de qué procede que los Príncipes tienen tantos amigos?

MARC. A los grandes todos se muestran amigos, unos por el interes, otros por adulacion i otros por miedo, i los mas sencillos por obligacion i respeto; i así, os suplico noteis estas sentencias pastoriles:

Quien delante te alaba majestuoso,
 En ausencia te vende acelerado,
 Con el ánimo infiel i escandaloso
 Te afecta su cariño desalmado.
 Si a sus gustos triunfas dadivoso,
 Te coronan por hombre celebrado,
 I si de éstos te libras con bonanza,
 No fundes mas en ellos tu esperanza.

Llegó el mayordomo i entregó a Marcolfa los doscientos escudos, i la Reina se quitó del dedo una sortija de esmeraldas i se la dió, para que en su nombre la regalase a Dominga o Menguina, que así se llamaban en su lugar. Despues que recibió todo lo espresado, la astuta Marcolfa dijo a los Reyes así:

Serenísimos i piadosísimos señores, habeis de saber que

entre las muchas i lindas cosas que contaba mi marido, me parece adecuadísima, a lo presente, ésta que refería. Decia de Alejandro Magno, que un dia regaló una grande porcion de oro a un filósofo i éste rehusó admitirlo (fué esta una accion sumamente alabada de todos; no lo fué de todos la de Alejandro, ántes estas prodigalidades muchos se las desaprobaron, porque los bienes i riquezas que Dios concede a los Reyes, no deben usar de ellas pródigamente, pues no han de servir mas que para las urjencias precisas, pagar lo que es de obligacion a los vasallos, i lo que sobrare de esto, practicar actos de caridad, que será lo mas útil i grato a los ojos de Dios); el filósofo, pues, esquivándose para no admitir la dádiva, determinó injuriar a Alejandro, tomando a mejor partido el quedarse en su miseria que recibir la oferta: no obstante esto, yo doi a V. M. las mas debidas gracias por los favores tan grandes que os habeis servido hacerme, de lo que yo quedo siempre esclavizada i reconocida; i solo ahora espero me deis vuestras últimas órdenes, deseando tengais una larga vida colmada de las mayores felicidades, i que siempre logre vuestro reino de la mayor tranquilidad para sosiego de vuestros ánimos leales.

Los Reyes se quedaron maravillados de la elocuencia de Marcolfa, porque, en el concepto comun, no era de mujer nacida entre montes, ántes bien al contrario, de mujer tan sagaz, que podia vender discrecion a todos; si bien bastaba el haber sido mujer de Bertoldo, hombre tan celebrado en el mundo.

Por la mañana temprano marcharon en su litera; siguieron su viaje hasta su casa, i a la vuelta el literero dió noticia a Sus Majestades de la grande alegría que mostraron Bertoldino i Dominga de verlos; añadió mas, que las hicieron grandes regocijos, juntándose todos aquellos montañeses inmediatos habitadores de su cortijo; pero mucha mas alegría, dice, que tuvo Bertoldino cuando oyó el sonido de los escudos, como tambien Dominga con el regalo de la esmeralda (que este punto que toca a recibir es una cosa tan buena, que hasta a los tontos les agrada). I con doblada ale-

gría no se saciaba de hacer infinitos cariños a su estremado Cacaseno.

Como Marcolfa sabia leer i escribir, al tiempo que el literero iba a marchar, le entregó una carta para que se la diese al Rei. Llegó a palacio, presentó el pliego a Su Majestad, quien pasó inmediatamente al cuarto de la Reina, participándola como habia recibido carta de Marcolfa: la abrieron con grande ansia i mayor gusto, i su contenido decia así:

Carta que escribió Marcolfa a los Reyes desde su montaña

“Mis Señores:

“Siendo tan debido el obedecer los preceptos de Vuestras
“Majestades, me obliga a participar mi arribo a esta su
“humilde choza: por no omitirlo mi obligacion, se vale de la
“ocasion del retorno del literero a esa corte; añadiendo a
“Vuestras Majestades, hemos sido recibidos con grandísimo
“aplauzo de Bertoldino i Dominga, habiéndoseles aumentado
“mucho el alboroto con los regalos con que nos habeis hon-
“rado, de lo que os damos todos juntos mui rendidas gra-
“cias. No escribo cosa particular de Cacaseno, porque el
“literero sale por la mañana mui temprano i él todavía está
“en cama; i así, esta mia servirá de un pequeño reconoci-
“miento, miéntras yo i toda mi familia deseamos a Vuestras
“Majestades mayores felicidades.”

FIN.